

Cartas EN EL BUZÓN

JENNY DEL



Cartas
EN EL BUZÓN

JENNY DEL

Cartas
EN EL BUZÓN

JENNY DEL

Primera edición.

Cartas en el buzón

©Jenny Del.

©septiembre, 2023

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Cartas en el buzón

©Jenny Del.

©septiembre, 2023

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Siendo como era mi padre médico, no tuvo nada de raro que yo quisiera estudiar algo relacionado con la rama de la sanidad, pero sabía que mi paciencia con los libros tampoco me daría para pasarme años y años en la universidad, como fue su caso.

Cada vez que pensaba en mi futuro laboral me veía trabajando dentro de un hospital o algo por el estilo. ¿De auxiliar de clínica? ¿De enfermera? Aunque me costó bastante decidirme, opté por esto último y, cuando conocí a Roberto, ya hacía varios meses que me había licenciado en la carrera de enfermería.

El nuestro fue uno de esos encuentros casuales, llamémosle así, que cambian de golpe y porrazo el rumbo de tu vida. Él tenía quince años más que yo. Roberto era de esa clase de personas que no dejan a nadie indiferente, con su carácter tan especial.

A pesar de que en primera instancia me cayó como un tiro, a mí también me atrapó enseguida con su impresionante físico y una inteligencia pasmosa. En aquellos días, yo andaba enfrascada aún en mi relación con Alan, un chico afincado en mi Cartagena natal.

Alan era un segoviano de apariencia algo tímida, que cayó de un día para otro en aquel rincón de España por motivos laborales. Había sacado plaza en Correos unos años atrás siendo muy joven y tuvo la suerte de poder quedarse en su tierra a trabajar desde el principio.

Sin embargo, con el tiempo, decidió pedir traslado por un desengaño amoroso y terminó con el carrito amarillo repartiendo cartas y paquetes por las calles de mi barrio.

La primera vez que le vi no fue precisamente entre los buzones de mi portal. Aquel chaval delgadito y de ojos claros llamó directamente a mi puerta para entregarme un paquete que, a esas alturas, yo daba por extraviado. Sobre este hombre, también he de reconocer que su fachada ya me llamó bastante la atención nada más verle.

Por aquel entonces, yo aún vivía con mis padres. En mi edificio, al igual que en los del resto de la calle, no había ascensor, así que el pobre se pasaba buena parte de la jornada subiendo y bajando escaleras para entregar

certificados y demás.

Un día, al volver a casa tras terminar mis clases, me lo encontré sentado en los escalones del tramo entre el bajo y el primero. Estaba restregándose el tobillo con una mano y jurando en arameo por lo bajini.

Al parecer, había dado un traspiés con las prisas y se había hecho daño. De hecho, el tobillo se le estaba hinchando por momentos. Aquello tenía toda la pinta de un esguince.

Semanas más tarde me confesaría que esas prisas no se debían a ningún retraso en el reparto de aquella mañana, nada por el estilo. El verdadero motivo del percance todavía me causa risa cada vez que se me viene a la memoria

Alan había subido a dejar un paquete en el segundo piso a mi vecina Rocío, una sevillana graciosa donde las haya. Mi vecina tenía un cachorro de rottweiler que, hacer, no es que el animalillo hiciese nada, pero ladrar... ladraba a todo el mundo como un poseso, sobre todo a los desconocidos.

Justo en el momento en que Rocío le devolvía la maquinita esa en que hay que firmar la recogida, el escandaloso de Simón salió escopetado desde el fondo del pasillo hacia fuera, ladrando como un loco.

Alan, a quien los perros siempre le han dado pavor, más corría todavía escaleras abajo al verle, pensando que aquel cachorro “endemoniado” le daría alcance y vaya usted a saber.

Por supuesto, nada de eso ocurrió, puesto que mi vecina jamás le permitía a Simón poner una pata en el rellano de la escalera, salvo cuando tenía que sacarle con su bozal y correa a pasear.

Rocío siempre tomaba la precaución de abrir la puerta de su casa lo mínimo indispensable en estos casos para atender a quien fuese, poniendo, además, el cuerpo de barrera. Pero claro, el guapo segoviano pagó la novatada con la mala pisada. Y dando gracias de que no cayera rodando escaleras abajo y se abriera la crisma.

Sí, como ya he dicho, Alan era bastante mono, y me dio pena, la verdad, porque parecía que se había hecho daño en serio, así que pensé de inmediato en ayudarle de la manera que fuese.

Me ofrecí a acompañarle al centro de salud más cercano para que le echasen un vistazo, pero nuestro nuevo cartero declinó mi ofrecimiento. Recuerdo que, al decírselo, se le subieron de repente los colores a la cara...

—Te lo agradezco de corazón, pero estoy bien —me contestó con voz entrecortada.

—¿En serio? Mira que no me cuesta ningún trabajo, el ambulatorio está a tiro de piedra de aquí —le insistí.

—En serio. Ahora, en cuanto acabe, ya me acerco yo, pero muchas gracias...Andrea, ¿verdad?

—Sí, así me llamo. Bueno, pues suerte, chico.

Sin más, se levantó y tiró para la calle empujando el carrito. No le volví a volver hasta por lo menos dos o tres semanas más tarde. Tal y como sospeché, Alan había sufrido un esguince, nada grave, pero tal lesión le obligó a estar de baja durante ese periodo.

Aquel mediodía que volvimos a coincidir en el portal, en el momento en que nuestras miradas se cruzaron, de nuevo se puso rojo como una amapola. No obstante, pese a su notoria timidez, me preguntó si aceptaría tomar un aperitivo con él en el bar de enfrente.

Me dijo que en unos quince o veinte minutos terminaría el reparto y que quería agradecerme ese detalle del día de su percance por las escaleras. Fue algo totalmente inesperado para mí, pero no me lo pensé ni mucho ni poco.

—Perfecto. Subo a casa a cambiarme y ahora nos vemos ahí.

—Genial.

No dijo más. Parecía un chico poco hablador, todo lo contrario a la que suscribe. Esa era la impresión que me daba y esa fue nuestra primera cita, en la misma que descubrí que Alan tampoco era tan callado como le imaginaba.

Mientras tomábamos un par de cervezas y unas tapas, fue relatándome bastantes cosillas de su vida. Entre ellas, que tenía un hermano gemelo y lo de su desengaño amoroso.

Aquel segoviano recién aterrizado en mi tierra tenía veintiocho años y había estado a punto de casarse con Tamara, su novia de toda la vida.

Curiosamente, se conocían desde niños y habían estudiado juntos en el mismo colegio y luego en el mismo instituto. En realidad, este dato no es que tenga nada de extraordinario.

La gracia es que fue por aquella época en que empezaron a salir, siendo todavía unos adolescentes, cuando ya comenzaron a pensar en un futuro común que incluía estudiar los dos la misma oposición al acabar el bachillerato.

Ninguno de ellos pretendía hacer una carrera universitaria. Ambos aspiraban a convertirse en funcionarios cuanto antes para empezar a ganar dinero rápidamente y así poder iniciar su vida conjunta a la mayor brevedad posible.

Y tal cual, según lo planeado, Alan y su novia se liaron codo con codo con el temario de Correos hasta conseguir su objetivo. Tanto empeño le pusieron al asunto el uno y la otra, que la segoviana también quedó entre los mejores.

puestos, circunstancia que le permitió, al igual que a él, poder entrar de cabeza a trabajar en ese organismo sin moverse de su ciudad.

Como era lógico, les faltó el tiempo para buscar un pisito de alquiler e irse a vivir juntos, cumpliendo de esa manera otro de sus grandes sueños. Así estuvieron durante varios años. Y como también eran ambos de mentalidad bastante tradicional, ya tocaba ir pensando en boda.

Menos mal que todavía no se habían decidido por la compra de la vivienda, lo que también entraba en sus planes : corto plazo porque pretendían algo más grande, de cara a la ampliación de la familia en el futuro, y es que fue precisamente en esos meses de preparativos cuando las cosas empezaron a enfriarse entre ellos, según Alan.

Por lo que me contó, tal enfriamiento venía más bien por parte de la chica, quien de buenas a primeras comenzó a poner distancia sin motivo aparente. Él seguía tan enamorado de ella como el primer día, pero Tamara cada vez se mostraba más ausente y prefería pasar la mayor parte del tiempo libre con sus amigas.

Siempre tenía la excusa perfecta para dejar a su chico de lado. Además, según él, se mostraba como apática, más callada que de costumbre, como ensimismada...

A pesar de todo, la pareja continuó con sus planes de boda eclesiástica por todo lo alto, al punto de que les quedaba solo un mes para el enlace, el día en que se descubrió el pastel.

No quiero extenderme mucho relatando los detalles de tan lamentable episodio. Solo decir que Alan pilló *in fraganti* a su prometida en la cama con otro hombre, para más inri, compañero también de Correos.

Aquel fue un duro golpe para él del que todavía no se había repuesto totalmente, por lo que me confesó. Escuchando semejante relato, me ponía en su pellejo y me llevaban los demonios.

—No puedo entenderlo, la verdad. Si estás con una persona es para estar con ella al cien por cien, lo demás es una pantomima para mí—le contesté al terminar de contarme la historia.

—Yo tampoco, pero está visto que hay gente que se divierte de ese modo, riéndose de ti a tus espaldas. En fin, allí ellos. Ahora pienso que mejor así que no luego, después de casados y con hijos en el mundo y todo eso.

· Tenía razón. Suerte que saltó la liebre antes de la boda. ¿Qué clase de mujer era esa tal Tamara que, pese a tener un amante, estaba dispuesta a casarse con alguien por quien mostraba sentir cada día menos?

No es que lo diga yo, fue el propio Alan quien me reveló que su novia ni siquiera tenía ganas de sexo en los últimos tiempos. Al menos con él, porque a la vista estaba que, con otros... pues eso.

Sé que no está bien juzgar así de entrada a la gente sin conocerla, pero por ahí no entro. Tendré otras faltas, nadie es perfecto, pero los cuernos no van conmigo. De resultas de aquel triste descubrimiento, nuestro joven cartero quiso poner tierra de por medio pidiendo un traslado.

Lo de Tamara con el otro funcionario no había sido un simple desliz, y Segovia tampoco es que sea Nueva York, me refiero a que se trata de una ciudad relativamente pequeña, por lo que se cruzaban con frecuencia en locales de copas, parques, cines y otros tantos sitios.

a

Amén de que bastante duro era ya de por sí coincidir a diario con los dos a primera y última hora en la oficina. No podía soportarlo. Debía marcharse, y cuanto más lejos, mejor.

Visto lo visto, la familia trató de hacerle entender que no tenía sentido eso de largarse a la otra punta de España para pasar página, que poco a poco superaría lo de su palo amoroso y tal y Pascual, pero todo lo que le decían iba cayendo en saco roto.

Ni su hermano ni sus padres consiguieron disuadirlo de su idea. Al chaval se le hacía demasiado dura la situación y, finalmente, consiguió su objetivo y aterrizó en Cartagena para emprender una nueva vida, lejos de su gente y de los escenarios que le vieran nacer y crecer.

Atrás quedaba aquella historia. Volviendo a la mía con él; el caso es que pasamos un buen rato de lo más ameno ese día en aquel bar frente a mi casa.

A decir verdad, a mí se me pasó el tiempo volando, pero tuve que poner el corte a nuestra cita en un momento dado para no perderme la clase de la autoescuela. No obstante, ese encuentro iba a ser el primero de muchos, según pintaba el tema.

Me explico: Alan me contó también que, dado que era nuevo por Cartagena como quien dice, no tenía todavía amigos con los que salir. De ahí que me pidiera vernos alguna que otra vez, a ser posible, para tomar unas cervecillas, una copa e incluso (¿y por qué no?) ir al cine alguna tarde de sábado o domingo.

a

El segoviano me estaba reclamando, de entrada, como amiga. Me pareció muy buena idea, y es que, aunque apenas nos habíamos visto media docena de veces por mi bloque, me sentía ya bastante atraída por él.

Ahora bien, estaba a punto de empezar la época de exámenes, así que tampoco podría dejarme ir mucho si no quería meter la pata con mis estudios a última hora. Esa cuestión era sagrada para mí...

2

3

4

Capítulo 2



No puedo decir que a partir de aquel momento nos volviéramos inseparables, por lo que ya he explicado. Tenía por delante los exámenes de fin de carrera y necesitaba concentrarme al máximo.

Hasta entonces, podía presumir de no haber suspendido ni una sola asignatura en mi vida y no estaba dispuesta a acarrear con ningún suspenso en la fase final.

Por tanto, mis salidas con Alan por entonces fueron pocas, aunque tengo que exponer en este punto que el poco tiempo que compartimos aquella primavera fue un tiempo de “calidad”.

Naturalmente, mis padres estaban al tanto del buen rollito que me traía con el cartero del barrio, pero lo veían con buenos ojos. Es más, aunque mi padre se mantenía un poco al margen, mi madre incluso me animaba a continuar con aquella historia.

—Se le ve un buen chaval, Andrea. Hombres así no hay muchos, cariño —solía decirme.

—Lo sé, mamá. En cambio, fíjate qué mala suerte tuvo con la niñata aquella con la que se iba a casar. —De sobra conocía ya la historia por boca mía.

—Bueno, lo que la vida te quita por un lado, tarde o temprano te lo da por otro. Y el karma existe para todos, no lo olvides nunca, hija.

—Ya lo creo. Sin ir más lejos, ahí tienes tú a Rocío.

Cierto. Nuestra vecina también había pasado lo suyo con el que fuera su novio, solo que en su caso no se trató de un asunto de cuernos, sino de dinero. El tipo con el que llevaba varios años de relación aprovechó la buena fe de la simpática sevillana para robarle una considerable suma de dinero en toda su cara.

El muy jeta echó mano de un cupón de la ONCE que siempre jugaban a medias y salió con él por la puerta trasera

en cuanto se enteró de que había salido premiado, mientras la inocente criatura estaba haciendo su turno de guardia esa noche.

No contento, para rematar la faena, tuvo la desfachatez de dejar constancia de su fechoría en una nota de su puño y letra. En ella le decía que se marchaba con los treinta y cinco mil euros “que me han tocado en el cupón que compré esta mañana”. ¡Así, con todas las letras! Y sin hacer siquiera la maleta, se quitó de en medio de un plumazo y desapareció.

Rocío se quedó de piedra, pero no derramó ni una lágrima por él. En cambio, al otro le salió bien cara la jugada. Por lo que llegó a nuestros oídos, el muy sinvergüenza se plantó en Alicante.

Una madrugada, yendo de alcohol hasta las orejas, tuvo un accidente con el coche y, por desgracia, la chica que iba en la moto que arrolló estuvo al borde de la muerte.

El seguro, habida cuenta del estado de aquel energúmeno, no quiso hacerse cargo del tema. Ya podéis imaginaros el fregado con el que se encontró de un día para otro. Aparte, el tal Juanito, que así se llamaba el susodicho, quedó con el rostro totalmente desfigurado como consecuencia del golpe.

Apenas unas muelas le quedaron en la boca, después de semejante topetazo contra el volante. Juanito se gastó todo el dinero en la reconstrucción de la dentadura, el coche, abogados y demás.

No es que nos alegráramos de su desgracia, pero está visto y comprobado que, tarde o temprano, quien la hace la paga. Al menos esa es mi manera de pensar.

Pues bien, por fin llegó el día de mi graduación; ese grandioso momento con el que sueña todo estudiante universitario. No podía sentirme más orgullosa. Además, paralelamente, había logrado sacarme el carné de conducir en los últimos meses, de forma que mis padres decidieron regalarme un cochecito a modo de “recompensa” por mi esfuerzo.

Lo digo así entre comillas porque considero que no tenían ninguna obligación de recompensarme por nada. Bastante hicieron ya con pagarme mis estudios, pero bueno, ¡agradecida estaba una!

Alan tendría la segunda quincena de julio de vacaciones, por lo que planeamos un viajecito al norte para estrenarlo. Sería nuestro primer viaje juntos.

Pasamos diez días de ensueño recorriendo, en la medida que el tiempo nos permitió, los mejores rincones de Galicia, comiendo mariscos a tutiplén, bañándonos en sus playas y disfrutando de un clima infinitamente más fresco que el que habíamos dejado atrás en Cartagena.

Ninguno de nosotros conocíamos la comunidad gallega, pero volvimos tan encantados de allí que prometimos volver en el futuro. Sin fecha, pero fijo que volveríamos a subir para seguir visitando tanto y tanto como nos quedó pendiente.

Con la catedral de Santiago ya teníamos la deuda saldada, así como con los callejones de la zona vieja de la ciudad, su puente romano, las termas romanas y otros muchos puntos clave, dignos de ver.

Dicen que en Santiago de Compostela siempre llueve, pero doy fe de que esa condición no detiene el ritmo de la ciudad. Al contrario, le da muchísima vida.

En serio, es una ciudad fascinante que merece la pena visitar si se tiene ocasión. Y todo en general por allí arriba. Hablamos de naturaleza, de antiguas tradiciones, de aguas termales, de impresionantes restos celtas... ¡guau!, cualquiera que me oiga, pensará que por mis venas corre sangre gallega, pero no.

Ya de vuelta, el resto del verano lo pasé buscando trabajo sin descanso. No era tarea fácil, teniendo en cuenta que no contaba con ninguna experiencia laboral.

—Tranquila, ya verás que no vas a tardar en conseguirlo. —Alan, siempre tan bueno y optimista, no paraba de darme ánimos.

—Lo sé, pero estoy loca por ganar ya un sueldo.

—Con tu expediente, seguro que de aquí a nada consigues meter la cabeza en cualquier sitio.

Por fortuna, así fue. A mediados de agosto pasé con éxito una entrevista de trabajo en una clínica privada de mi ciudad. Guillermo, el gerente, quiso darme una oportunidad y yo estaba dispuesta a no defraudarle.

Empezaba a alcanzar mis metas. A la par, mi noviazgo con Alan se fue afianzando. ¿Enamorada? Quizás no estuviera lo que se dice enamorada “hasta el tuétano”, pero me sentía bastante cómoda en aquella relación.

Ese chico era un excelente pilar para mis nervios, siempre a flor de piel. Por otro lado, era un hombre de lo más sensato, con la cabeza perfectamente amueblada. Guapo también y con trabajo fijo, mi cartero me demostraba en el día a día quererme muchísimo... ¿qué más podía pedir?

El tiempo se encargaría de demostrarme cuán equivocada estaba al respecto. Me faltaban esas mariposillas en el estómago, pero mi corta experiencia en asuntos del corazón me tenía los ojos vendados. Creía que tenía la relación perfecta...

Los meses empezaron a correr vertiginosamente y se aproximaban las Navidades. Alan pensaba pasar nueve o

diez día en Segovia con su familia.

Yo, aunque hubiese querido, no habría podido acompañarle. Llevaba poco tiempo trabajando en mi empresa, de manera que aún no me correspondían vacaciones.

Tampoco me importó quedarme. Para ser sincera, me sentí un tanto aliviada. No era mal chico, Dios me libre de ponerle esa falta, pero sí un pelín absorbente, así que, aprovechando su ausencia, quedaría con mis amigas para salir de compras y hacer todas esas cosas que había ido dejando aparcadas por estar con él cada minuto libre.

El 23 de diciembre cerramos la clínica a mediodía. Hasta el día 26 no tendría que trabajar, por lo que esa misma noche quedé con Soraya y Almudena, mis dos amigas desde la infancia. Pensábamos salir a cenar y luego tomar alguna copichuela por el centro.

Desde el mediodía ya andaba dándole vueltas a la cabeza con el tema de la ropa. Estaba en duda entre un conjunto de falda y chaquetilla de piel que me había regalado mi novio o un vestido largo que me había comprado la semana anterior con la paga extra. Al final me decanté por lo último. El conjunto, lo suyo sería estrenarlo con Alan, pensé.

—¿Dónde va usted tan guapa, señorita? —me preguntó mi padre, al verme mirándome en el espejo de la entrada antes de salir.

—Pues de cenita con mis amigas, caballero. Espero que no le importe.

Siempre había tenido muchísima complicidad con mi padre, de ahí que a veces, en broma, le hablara de usted.

—Ningún problema, mujer. Que lo pase bien, muchacha, pero tenga mucho cuidado con todo, ¿de acuerdo?

—Quédese tranquilo, hombre. Lo tendré.

Le di un beso y salí por la puerta, dispuesta a pasarlo pipa con mis chicas. Ahora bien, por desgracia, no me duró mucho mi felicidad...

Serían más o menos las nueve de la noche cuando salí del garaje con mi coche recién lavado. Lo había llevado por la mañana a la gasolinera y le había dado una buena tunda tanto por fuera como por dentro. Se había quedado más limpio que la patena.

n

Mi primera intención fue ir directamente a casa de Almudena por el camino habitual, por el entresijo de calles del centro de la ciudad, pero como iba ya un poco ajustada de tiempo, finalmente decidí acortar saliéndome a la carretera, para volver a entrar a la ciudad por la otra punta.

Apenas me lancé a la circunvalación, vi por el retrovisor interno un coche que no paraba de pegárseme por detrás. Cuanto más aceleraba yo, más aceleraba él.

Empecé a ponerme nerviosa. Con la oscuridad de la carretera, no veía muy bien que digamos, pero parecía un coche oscuro y grande. Reconozco que no estuve muy fina con la maniobra, y no es que pretenda justificarme, pero de nerviosa que estaba, pisé ligeramente el freno. Juro que no sabía lo que hacía, el caso es que... ya podéis imaginarlo, ¿no?

Pues sí, aquel Volkswagen Passat me embistió por atrás. Me dio un leñazo curioso, sin embargo, menos mal que ahí logré mantenerme serena y no perdí el control del coche.

Como es lógico, aminoré la velocidad y me fui echando al arcén. ¡Madre de Dios! El tipo me adelantó y por un momento sospeché que iba a darse a la fuga, pero no fue así.

El Volkswagen también se paró en el arcén. De él bajó un hombre de unos 40 años, según mis cálculos a bote pronto. Era un tipo bastante atractivo que vestía un moderno traje de chaqueta y corbata.

—¿Pero tú estás tonto o qué te pasa, tío? —le recriminé a voz en grito.

—¿Yo? ¿Tú de que vas, niñata? ¿A ti te parece normal el frenazo que acabas de pegar?

Ni le contesté en ese momento. Toda mi preocupación se reducía al golpetazo que me había pegado en la parte trasera del coche. De una rápida ojeada vi que no era gran cosa, pero suficiente para amargarme ya la noche.

A su coche, en cambio, apenas se le notaba el trastazo. Un poco abollado por la parte de la defensa y tal, aunque no mucho.

Por otra parte... ¿Me lo parecía a mí o aquel tipo estaba un poco bebido? Ese brillo en los ojos...

—Ahora mismo voy a llamar a la policía—le advertí de muy, pero que de muy mala uva.

—Hey, tranquila, chica. Podemos arreglarlo tranquilamente como las personas, ¿no crees? Para eso están las compañías de seguro y los partes de accidentes...

—¿Como las personas? ¿Y la leche que me has metido sin venir a cuento, venga ahí a acelerar y acelerar? ¿Dónde mierda vas con tanta prisa, tío?

Lo sé, estaba perdiendo mis modales, pero el caso no era para menos.

—Pues mira, bonita, no creo que sea asunto tuyo ni que te interese, pero si quieres, paramos allí delante en el mesón y te lo cuento mientras nos damos los datos. ¿Te parece bien o la liamos parda aquí en la carretera con la guardia civil y tal?

Me tenía de muy mal humor y no me apetecía ni un pimiento el tema, pero era mil veces preferible la primera opción que aquel desconocido enchaquetado me proponía...

—Pues mira, bonita, no creo que sea asunto tuyo ni que te interese, pero si quieres, paramos allí delante en el mesón y te lo cuento mientras nos damos los datos. ¿Te parece bien o la liamos parda aquí en la carretera con la guardia civil y tal?

Me tenía de muy mal humor y no me apetecía ni un pimiento el tema, pero era mil veces preferible la primera opción que aquel desconocido enchaquetado me proponía...

Capítulo 3



Según entramos en aquel humilde restaurante a pie de carretera, llamé a Almudena para avisarla de que me pasaré un poco más tarde a recogerla.

—¿Algún problema, doña nervios? —Así solía llamarme cariñosamente mi buena amiga.

—Bueno...sí, pero tranquila, ahora te cuento cuando llegue.

—Venga, aquí te espero.

—¡Ah!, y díselo a Soraya también, por fa...—le pedí.

—Vale, no te agobies. Ahora le mando un audio.

—Perfecto, guapa. Espero no tardar mucho.

—¿Qué? ¿Noche de chicas? —me preguntó Roberto nada más colgar.

—Eso a ti no te incumbe —le respondí con muy mala baba.

—Qué desagradable eres, ¿no?

Si las miradas matasen, le habría dejado tieso allí mismo en ese momento. ¿Quién se creía aquel tipo para hablarme de esa manera? ¡Encima!

—Mira, chaval, déjate de rollos y vamos a lo que vamos, que tengo prisa.

Debió entender que una no estaba de buen humor precisamente, porque enseguida cambió el tono.

— ¿Te apetece sentarte en una mesa?

—No, prefiero quedarme aquí mismo en la barra. Y una cosa rapidita, hazme el favor, que ya te he dicho que tengo prisa, así que...

—Vale, vale. Yo también he quedado para cenar con un colega. —me miró descaradamente de arriba abajo.

Pedí una Coca-Cola Zero y él se pidió una cerveza sin alcohol. Roberto sacó una hoja de partes y la fue rellenando. Era zurdo, como yo. No creo que estuviéramos allí dentro más de quince o veinte minutos, tiempo suficiente para el intercambio de datos y poco más.

a

Digo poco más porque, aunque ese tema precisamente no me importaba un bledo, durante aquel rato me dejó caer algunos detalles de su vida como que estaba separado, que tenía una niña de 3 años y que era militar, Capitán de Fragata, para ser más exactos.

Por mi parte, no solté prenda en ese aspecto. A fin de cuentas, era un auténtico desconocido al que no debía ni la más mínima explicación sobre mi vida personal. No obstante, me dio la sensación de que él sí parecía interesado en conocer más datos sobre mí...

Roberto estaba pagándole las consumiciones al camarero cuando justamente me sonó el teléfono. Era Alan, y aunque a punto estuve de no cogerle en ese momento porque estaba como loca por salir ya de aquel solitario mesón, pensé que igualmente tendría que llamarle yo más tarde si no le atendía la llamada, de manera que lo mismo me daba.

—Hola, cariño. ¿Qué tal? ¿Qué haces? —Se escuchaba tráfico de fondo. Mi chico debía andar también por ahí.

—Hey, pues mira, me pillas casualmente en medio de un enredo. No está el horno para bollos en este preciso instante.

—¿Y eso? —me preguntó alarmado.

—Bueno, he tenido un pequeño accidente con el coche.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado? ¿Pero tú estás bien? —Las preguntas se le agolpaban en la boca, sin darme lugar a respondérselas. Alan parecía más nervioso que yo.

—Escúchame, estoy bien. No ha sido nada del otro mundo, pero me coges ahora mismo liada con la persona que me ha dado el golpe. Hablamos más tarde, si no te importa. O mejor mañana, ¿vale?

Ingrata de mí, que no fui capaz ni de preguntarle antes de colgar qué tal estaba él.

—Pero dime, ¿de verdad que te encuentras bien? —Esa era su mayor preocupación, cosa fácil de entender, claro.

—Que sí, que sí. Gracias a Dios, no me ha pasado nada.

—Vale, eso es lo único importante. Todo lo demás tiene arreglo. Venga, pues no te entretengo, cuando puedas me llamas y me lo cuentas todo tranquilamente.

—Eso. Ya te llamaré yo con más calma, Antonio. Disfruta de tu gente.

—Gracias, cielo, un besito.

—Otro para ti —le dije a modo de despedida.

—¿Tu novio? —La pregunta del militar en cuanto guardé el móvil en el bolso me pilló por sorpresa totalmente.

—Perdona, pero no creo que te interese con quien hablo o dejo de hablar —Yo me mantenía en mi tono cortante, pero con todita la razón del mundo, y es que ese hombre me sacaba de quicio con sus preguntas sin venir a cuento y esa picarona sonrisa de medio lado. A propósito; muy bonita dentadura la suya, que todo hay que decirlo.

—Tienes razón, soy un entrometido.

La tenía. Por supuesto que sí. ¿Qué narices le importaba a él si era mi novio, mi prima o mi abuelo Claudio? Por eso decía antes que me parecía que aquel individuo mostraba cierto interés en mi persona.

Ahora voy a ser cien por cien sincera. Tal vez me hubiera interesado yo en la suya, en caso de no tener ningún compromiso. Pero mis circunstancias eran las que eran, pese a lo que ya expliqué acerca de mi relación con Alan; me encontraba a gusto, aunque las mariposillas aún estaban por llegar.

Terminado el asunto que nos había llevado hasta allí dentro, Roberto y yo nos despedimos y tiramos cada uno por un lado. A él le esperaba un colega, según dijo. A mí me esperaban mis amigas y toda la noche por delante.

Almudena flipó cuando le conté lo sucedido.

—¿Y dices que el tío estaba bueno? —Era como si no le importase otro tema, como si nada más se hubiera quedado con eso. El bollo de mi coche no contaba para ella.

—Hay que ver cómo eres, chica. Sí, no estaba nada mal. La verdad es que tenía una sonrisa ultra bonita y una mirada muy intrigante.

—Este jaleo parece el comienzo de un cuento navideño para adultos, ¿no crees?

—Anda, anda, déjate de historias, que tienes una imaginación que flipas.

—Pues sí, y que sepas que me estás dando una idea guapísima para mi próxima novela.

—¿Sí? Pues nada, tú misma, ahí tienes el principio. Del resto ya que se encargue tu imaginación.

—Mira, ahí está Soraya con sus tacones de vértigo, para no variar. —Almudena apuntó con el dedo hacia su portal.

—Hola, holaaaaaa —Nuestra amiga saludó al entrar en el coche con su alegría habitual—. ¡Qué requetemonas que vais, chicas! Y a ti, ¿se puede saber qué te ha pasado, Andrea?

Le resumí la historia. Al igual que Almudena, parecía que lo que más le llamaba la atención del asunto era la figura del tal Roberto, y es que, también al igual que Almudena, Soraya era libre como el viento.

—Jajajajajaja —Sorayita se partía de la risa—. ¿Y dices que iba de cena con un amigo? Haberle dicho que se viniesen con nosotras, tonta, que eres tonta de remate.

—Claro que sí. En eso estaba yo pensando precisamente. ¡Lo que hubiera faltado ya!

—¡Anda!, ¿y por qué no? —Almudena le seguía la corriente a la otra—. Yo le hubiera tirado la caña. Y si cuela, cuela.

—Estáis como cabras las dos. Ya te he dicho que el resto de tu próxima novela te la tendrás que inventar. A mí, dejadme de líos, que bastante tengo con lo que tengo ya encima.

—¿Y eso? —preguntó Almudena mientras se retocaba un poco los labios en el retrovisor.

—Nada, me refiero a lo del coche. ¡Qué coraje tengo, por favor! Mi cochecito tan nuevo y tan mono...

—Ya... Bueno, mujer, podría haber sido peor. Da gracias de que no te haya ocurrido nada a ti.

—Sí, claro, siempre es un consuelo. Venga, olvidémonos de todo esto y vamos a pasarlo bien, ¿va?

—¡¡¡Va!!! —gritaron las dos al unísono.

Después de tropecientas vueltas por los alrededores buscando aparcamiento, al fin llegamos al restaurante mexicano donde teníamos reservada mesa para las tres.

No volvimos a hablar del tema durante la cena. Pasamos como un par de horas allí dentro conversando sobre asuntos cotidianos; temas de trabajo, de familia y cosas por el estilo.

Al terminar, tiramos para uno de los bares de copas más famosos de la ciudad, un sitio un tanto pijo, pero con un ambiente sano y agradable. Fue en dicho local donde me esperaba la segunda sorpresita de la noche.

El lugar en cuestión estaba de bote en bote a esas horas. Recuerdo que hacía bastante calor, a pesar de encontrarnos en pleno diciembre. O al menos yo lo tenía, quizás también el sofoco me venía de que no se me iba lo de mi coche de la cabeza. Estaba más cabreada que un mico, por más que tratara de disimularlo ante ellas dos.

Las dejé contoneándose al compás de la música entre aquella marea humana y tiré para la barra para pedirme un cóctel sin alcohol (ya sabes, si bebes no conduzcas...).

Complicada tarea, con tanta gente allí también. Tuve que ir abriéndome paso como pude hasta meter el cuerpo entre dos personas para que me viese la camarera.

Apenas pagué y me di la vuelta con la copa en alto para que no me la tirasen entre unos y otros, no sé cómo, pero alguien me dio un empujón, con tan buen tino que la copa salió volando y fue a parar a una chaqueta azul marino, antes de estrellarse contra el suelo y hacerse pedazos.

—¡Bien, bien! ¡Bravo! Sí señora, así se hace.

Quien quisiera que fuese, pronunció aquellas palabras a la vez que daba palmas con las manos a la altura de su cara, por lo que, de entrada, no pude vérsela. Cuando bajó los brazos y se la vi, casi me quedo muerta. ¡Era Roberto otra vez! ¡Ni que me hubiera estado siguiendo!

—¡Lo siento! ¡Lo siento muchísimo! —exclamé al comprobar el desaguisado, puesto que le había dejado la chaqueta de pena. Es más, incluso yo misma noté también enseguida la humedad del licor en el bajo de mi vestido y en mis pies. —¡La que te he liado, chaval!

—Bueno, digamos que ya estamos empatados, ¿no? —me contestó el capitán con una expresión burlona en su cara. Acto seguido, soltó una risilla que me sentó fatal.

—¿En serio? ¿Me vas a comparar unas manchas en una prenda con el testarazo de mi coche?

—Ay, ay, ay... pero qué exagerada eres, criatura. ¿No te he dado ya el parte? ¿No te lo van a arreglar? Que todo en la vida fuera eso, mujer...

—Claro, claro, el que no se consuela es porque no quiere, ¿verdad?

—Tú lo has dicho. Anda, te invito a otra copa, a ver si así se te suaviza un poco ese carácter tan áspero que tienes.

—Encima, se permitía el lujo de juzgarme así, por todo el careto.

—Ni de coña. Déjame que te diga que si lo que pretendes es ligar conmigo, lo llevas claro.

Me salió tal cual esa “chulería”. Esta vez, Roberto soltó una carcajada en toda regla.

—Pero qué graciosa que eres. ¿Sabes? Me caes bien. Por cierto, ¿dónde anda tu gente? —miró alrededor.

—Eso a ti no te importa.

Me di media vuelta e hice ademán de salir pitando, dejándole allí plantado, pero Roberto me lo impidió agarrándome del brazo.

—Oye, oye... Espera un segundo. Entonces... ¿qué hacemos con lo de la factura de la tintorería? —El militar volvió a reírse descaradamente, como provocándome.

—Anda y que te zurzan, chaval.

Ya me estaba pinchando más de la cuenta. Aquel militar tenía una habilidad tremenda para enervarme. No quería ni imaginármelo cómo podría llegar a ser en el trabajo con sus subordinados, aunque nunca se sabe. Lo mismo era un tipo excelente como jefe.

Más cabreada que una mona, me fui abriendo camino entre la gente hasta llegar al fondo, donde Almudena y Soraya, ajenas a todo, seguían bailando como si el mundo fuera a acabarse.

A mí también se me iba a acabar pronto la “tranquilidad”, pues se veía que Roberto no estaba dispuesto a dejarme escapar, así como así.

Cuando me quise dar cuenta, ya lo tenía a mi lado nuevamente con su colega, y tanto el uno como el otro estaban

presentándose a mis amigas para “colarse” en nuestra particular reunión. Lo típico en estos casos, vamos...

presentándose a mis amigas para “colarse” en nuestra particular reunión. Lo típico en estos casos, vamos...

Capítulo 4



No estuvo mal la noche. Si dijera lo contrario, mentiría. Roberto no paró de tirarme la caña para ver si sonaba la flauta, pero se quedó con las ganas. Sin embargo, he de reconocer que al final bajé bastante la guardia, quiero decir que poco a poco me fui mostrando menos arisca con él.

Ojo, que conste en acta que no soy ningún “cardo borriquero”, contrariamente a lo que el susodicho parecía pensar de mí. Bien sabe Dios que, si adopté esa actitud para con él desde el minuto uno, fue por las circunstancias.

Además, me parecía un chulillo, una persona arrogante, no sé... y eso me hacía estar como a la defensiva, respondiéndole a todo de malas maneras. En cambio, a medida que avanzaba la noche, fui descubriendo tras su atractiva imagen a un tipo mucho más simpático de lo que yo creía, bromista, culto, inteligente... en fin, una persona sumamente interesante en conjunto.

Difícilmente habríamos podido mantener conversación alguna de la cual sacar todas esas conclusiones, de no haber conseguido pillar una mesa con sillas que se quedó vacía, donde acabamos sentándonos los cinco.

En cuanto a Gonzalo, su acompañante, enseguida se inclinó también por Soraya. Parecía algo mutuo. De hecho, en un momento dado de la noche, mi amiga tiró para el baño y a él le faltó el tiempo para seguirla con disimulo a cierta distancia.

Una, que es bastante cotilla también, hizo lo propio y se levantó de su butaquita de mimbre para ver qué se estaba cociendo por allí. Tal cual lo imaginaba, me los encontré en la cola muy acaramelados a los dos. Y más aún... ese acaramelamiento terminó en un señor morreo contra la pared del pasillo.

Tanto Roberto como Gonzalo se tomaron unas cuantas copas, cosa que no me pareció ni medio bien, por aquello de que se suponía que seguramente habrían ido hasta el bar en coche.

Era una imprudencia absoluta por su parte, aunque luego, al irnos, me di cuenta de que me había equivocado con mis conjeturas. Efectivamente, habían llegado en coche al pub, pero a la hora de volver a casa no dudaron en pedir un taxi en la puerta. El coche se quedaría aparcado a un par de manzanas hasta que su dueño volviera al día

siguiente a recogerlo.

Cómo no, mi capitán terremoto me dejó caer la posibilidad de quedar a solas conmigo en otra ocasión para tomar algo o incluso cenar. Le dije que no tajantemente, que ya le había explicado que salía con alguien y que ese doble juego no iba conmigo. De todos modos, Roberto no se dio por vencido a la primera...

—Qué dura eres, ¿no? Nadie está hablando de dobles juegos ni nada que se le parezca. Es tan sencillo como que creo que podríamos ser buenos amigos, pero tú misma...

—Ya... amigos... a ver si te crees que me chupo un dedo, que ya tengo unos añitos.

—¿Ves? —me dedicó otra de sus seductoras sonrisas —, eres una desconfiada, pero me encanta cuando te pones así.

r —¿Así cómo? ¿A qué te refieres?

—Cuando salta la Andrea de Vil...

—¿Perdona? —Le había entendido perfectamente, pero me estaba haciendo la tonta.

—No te hagas la sueca, que de sobra lo sabes, pero bueno, da igual. Tengamos la fiesta en paz.

—Eso, no vayamos a liarla otra vez.

—Lo dicho, si te apetece, ya sabes dónde encontrarme, preciosa.

Ese “preciosa” vino acompañado de un guiño de ojo que el muy “canalla” remató con otra sonrisa que me puso la piel de gallina. ¡Estaba bueno a rabiar!, no podía negarlo.

Y sí, claro que podría dar con él si quería, teniendo como tenía en la guantera del coche el papelito del parte con todos sus datos, pero ni se me pasaba por la cabeza.

Ahí terminó la historia, con el taxi aminorando la marcha hasta quedar parado a nuestra altura y ambos personajes montándose en él.

—Yeahhhh... tu capitán va a por todas, ¿eh? —Ahora era Almudena la que me tiraba la chinita.

r —Si lo quieres, todo tuyo. Te lo regalo.

—Mis ganas —Almudena lo soltó sin más. No se cortó un pelo.

—¿Qué pasa? ¿Te ha gustado?

—Como que a ti no te ha molado, anda, niégamelo.

—Estás tonta.

—Sí, ya. Mira quién habla... que por poco se te cae la baba hasta el ombligo con el guiñito de ojo. A ver si te crees que se me ha pasado por alto. ¿Tú qué dices, Sorayita?

—Jeje. Que por mí os lo podéis rifar. Yo ya tengo el teléfono del otro y vamos a volver a vernos mañana mismo.

—¿En serio? —La pregunta nos salió a la par a mí y a Almudena.

—¿Lo dudáis o qué?

No, no cabía ninguna duda, pero yo sí que empecé a navegar en un mar de dudas a partir de ese momento, en relación con Roberto. Dejando a un lado el físico, que bastante ya, había algo en ese hombre que me atraía poderosamente, que me llevaba a querer conocerle un poco más.

¿Y si tomábamos un café? ¿Haría mal con eso? ¿Podríamos ser buenos amigos, como él decía? ¿Podría contárselo con total naturalidad a Alan? ¿Le molestaría o no le daría importancia?

Seguramente no lo vería con buenos ojos. O sí, ¿por qué no? Pensándolo bien, él también me hablaba de sus amigas allí en Segovia como si tal cosa. Es lo normal. Todos tenemos amigos de ambos sexos, ¿qué hay de malo en ello? Y pobre del que no entienda ese concepto de sana amistad.

A todo esto, mi chico no paró de llamarme en los días posteriores para contarme sus movimientos por su tierra y confundiéndome más todavía. No... no había nada raro en aquellas llamadas.

Por un lado, me sentía halagada con el hecho de que estuviese tan pendiente de mí. Por otro... me agobiaba un poco, y es que a veces se me cruzaban los cables e interpretaba esa misma circunstancia del contacto permanente como un afán por controlarme a todas horas.

La cabeza no me daba para más. Me estaba comiendo el coco más de lo normal. Fue precisamente Almudena la que al final me animó a proponerle una cita a Roberto en una céntrica cafetería.

Sería una simple e inocente merienda entre dos conocidos, y no, no había nada de malo en ello. Tan solo me quitaría esa espinita que tenía ahí dentro clavada.

Mi amiga se encargó de hacerme entender que merendar con él no era ningún delito, de modo que no me lo pensé más y guardé su número en mi móvil. Contactaría con él el día después de Navidad, antes de entrar a trabajar.

Mientras me tomaba el café, anduve debatiéndome unos minutos entre escribirle por wasap o llamarle directamente. Tal era mi confusión, pero terminé decidiéndome por lo primero...

—Hola, buenos días, Roberto.

Ufffff, qué sosa. Y qué payasa, pensé de inmediato. ¡Demasiado formal! Ni que le estuviera escribiendo al médico. Nada, nada, elimina ese mensaje ahora mismo, Andrea, me dije.

Y sí, hubiera estado genial hacerlo, pero tal era mi nerviosismo con el móvil en la mano que le di por error a la opción de “Eliminar para mí”, en lugar de “Eliminar para todos”, con lo cual lo único que conseguí fue que el dichoso mensajito desapareciera de mi vista, pero no de la suya. Tarde o temprano lo vería, así que la suerte estaba echada.

Supuse que el capitán ya debía andar también camino del curro. Mejor olvidarme del asunto y que me contestara cuando le pareciera. La cuestión es que no tuve noticias suyas hasta poco antes del almuerzo, de modo que la espera se me hizo eterna.

Es más, pasé la mañana bastante mosqueada pensando que me estaba vacilando, que quizás hubiese visto mi ridículo mensaje sin abrirlo, deslizando la pantalla hacia abajo, pero no.

Resultó que Roberto se había dejado olvidado el móvil en el coche y no lo había echado de menos hasta que recordó que tenía que pedir cita con su endocrino. Fue entonces cuando salió un momento a buscarlo y se encontró con mi mensaje, según me explicó.

Por cierto, él no se anduvo con tonterías de mensajitos y me llamó del tirón. Cuando le propuse merendar en el centro, enseguida aprovechó para ofrecerse a pasar a buscarme con su coche.

—Esto...no sé —Yo parecía tartamuda, lo juro.

—¿Cuál es el problema?

—No, ninguno...

—Venga, tranquila, que no pienso ponerte un dedo encima —soltó una risilla.

—¡Hasta ahí podía llegar la broma! —Otra vez saqué las uñas.

Roberto se quedó callado unos segundos antes de contestar.

—Mira, te voy a decir algo que quiero que tengas siempre presente, por muy cursi que te suene, ¿vale? Soy oficial y, por ende, caballero. Ahí lo dejo.

Fui yo la que se quedó muda entonces por unos instantes, después de escucharle aquella frase que nunca jamás he podido olvidar; “Soy oficial y, por ende, caballero”.

Inexorablemente, eso del “caballero” me trajo de golpe al pensamiento la famosa película de Richard Gere y me imaginé a Roberto vestido también con su uniforme blanco de capitán. Qué mono tenía que estar con esa piel tan morena y con ese porte que me gustaba. ¡Madreeee!

^a¿Qué me estaba pasando? No era eso en lo que habíamos quedado, ¿no? Me refiero a conmigo misma. Si no quería terminar en el manicomio, no podía verle con otros ojos que no fueran los de la amistad. Y así sería, punto pelota.

Aunque habíamos quedado en encontrarnos allí a las seis de la tarde (sí, preferí rehusar su propuesta de recogerme, pero no por mí, sino por no dar que hablar a nadie, así era yo), a las cuatro ya estaba metida en el cuarto de baño, maqueándome como la que va a una boda.

Bueno, he exagerado un poco con eso de la boda. No hacía falta. Bastante arreglada me había visto ya la noche en que nos conocimos. Aparte, no procedía vestirse de gala para ir una tarde cualquiera a merendar a una cafetería. ¡Hubiera sido para apedrearme!

Ahora bien, por lo demás, no me faltó un detalle. Mi manicura francesa, mi pelo recogido en un cuquisimo moño informal con mechones sueltos enmarcándome el rostro, mi maquillaje impecable... Incluso unas pestañas postizas me planté para aquella cita. ¡Antes muerta que sencilla!

En lo referente a la ropa, tiré de prendas básicas del armario, pero conseguí un *outfit* bastante resultón. Me puse unos vaqueros oscuros ajustados, una camiseta blanca de manga larga, unas botas altas con flecos a los lados y un bonito pañuelo de cuadros para abrigarme el cuello.

El bolso de piel a juego con las botas y el abrigo estampado con gorro de borde de pelito fueron la guinda de mi chulísimo *look*. Lo malo es que media hora antes de salir de casa empezó a llover, cosa con la que no contaba y

que me obligó a descartar mis planes de ir hasta el centro a pie, dando un paseo.

Tuve que agarrar el paraguas y pedir un taxi. Cuando este paró delante de mi portal, llovía ya a mares y el cielo estaba completamente oscuro. Para colmo de mis males, al llegar a la cafetería en cuestión, me encontré con que estaba a oscuras como la boca del lobo y con el cartelito de “Cerrado por descanso del personal” colgado tras la puerta de cristal.

La inmediata fue ir a sacar el móvil del bolso para avisar a Roberto del contratiempo, si bien no tuve ya oportunidad alguna de hacerlo porque mi capitán apareció justo en ese momento por la esquina, refugiándose de la lluvia bajo su enorme paraguas.

—Qué romántica se ha puesto la tarde, ¿no?

Ni saludar ni nada por el estilo. Esas fueron sus primeras palabras al verme. Acto seguido, sonrió de esa manera tan suya que a mí siempre me dejaba embobadita perdida...

que me obligó a descartar mis planes de ir hasta el centro a pie, dando un paseo.

Tuve que agarrar el paraguas y pedir un taxi. Cuando este paró delante de mi portal, llovía ya a mares y el cielo estaba completamente oscuro. Para colmo de mis males, al llegar a la cafetería en cuestión, me encontré con que estaba a oscuras como la boca del lobo y con el cartelito de “Cerrado por descanso del personal” colgado tras la puerta de cristal.

La inmediata fue ir a sacar el móvil del bolso para avisar a Roberto del contratiempo, si bien no tuve ya oportunidad alguna de hacerlo porque mi capitán apareció justo en ese momento por la esquina, refugiándose de la lluvia bajo su enorme paraguas.

—Qué romántica se ha puesto la tarde, ¿no?

Ni saludar ni nada por el estilo. Esas fueron sus primeras palabras al verme. Acto seguido, sonrió de esa manera tan suya que a mí siempre me dejaba embobadita perdida...

Capítulo 5



Aunque la oscuridad de aquel cielo invernal podía llevar a engaño, todavía era temprano, pues apenas pasaban unos minutos de las seis de la tarde, pero visto lo visto, no nos quedó más remedio que improvisar un nuevo plan.

Roberto me propuso resguardarnos del aguacero que estaba cayendo en una sala de cine, a ver si a la salida, con suerte, había amainado un poco la tormenta. Así pues, tiramos para los cines del centro comercial apurando el paso por las céntricas calles de Cartagena.

De casualidad, al cabo de quince minutos empezaría un estreno de cartelera que a los dos nos apetecía bastante ver, por lo que casi no tuvimos tiempo antes de entrar más que de comprar unas bebidas y un gigantesco cartucho de palomitas dulces.

Para ser sincera, tengo que decir que allí dentro, acomodada en mi butaca, no le presté mucha atención a la peli. Ni mucha ni poca, mejor dicho, puesto que mi cabeza iba de un lado para otro, sin poderlo remediar.

Lo mismo estaba en Segovia por unos instantes, que me veía independizándome de mis padres o tirando de la maleta por los pasillos de algún aeropuerto, fantaseando con un viaje a cualquier parte del mundo, en compañía del atractivo capitán que tenía sentado a mi lado.

Diffícil concentrarse en la historia de la gran pantalla con semejante caos mental, pero ya he explicado que por aquellos días me encontraba envuelta en una crisis existencial. De las mayores de mi vida, incluso me atrevería a decir.

Una vez que se encendieron las luces de la sala al finalizar la proyección, nos asomamos a la calle, pero la lluvia, lejos de ir remitiendo, caía con más furia aún. Por tanto, decidimos quedarnos a tomar algo en uno de los tantos bares de aquel recinto.

Para no variar, me pedí mi consabida Coca-Cola Zero, y es que no suelo tomar alcohol, fundamentalmente porque soy diabética. Solo en ocasiones especiales me tomo una copita de vino o dos, y pare usted de contar. Por su parte Roberto se pidió un whisky doble.

—¿Un whisky? —pregunté asombrada, según se alejó de nosotros la chica que acababa de atendernos.

—Sí, ¿por?

—¿No has venido en coche?

—Exacto. ¿Y? ¿Cuál es el problema?

—Hombre... tú me contarás. Creo que es obvio.

—Bueno, ya sé por dónde vas, pero solo será uno. Además, quédate tranquila que controlo perfectamente lo que hago. Si veo que no debo conducir, con pillar un taxi, arreglada la cuestión. Los taxistas también tienen que comer, ¿no?

Esa fue su “defensa”, pero no, no fue solo uno. En tanto que yo me bebía mi refresco, a él le alcanzó el tiempo para tomarse otro buen vaso de whisky. Ya no quise decirle nada más al respecto, pero ahí comencé a darme cuenta de su gusto por el alcohol.

Roberto me contó esa tarde bastantes detalles de lo que era y había sido su vida hasta entonces. Tenía treinta y nueve años, llevaba casi dos separado de Susana y estaba más solo que la una en el mundo.

Tanto sus padres como su hermano habían fallecido poco tiempo atrás en trágicas circunstancias que ahora mismo no vienen al caso. Su única familia se limitaba a unos tíos y un par de primos que vivían en Barcelona, a una hermana misionera que vivía en Perú y a Elena, su peque de cuatro añitos.

Con ella, tenía el régimen de visitas más habitual en estos casos, es decir, los fines de semana alternos y un par de tardes entre semana. En cuanto a Susana, su ex, la relación entre ellos era nula.

No se dirigían la palabra. De hecho, cuando le correspondía a él su turno, Susana siempre le entregaba a la cría a través de su madre o de su hermana. No quería verlo ni en pintura. Ese punto me intrigaba, por lo que fui tirando del hilo...

—¿Puedo preguntarte el porqué de esa inquina que te tiene?

—Bueno, supongo que por despecho...

;

’ —¿Despecho? ¿Pero acaso la dejaste por otra?

—Qué va, nada de eso. Nunca le fui infiel, ese no es mi estilo, pero se nos terminó el amor y decidimos separar nuestros caminos. Es más, tengo que confesarte que ni siquiera estaba enamorado de ella cuando me casé.

—¿Que no? ¿Por qué lo hiciste entonces?

—Pues mira, cosas de la vida. Llevábamos ya unos cuantos años de novios y la situación en casa con mi familia era bastante tensa. Fue mi propio padre el que me alentó a casarme con Susana para salir de allí. No paraba de decirme que era una mujer ideal, que si sabía cocinar, planchar, y tal y tal. Tú sabes, esa mentalidad retrógrada de las generaciones pasadas... El caso es que me convenció.

—Ya, y al final esas cosas, más pronto que tarde, terminan mal.

—Efectivamente, mi querida amiga —Este modo de referirse a mí me llamó la atención—.

—De todas formas, supongo que tuvo que haber algo más para que, a día de hoy, no quiera verte ni en el centro de la diana. Vamos, digo yo. Tampoco pretendo que me lo cuentes si no te apetece.

—No, si no tengo nada que ocultar. Verás, Susana y yo nos separamos como cualquier pareja en la que no hay nada. Ni más más ni más menos. Lo que pasó es que ella se arrepintió después y empezó a buscarme. Pretendía volver, pero yo no quería saber nada del tema. Hizo varios intentos de engancharme con argumentos sin sentido, como por ejemplo que sería lo más conveniente para la crianza de la niña.

—Ya...

—Y nada —continuó con su relato —, cuando vio más claro que el agua que por mucho que quisiera ya no tenía nada que hacer conmigo, cortó radical la relación. Tenía un rebote de órdago. Que todo lo que tuviera que hablar con ella en adelante, que lo hiciera mediante nuestros abogados, me advirtió.

—Un error, bajo mi punto de vista.

—Ella sabrá. En realidad, me da igual. Lo único que me importa es el bienestar de mi hija.

—Lógico.

Esa era su situación por aquellos días. Como era de esperar, el atractivo militar también quiso saber más de mi persona, sobre todo en lo referido al aspecto sentimental, con lo cual no me quedó otra que hablarle de mi relación con Alan, ese tema que yo había estado esquivando hasta entonces.

Le expliqué que llevábamos unos meses saliendo juntos, cómo era nuestro día a día, que se trataba de un buen hombre con el que no tenía “sobresaltos” de ningún tipo, que se encontraba pasando unos días en su tierra con los suyos... y que volvería, a no tardar ya mucho.

—¿Sabes? Todo eso que me cuentas me parece perfecto, pero no te veo muy entusiasmada con él que digamos.

—Estamos bien como estamos, créeme. Es una persona maravillosa y que me aporta mucha paz, no sé cómo explicártelo.

—No hace falta que te esmeres. Yo lo veo desde fuera y, o mucho me equivoco, o lo vuestro no va a llegar a buen puerto. Es solo mi opinión, ¿vale? No quiero que te molestes conmigo.

—Bueno, tiempo al tiempo —me limité a contestarle.

—Eso es.

e

—Por cierto, Roberto, hay una cosa que me intriga, ¿cómo es que alguien como tú no ha rehecho su vida en estos dos años? Imagino que oportunidades no te habrán faltado.

—Puede ser—hizo una pausa antes de seguir, —pero te confesaré algo. Yo, si no siento ese cosquilleo en el
1 estómago por alguien, prefiero estar solo, y aquí me tienes...

Pues sí, allí le tenía, solo y sin compromiso, delante de mí. Esas últimas palabras tuyas me dieron que pensar. “Yo, si no siento ese cosquilleo en el estómago...”. Me estaba diciendo sutilmente que ni de coña se tragaba que una estuviera tan a gusto con su pareja como le estaba exponiendo.

Con ello, consiguió que mis dudas se fueran multiplicando por minutos. Y más todavía cuando llegó la hora de despedirnos. Serían más o menos las once y media de la noche, era un día entre semana y al día siguiente tocaba madrugar, de manera que no debíamos extendernos mucho.

Para entonces, la tormenta había pasado, dando lugar a una lluvia finita con visos de extinguirse en breve. Roberto no mencionó en ningún momento la posibilidad de coger su coche para regresar a casa, sino que me propuso directamente acompañarme a pie dando un paseo.

Me gustó la idea porque ello me supondría poder disfrutar un poco más de la compañía de aquel hombre que el caprichoso destino me había puesto en el camino.

1

Daba gusto conversar con él de cualquier tema. Roberto tenía una cultura general alucinante que, para mí, ni siquiera se justificaba con el hecho de haber estudiado la carrera de magisterio, antes de ingresar en las Fuerzas

Armadas.

Parecía saber de todo absolutamente. Tenía un léxico increíble. De hecho, más de una vez me sorprendió con palabras que no había escuchado jamás, a lo largo de las conversaciones mantenidas hasta entonces. Una, por no pecar de “inculta”, le seguía siempre como si las entendiese todas perfectamente.

Pero no solo era la cuestión de la cultura. Además, se veía que era un tipo inteligente y listo a rabiar, al cual no se le escapaba ni media. Como si llevase un radar consigo, estaba contigo y en todo a la vez, supongo que se me entiende lo que quiero decir. Todas esas cualidades lo convertían en un hombre interesantísimo.

Físicamente también estaba muy bien, como ya he ido dejando caer. Mediría 1,80 aproximadamente. De buena complexión, tenía una mirada lánguida pero que le daba su punto, unas patitas de gallo prematuras para su edad, boca grande, una dentadura preciosa (esto tampoco es nada nuevo) y el pelo ensortijado, eso sí, también con más canas de lo normal para los años que tenía.

Recuerdo que, pese a aquella lluvia finita, íbamos a paso lento de camino a mi casa, como si de un pacto silencioso se tratase, para estirar el tiempo todo lo posible.

Al llegar a mi barrio, preferí despedirme de él a cierta distancia de mi bloque, queriendo evitar las posibles miradas de algún vecino cotilla. Le eché el freno en la esquina, justamente al lado de una farola que llevaba fundida varios días.

Palabrita que no lo hice con esa intención, pero la oscuridad propició aquel beso de película que nos dimos al apuntar la medianoche (como la Cenicienta, jejeje).

En verdad, fue por iniciativa de Roberto, y si bien al verle las intenciones lo esquivé por temor ladeando ligeramente la cabeza, al final terminé sucumbiendo a eso mismo que llevaba deseando interiormente toda la tarde.

Sí, lo admito. Me había pasado horas debatiéndome entre el “quiero” y el “no puedo”, intuyendo sus pretensiones para el fin de fiesta.

—¿Y ahora qué? ¿Puedo invitarte a cenar otro día? —me preguntó Roberto, alzando las cejas en un gracioso gesto.

—Uffff... No creo que debamos...

—¿Por?

—Me parece que la pregunta está de más, señorita.

—Discrepo con usted, señorita, pero lo dejo en sus manos.

—Venga, anda, márchate ya para tu casa, que es tarde —le sugerí.

Roberto miró la hora en el móvil.

—Bueno, todavía me da tiempo a tomarme una última copilla antes de acostarme.

a —Estás de broma, ¿no?

—Todavía no me conoces bien...

Pronunció aquellas palabras, me guiñó un ojo y soltó una ligera risilla que no supe bien cómo interpretar. ¿Me estaba vacilando o lo decía en serio? A fin de cuentas, como él mismo acababa de decirme, aún no le conocía bien. Otra duda más para mi persona, por si tenía pocas.

Me dieron las quinientas mil antes de poder enganchar el sueño aquella noche, y es que, toda vez metida ya en la cama, me cayó por encima el peso de la conciencia.

Solo había sido un beso, pero el remordimiento me arañaba el alma. ¿Dónde quedaban mis principios? Solución: no volvería a ver bajo ningún concepto a “mi amigo” el capitán.

—Me parece que la pregunta está de más, señorita.

—Discrepo con usted, señorita, pero lo dejo en sus manos.

—Venga, anda, márchate ya para tu casa, que es tarde —le sugerí.

Roberto miró la hora en el móvil.

—Bueno, todavía me da tiempo a tomarme una última copilla antes de acostarme.

—Estás de broma, ¿no?

—Todavía no me conoces bien...

Pronunció aquellas palabras, me guiñó un ojo y soltó una ligera risilla que no supe bien cómo interpretar. ¿Me estaba vacilando o lo decía en serio? A fin de cuentas, como él mismo acababa de decirme, aún no le conocía bien. Otra duda más para mi persona, por si tenía pocas.

Me dieron las quinientas mil antes de poder enganchar el sueño aquella noche, y es que, toda vez metida ya en la cama, me cayó por encima el peso de la conciencia.

Solo había sido un beso, pero el remordimiento me arañaba el alma. ¿Dónde quedaban mis principios? Solución: no volvería a ver bajo ningún concepto a “mi amigo” el capitán.

Capítulo 6



Los días fueron pasando según lo esperado, o sea, entre fiestas y más fiestas que incluían comilonas de esas que hacen que luego te arrepientas cuando toca subirse a la báscula.

Alan volvió a principios de enero, en vísperas de Reyes, para incorporarse a su trabajo. En cuanto a Roberto, no supe nada de él desde la noche en que nos despedimos con el famoso beso.

No había dado más señales de vida. Supuse que, viendo que yo tampoco estaba por la labor, habría decidido respetar mi decisión de mantenerme lejos. O a saber. ¡Cualquiera se metía en la cabeza de aquel hombre!

Curiosamente, Alan andaba un poco raro desde que llegó de Segovia. Cuando digo “raro”, me refiero a que le notaba un tanto ausente, como abstraído, decaído... no sé.

Al principio no le di mucha importancia, creyendo que tal vez arrastraba todavía la penilla de haber tenido que dejar nuevamente a los suyos allí arriba en su tierra.

No quise presionarlo con respuestas, pero una tarde en que le noté descaradamente esquivo conmigo, me dispuse a coger el toro por los cuernos. Si pasaba algo, tenía derecho a saberlo.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa? —fui directa al grano, y no de buen tono, precisamente—, me da que tu viaje no te ha sentado muy bien.

—¿Por qué dices eso?

—Hijo mío, a la vista está. Pareces un alma en pena desde que volviste. ¿Tienes algún problema?

—No, no es nada importante —lo soltó, haciendo a la par un movimiento con la mano como quitándole hierro a lo que quisiera que fuese.

—O sea, que sí que te pasa algo.

—Andrea, por favor, no tengo muchas ganas de hablar ahora, ¿vale?

—No, ni ahora, ni esta mañana, ni ayer...

—En serio, no tienes nada de lo que preocuparte. Es un tema personal, pero ya te lo contaré más adelante.

—¿No puedo saberlo ni yo? Pues sí que estamos apañados —protesté.

La cena en nuestra pizzería favorita, en lugar de resultar un rato agradable, se convirtió en una especie de velatorio. Apenas hablamos entre nosotros en aquel par de horas.

No es que mi novio hubiera sido nunca la alegría de la huerta, pero desde que llegó de Segovia estaba irreconocible. Si no me quería contar el motivo de tal cambio, allá él.

Sí, admito que el fantasma de Roberto no paraba de planear sobre mi cabeza y que eso me alejaba interiormente unos cuantos puntos de la persona con la que mantenía una relación desde hacía meses, pero no era yo la que se mostraba distante. Al contrario, trataba de disimularlo.

—Ay, ay, ay... —Almudena arqueó las cejas a la vez que pronunció las palabras, al enterarse por mí de lo que estaba sucediendo.

—¿Tú qué opinas?

a—¿Te digo la verdad?

—Claro, que dicen que cuatro ojos ven más que dos.

—Pues mira, Andrea, no descartes nada, incluso que haya podido conocer a alguien allí en Segovia.

—Lo dudo. Eso sí que no. Alan no es de esos.

—Qué ingenua eres, guapa. Cuidado, que no estoy diciendo que esté liado con ninguna segoviana. Tan solo que puede ser que en estos días haya conocido de casualidad a alguna mujer que le haya atraído. Todo esto me escama.

—¿Verdad?

Soraya no compartía la teoría de Almudena. Al revés; le defendía.

—Yo lo que creo es que las dos sois muy mal pensadas. A lo mejor alguien de su familia se ha puesto malo o ha tenido algún encontronazo con quien sea ... no sé. Malas rachas tenemos todos.

—Y hablando de rachas, guapita de cara—le dije —, ¿tú con tu Gonzalo qué tal?, ¿os seguís viendo?

—Ahí vamos, jejeje.

—Cuenta, cuenta, lobilla —estaba intrigadísima con el tema.

—Anda, anda, no me seas tan cotilla, que si te lo cuento, ya vas a saber tú más que yo.

—Ah, muy bonito. Otra con los misterios...

—Es broma, mujer, que enseguida te picas. Pues ahí vamos. Nos hemos visto ya varias veces. Estamos conociéndonos poco a poco, tú sabes.

Gonzalo también era militar. Sargento de Infantería de Marina, para más señas. Por lo que me iba contando Soraya, era la antítesis de Roberto en todo y por todo, pero como los polos opuestos se unen, tanto en la profesión como en el plano personal tenían una relación fabulosa. Más allá de las dependencias militares, eran compañeros de aventuras, por así decirlo.

Pero esa era otra historia; la historia que se traía entre manos mi amiga con el amigo de Roberto. Seguiré con la mía, que es la que interesa ahora...

Un par de semanas más tarde, Alan me contó que bajaría en breve una prima suya de Segovia para pasar unos días en su casa.

—¿Y eso? —Así de repente, me había chocado la noticia.

—¿Tanto te extraña?

—Bueno, no... solo que nunca me has hablado de ella.

—Ya, porque tampoco ha venido a cuento. Noelia es una prima con la que me llevo muy bien.

—¿Pero a qué viene exactamente? Si me dijeras que estamos en verano y que quiere pasar unos días en la playa...

—Andrea —me interrumpió mi novio—, es una cuestión de médicos. Mi prima quiere consultar unas cosas con un amigo radiólogo que tiene en el hospital de Murcia. Solo es eso.

—Jolín, ¿y no puede hacerlo por teléfono?

—¿Qué demonios te pasa a ti? Dices que si yo esto y lo otro, pero parece que también te fastidia que tenga visita en mi propia casa. ¿A qué viene todo esto?

Tenía todita la razón del mundo. ¿Quién era yo para juzgar a nadie ni meterme en sus asuntos ni en los de su prima?

—Sí, es cierto. O sea, no, no es que me fastidie, solo que se me ha hecho raro. Lo siento. Perdóname.

—Nada que perdonar —lo dijo vagamente, como si estuviera molesto conmigo, cosa que también entendí.

Siguiendo lo previsto, la prima de Alan cayó en Cartagena dos o tres días después. Noelia era una chica alta, rubia y con unos preciosos ojos verdes. Tendría más o menos la misma edad que él, quizás le sacara alguno de ventaja.

—Uy, uy, uy... ya apareció la segoviana en discordia —Almudena parecía tener ganas de pinchar cuando se la describí.

—Oye, tú, no sigas picándome, ¿vale? No me cabe ninguna duda de que es su prima. Y debe andar mala, por lo visto. Ella o alguien de su familia, no sé mucho sobre el asunto.

Mi amiga escritora se echó a reír.

s

—Que yo no digo nada, chica. ¡Qué susceptible estás!

—Y tú menuda imaginación que tienes con tanta novela rosa, hija.

—Bueno, yo tan solo me inspiro en historias cotidianas de la gente que me rodea, para escribir mis historias. Si no, mal asunto sería tener que estar inventando constantemente.

—Pues conmigo no vas a tener mucho que escribir. Al menos, no nada ultra emocionante.

Yo solita lo había dicho. Y si se lo espeté así tal cual fue porque realmente sentía que mi relación con Alan

. transcurría sin pena ni gloria. Pero “era un buen hombre”, como bien decía mi madre, y eso es a lo que aspiramos siempre la mayoría de las mujeres, ¿no? Por tanto, yo seguía adelante.

Durante los cinco o seis días de estancia de Noelia en casa de mi novio, prácticamente no nos vimos la cara. Quiero decir, ella y yo, pero la verdad es que a él apenas le vi el pelo tampoco.

¿El motivo? Muy sencillo. Alan estuvo todo el tiempo, según me decía, haciéndole de taxista con el coche, desde Cartagena hasta el hospital de Murcia y viceversa, amén de acompañarla a otros sitios para ir de compras y tal.

Me vino bien la jugada, porque yo también aproveché para solventar algunas cosillas mías pendientes. Y mientras mi cabeza seguía dando tumbos entre mi chico y el enigmático capitán.

Reconozco que, en un momento dado, a punto estuve de escribirle en aquellos días, aprovechando el filón. Era una idea que me iba y me venía al pensamiento, pero que siempre terminaba desterrando. Si quería olvidarme completamente de él, no podíamos tener ningún contacto, por inocente que fuera.

Luego me arrepentiría de haber estado reprimiendo ese impulso, y es que el viernes de aquella misma semana, en cuanto Noelia se marchó de casa de Alan, allá que fui yo, dispuesta a pasar la noche con mi pareja.

No hubo lugar a nada de eso. En cuanto entré por la puerta y solté el bolso, me dirigí directamente al baño, para lo cual tenía que pasar por delante de su dormitorio.

Al pasar, vi de reojo que la cama aún estaba deshecha a esas horas, cosa que no me extrañó nada, teniendo en cuenta que Alan era de los que decían que eso de hacer la cama a diario era una pérdida de tiempo. ¿Para qué, si luego por la noche había que deshacerla otra vez?

—Eres la caraba montada en bicicleta, nene. Por esa regla de tres, ¿para qué limpiar el polvo a los muebles, si van a volver a ensuciarse? —le respondí el día que me salió con aquella parida, poco después de conocernos.

Al salir del baño, me lo encontré sentado ya en el sofá y con el móvil en la mano.

—Oiga usted, señorito, vamos a hacer la cama, que sabes que no me gusta acostarme con las sábanas hechas un revoltijo.

—Vale, pero hoy tenemos que cambiarlas.

Estábamos ajustando las esquinas de la sábana bajera cuando de repente vi algo brillando en el suelo, a medio metro de la cama, por el lado de la ventana. Me agaché y lo cogí.

—¿Se puede saber qué es esto?

Alan se fijó en aquello que sostenía en alto.

—Pues... parece como una horquilla, ¿no?

—¿Y me lo dices así, tan tranquilo? —Mi mosqueo iba en aumento por segundos.

—¿Qué pasa? ¿Qué tiene de malo?

—¿En serio? ¿Te estás cachondeando de mí?

—¡Es una simple horquilla, Andrea! Supongo que será de mi prima, o yo que sé de dónde ha salido eso.

—¡Hombre, salvo que ahora te haya dado por hacerte moñitos de noche, no creo que pueda ser de nadie más!

—¿Y?

—¿Cómo que y...? ¿Tú me tomas a mí por imbécil?

—Noooo. Yo jamás he pensado que...

Ni tiempo le di a terminar la frase. Agarré una zapatilla del suelo y se la lancé con todas mis ganas. No le di, así de histérica estaba. Ahora bien, la zapatilla se estrelló contra un marco de fotos que tenía colgado en la pared y lo derribó. Al estrellarse contra el suelo, el cristal se hizo pedazos.

—¿Tú estás loca? —gritó asustado.

—¡Claro que sí, hay que estar muy loca, mejor dicho, muy tonta para no ver lo que hay!

—Mira, yo no os entiendo a las mujeres, de verdad...

—Eso, pero con la que acaba de irse sí que te entiendes bien, por lo que veo.

—Andrea, ¡que es solo una horquilla!

Lo era, pero lo único que yo veía ya era lo que esa horquilla representaba allí caída al lado de su cama. Quizás en el fondo era también lo que en mi subconsciente estaba deseando que ocurriera: la excusa perfecta para darle

pasaporte al cartero.

Por supuesto, Alan siguió tratando de defender lo que para mí, en mi ataque de ira, era ya indefendible.

—¡Se le debe haber caído a Noelia al ir a coger la maleta! —me tenía asombrada con su tono de voz. Y yo que pensaba que aquel mosquito muerto no sabía chillar...

—¿La maleta en tu habitación? ¡¿Cómo tienes tanta cara?!

—¡Te estás pasando, eh!

—¿Sí? ¿Y con quién hablabas antes ahí en el sofá? ¿Eh? ¡Enséñamelo, anda!, si no tienes nada que ocultar...

—¿Me estás poniendo a prueba? Todo esto me parece fatal, te lo juro...

Aunque siguió protestando, tiró para el salón y volvió con el móvil.

—Aquí lo tienes. Ya te he dicho que no he hecho nada malo.

A pesar de que me daba un poco de vergüenza, se lo cogí y le abrí el wasap. El último chat era precisamente con “su prima”. “Noelia Segovia”, según la tenía registrada en la agenda.

—¿Has llegado ya, corazón? —le preguntaba él.

De ahí para atrás, no había nada. Eso era todo lo que contenía el chat. Ese wasap de Alan aparecía en “visto” y estaba todavía pendiente de respuesta.

—No quiero volver a verte. ¡Maldita sea mi estampa!

Esas fueron mis últimas palabras antes de salir pitando de su casa, dejándole estupefacto en el pasillo.

pasaporte al cartero.

Por supuesto, Alan siguió tratando de defender lo que para mí, en mi ataque de ira, era ya indefendible.

—¡Se le debe haber caído a Noelia al ir a coger la maleta! —me tenía asombrada con su tono de voz. Y yo que pensaba que aquel mosquito muerto no sabía chillar...

—¿La maleta en tu habitación? ¡¿Cómo tienes tanta cara?!

—¡Te estás pasando, eh!

—¿Sí? ¿Y con quién hablabas antes ahí en el sofá? ¿Eh? ¡Enséñamelo, anda!, si no tienes nada que ocultar...

—¿Me estás poniendo a prueba? Todo esto me parece fatal, te lo juro...

Aunque siguió protestando, tiró para el salón y volvió con el móvil.

—Aquí lo tienes. Ya te he dicho que no he hecho nada malo.

A pesar de que me daba un poco de vergüenza, se lo cogí y le abrí el wasap. El último chat era precisamente con “su prima”. “Noelia Segovia”, según la tenía registrada en la agenda.

—¿Has llegado ya, corazón? —le preguntaba él.

De ahí para atrás, no había nada. Eso era todo lo que contenía el chat. Ese wasap de Alan aparecía en “visto” y estaba todavía pendiente de respuesta.

—No quiero volver a verte. ¡Maldita sea mi estampa!

Esas fueron mis últimas palabras antes de salir pitando de su casa, dejándole estupefacto en el pasillo.

Capítulo 7



“Ahora que cruzamos el océano del silencio y navegamos por aguas serenas, me pregunto dónde quedó la magia de las tardes, al resguardo de la lluvia y el frío del invierno. ¿Y qué sería de todo lo demás?

Dime tú, si lo sabes, dónde va a parar también el encanto de los días que solo se contemplan a través de una ventana.

Dime por qué se congelaron cierta noche las hojas del almanaque y se quebró, cuando más la necesitaba, la armonía de tu voz.

Hubo hace tiempo un cantautor que se preguntaba dónde terminarían los besos que guardamos y el abrazo que nunca llega a darse. Yo también quisiera saber el paradero de la emoción perdida...

Y ahora que continuamos siendo libres como aves de paso, pero las flores siguen brotándonos en el pecho...

Ahora que estamos de vuelta de nuestras respectivas batallas y la lucha en una misma contienda...

Ahora que los recuerdos pesan más que el orgullo que cohibe a la ternura y aniquila la calma...

Dime tú, mi princesa, ¿dónde quedó la magia de aquellos días, más que en las huellas en el alma?”

Eso era lo que decía literalmente la carta que me encontré días después en el buzón, al regresar una tarde del trabajo. Por supuesto, no estaba escrita a mano, lo cual interpreté como un afán de su destinatario por despistarme ¿pero cabía alguna duda de su autoría?

Para mí, desde luego que no. Lo veía clarísimo. Alan no se había resignado al plantón y parecía decidido a reconquistarme o al menos removerme las entrañas. Ignorante de él, lo que no esperaba es que esa carta consiguiera justo el efecto contrario sobre mi persona.

La analicé a fondo punto por punto. “Ahora que estamos de vuelta de nuestras respectivas batallas...” Vamos, que al final estaba reconociendo en aquella frase su lío con la segoviana. ¡Había que tener cara!

Eso es lo que yo interpreté, pero no era lo peor, sino que encima se permitía el lujo de culparme a mí de algo parecido, por lo que se desprendía del final de esa misma frase. Me tocó la moral, de manera que lo desbloqueé y le mandé un wasap.

—Por lo que a mí respecta, te puedes ahorrar tus palabritas. No quiero saber nada más de ti, ni estoy para jueguecitos de quinceañeros, entérate de una vez.

No tardó ni medio minuto en responderme.

—Hola, Andrea. ¿Cómo estás? Yo no te he dicho nada, así que no entiendo a qué viene tu mensaje.

—Eso, tú sigue haciéndote el tonto, que se te da de lujo.

—¿De qué me estás hablando?

La verdad es que parecía desconcertado con lo que le decía, pero no me fiaba ni un pelo de él. Si había sido capaz de pegármela delante de mis narices de aquella forma, ¿de qué no sería capaz? Me parecía todo tan surrealista...

—No sé qué bicho te ha picado ahora, pero creo que tú y yo tenemos una conversación pendiente —continuó diciéndome.

—Jajaja. ¡Qué gracioso! La tendrás tú conmigo. Yo no tengo ya nada más que hablar contigo.

Fueron mis últimas palabras antes de volver a bloquearle. Por paradójico que suene, tal palo me había llevado con aquel jaleo de lo de la segoviana que ni siquiera me quedaron ganas de volver a contactar con Roberto. Al final, todos los hombres eran iguales, pensaba.

Sin embargo, esa chiquillada de la carta me trajo otra vez con fuerza al militar a la mente. No había punto de comparación entre uno y otro. El uno me estaba demostrando ser un niño integral. El otro... uff, me parecía tan maduro y tan interesante que el cuerpo me pedía conocerle un poco más. Debía intentarlo.

Quizás Roberto pasara ya olímpicamente de mí a esas alturas. Sería lo más posible. De hecho, no sabía absolutamente nada de él, pero fuera como fuera, tenía que arriesgarme si quería alcanzar mi objetivo.

Eso sí, ya no iba a estar pendiente de si me respondía o si no, ni cuándo. Nada de wasaps. Me armé de valor y le llamé del tirón, a sabiendas de que a esas horas tampoco le pillaría trabajando.

Con el móvil pegado a la oreja, tuve que esperar bastantes tonos de llamada antes de oírle la voz.

—Dichosos mis oídos, señorita Andrea —así fue como comenzó la conversación —, ¿se puede saber qué se le ofrece?

Tenía la voz un poco rara, como si estuviera adormilado, y por un momento estuve tentada de colgarle. ¿Era solo mi percepción o me estaba hablando con tonito irónico? ¿Bromeaba acaso?

—Perdona. Si te molesto, me lo dices, y aquí no ha pasado nada, ¿vale?

—Hey, hey, hey... —le escuché una risilla—. Nada de eso, solo que me sorprende tu llamada. O no. ¿Hace mañana esa cena que tenemos pendiente o qué?

El capitán no se andaba por las ramas, no.

—Bueno, yo...

...yo no sabía ni qué decirle. Estaba como bloqueada. Suerte que a aquel hombre le sobraban tablas y me salió al quite.

—Venga, apuesto a que por eso me has llamado, pero tendrá que ser mañana sábado. ¿A qué hora te recojo?

—¿Vas a venir a buscarme?

—No creo que haya ningún problema, ¿no?

Era como si supiera que ya no tenía nadie de quién esconderme, como si estuviese seguro de que me daba igual que me vieran con él. No tenía sentido, pero bien pensado, Cartagena tampoco es tan grande.

Podía haberse enterado por quien fuera. O lo mismo había estado al loro de mis movimientos. No... no me creía yo tan importante en su vida. Tampoco era un tema trascendental para mí en aquel momento. Lo que importaba es que tenía ya concertada esa segunda cita con la que había soñado dormida y despierta tantas veces.

Para esa ocasión, me esmeré mucho más con mi arreglo que para la anterior. Me tiré buena parte de la mañana del sábado ante el espejo probándome medio armario, a ver qué ropa me sentaba mejor, y terminé decidiéndome por un vestido burdeos minifaldero y unas botas negras de tacones de andamio, como yo los llamo.

Perfumada de Loewe y con mis ondas en el pelo, salí para la calle más feliz que una perdiz. Roberto se retrasó casi diez minutos, algo que no me hizo mucha gracia pero que no le tuve en cuenta.

¡Tampoco había que ser tan estricta, jolines! El que yo fuera siempre tan puntual no quería decir que todo el mundo estuviese obligado a serlo. Cada uno tenemos nuestras faltas, ¿no?

Aquella noche terminamos cenando en un original restaurante de la cercana localidad de Algar; un sitio donde el personal conocía bien a mi atractivísimo capitán, que para esa ocasión eligió unos vaqueros negros y una camisa rosa de Lacoste que le quedaba que ni pintada, en contraste con su rostro tan moreno.

Nos extendimos en aquel sitio todo lo que quisimos y un poco más. Estábamos tan entusiasmados que, cuando quisimos darnos cuenta, éramos los únicos clientes que quedaban ya allí dentro.

Nuevamente, hablamos de todo un poco. Cada vez me sorprendía más la sabiduría a todos los niveles del hombre que tenía sentado enfrente. Lo mismo te metía una interesante charla de astronomía como de historia, de álgebra, de arte o de lo que se encartase.

Ahí radicaba gran parte de su atractivo ante mis ojos. Daba gusto escucharle hablar del tema que fuese. Pero como todo llega a su fin, llegó el momento de pedir la cuenta y salir del restaurante. Quise pagar la mitad, si bien mi acompañante no me lo permitió de ningún modo.

—Hasta ahí podíamos llegar.

—¿Y eso por qué? Ni que mi dinero fuese falso, vamos...

—Tranquila, mujer. Estaría bueno.

—¿Y entonces? Por si todavía no lo sabes, no me gusta ir de gorrón por la vida.

—Y nadie te está acusando de nada de eso. Faltaría más. Pero te diré que me tengo por un hombre de la vieja escuela —argumentó—. Ya me irás conociendo...

—Bueno, hacemos una cosa, volvemos a Cartagena y te invito yo allí a una copa, ¿trato hecho?

—Acepto esa copilla. Lo de que me invites tú... ya se verá.

Volvimos a enredarnos en el local al que entramos hasta la hora de cierre, aunque yo no probé allí dentro ni gota de alcohol. La noche iba tocando a su fin, pero tan bien lo estábamos pasando juntos que no veíamos el momento de despedirnos.

—¿Y si tomamos la última en mi casa? —me propuso.

—¿En tu casa? —En mi asombro, debí poner los ojos como platos.

—En mi casa, sí.

—No creo que sea buena idea. Es muy tarde y...

—Y nada, nadie ha dicho que luego tengas que marcharte. Puedes quedarte a dormir tranquilamente. Tengo tres dormitorios.

Roberto debió deducir por mi cara que si le estaba dando largas era por lo que era y no precisamente por la hora.

—Escucha, no seas malpensada, ¿de acuerdo? No pienso ponerte un dedo encima, a menos que te apetezca. Soy oficial y, por ende...

—Sí. Y, por ende, caballero, no lo he olvidado.

Me convenció. Había algo en él que me inspiraba confianza, de modo que al final terminé subiendo a su “humilde morada”, en pleno corazón de la ciudad. No se me olvida el impacto inicial que me causó cuando entré por aquel recibidor.

Roberto vivía en un piso lujoso como había visto pocos hasta entonces. Saltaba a la vista la calidad del brillante parque de madera de roble, al igual que llamaban la atención las paredes pintadas a estuco con un gusto exquisito, el gigantesco sofá *chaise long* de piel blanca o los impresionantes baños, uno de ellos con jacuzzi y alicatado hasta el techo con baldosas negras. De la enorme terraza con vistas de ensueño, ya ni hablamos.

—¿Qué te parece mi casa? —quiso saber.

—¿De verdad tengo que contestarte a esa pregunta? Es una auténtica pasada. Me chifla.

—¿Sí?

—No lo dudes, que no te lo estoy diciendo por compromiso. ¿Qué leches? Bien sabes que tienes una casa impresionante.

—Ehhhh, nada de palabrotas, preciosa, que tú hablas muy bien.

Me quedé cortada. Se me había escapado, pero la cosa no era para menos. Roberto vivía en un ático digno de película, con todas las comodidades a su alcance.

Tras servirse un generoso vaso de whisky y ponerme a mí la botella de agua fría que le pedí, continuamos

charlando tan a gusto en el sofá. Ahí me confesó que, pese a todo, no le gustaba estar en casa.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, digamos que todavía no me he acostumbrado a vivir solo aquí dentro.

Por instinto, volví la cabeza hacia el colosal acuario lleno de espectaculares peces tropicales.

—Sí, pero esos no cuentan como compañía —soltó para rematar su explicación.

—Hombre, ya...

La guinda del pastel fue descubrir que el enigmático capitán también sabía tocar el piano. Como es natural, tuvo que demostrármelo con el volumen bastante bajito a esas horas tan intempestivas.

,

¡Qué envidia, madre mía! ¡Qué destreza haciendo sonar aquel teclado de escenario! Desde siempre quise aprender a tocarlo, y mira tú por dónde, quizás se me estuviera presentando la oportunidad de oro...

.

a

charlando tan a gusto en el sofá. Ahí me confesó que, pese a todo, no le gustaba estar en casa.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, digamos que todavía no me he acostumbrado a vivir solo aquí dentro.

Por instinto, volví la cabeza hacia el colosal acuario lleno de espectaculares peces tropicales.

—Sí, pero esos no cuentan como compañía —soltó para rematar su explicación.

—Hombre, ya...

La guinda del pastel fue descubrir que el enigmático capitán también sabía tocar el piano. Como es natural, tuvo que demostrármelo con el volumen bastante bajito a esas horas tan intempestivas.

¡Qué envidia, madre mía! ¡Qué destreza haciendo sonar aquel teclado de escenario! Desde siempre quise aprender a tocarlo, y mira tú por dónde, quizás se me estuviera presentando la oportunidad de oro...

Capítulo 8



Evidentemente, la cosa no quedó ahí. La noche nos dio mucho más de sí de lo que pueda imaginarse. Tal vez quien esté leyendo esta historia dé por sentado cómo terminó nuestra particular fiesta... y no, no se equivoca. Tras la hechizante sesión de melodías al piano, volvimos al salón y Roberto se puso otro buen vaso de whisky.

—¿Piensas seguir bebiendo hasta que salga el sol o qué? —Fue un pensamiento que se me escapó por la boca, y es que me parecía alucinante que todavía le quedasen ganas de seguir tirando de la botella. Había perdido la cuenta de cuántos se habría tomado ya a lo largo de la noche.

—¿Qué más da? No tengo que conducir ni nada por el estilo, ¿no? —Se encogió de hombros como esperando que apoyase su argumento.

—Ya, pero... uffff, no sé cómo aguantas tanto alcohol.

—Tampoco es para tanto, mujer.

No le dije ni media palabra más al respecto. Al fin y al cabo, tenía razón, pues no claro que no iba a coger el coche y además estábamos en su propia casa. Pensé que yo no era nadie para decirle lo que debía o no debía hacer entre aquellas paredes.

Roberto se sentó a mi lado, acercó lentamente su cara a la mía y me dio un piquito en los labios. Con los ojos cerrados, me fui dejando llevar por un segundo beso (ya de tornillo), hasta que de repente sentí su mano acariciándome los senos con movimientos en círculo.

—Eh, eh, oficial y caballero, ¿en qué habíamos quedado? —le “recriminé” apartándome ligeramente, hundiendo más aún la espalda en el respaldo del sofá.

—Shhhh, calla y goza del momento —Me estaba pidiendo que me callase, mientras seguía en sus trece con el sobeteo.

—No. Para, por favor —le pedí—, no me hagas esto...no nos precipitemos.

Viendo mi forma de echarle el freno en seco, pareció resignarse y se puso en pie. En cambio, enseguida volvió de nuevo al ataque con otro beso y repitiendo sus caricias por encima de mi escote. Los escalofríos me estaban poniendo la piel más áspera que el papel de lija.

—Roberto, hazme el favor...

No necesité insistirle más. El capitán se levantó, se dio media vuelta y enfiló hacia el baño, preguntándome de espaldas por el camino que dónde me apetecía dormir.

^s Eso de hablarme sin ni siquiera mirarme a la cara me pareció un detalle un poco feo, pero le disculpé con el hecho de su supuesto malestar por mi “dureza”.

Seguro que se había hecho ilusiones de terminar conmigo en la cama y se había topado con un muro de piedra. Me daba un poco de “yuyu” enfrentarse a ese momento.

, —No te preocupes, me quedo aquí mismo en el sofá —contesté algo cortada.

—Como veas, pero puedes venirte a mi cama —me hablaba desde el cuarto de baño—, te garantizo que no va a pasar nada entre nosotros que tú no quieras que pase...

—Lo sé —le respondí sin estar muy convencida de lo que le decía—, pero prefiero quedarme aquí, si no te importa.

^e —No pasa nada. Buenas noches.

Acurrucada entre los cojines, le oí lavarse los dientes y tirar a continuación para su dormitorio. La verdad es que estaba bastante cansada, pese a lo cual no lograba dormirme.

Lo estaba deseando igual que Roberto, pero no veía correcto hacerlo con él todavía. Demasiado pronto... No obstante, no paraba de darle vueltas en mi pensamiento.

¡Qué tontita era! ¿Qué más daba el cuándo ni el dónde, como me diría Almudena? La realidad es que los dos estábamos como locos por pegarnos un buen revolcón. ¿Qué nos lo impedía? ¿A quién le importaba lo que hiciéramos o dejásemos de hacer?

Ni quince minutos debieron pasar desde que se acostase hasta que cogí pasillo adelante, en busca de esos

apasionados besos y caricias que le había cortado en el sofá.

Roberto no pareció sorprenderse al verme aparecer sigilosamente por la puerta de su dormitorio. Con la débil luz de la lamparilla de la mesita de noche, pude apreciar la granuja sonrisa con que me estaba recibiendo.

—Ven, tumbate aquí a mi lado —Me lo pidió en tanto que daba unos ligeros golpecitos con la mano sobre la mitad libre del colchón.

A partir de ahí, dimos carta verde a nuestras ganas. Al principio temí que, con tanto alcohol en el cuerpo por parte suya, la experiencia pudiera resultar un desastre, pero me equivoqué de medio a medio.

Me di cuenta en cuanto Roberto, teniéndome ya en su terreno, se deslizó por debajo de la manta y separó, suavemente mis muslos para hundir su cabeza entre ellos.

A la par que sentía su lengua hurgando nerviosamente por todos los recovecos de mi entrepierna, iba notando cómo se desplazaba la consabida humedad por el canal de salida de lo más profundo e íntimo de mi ser.

Cuando sentí que el capitán iba hacerme estallar de puro placer, le pedí que se tumbase para hacerle sentir lo mismo, pero mi oficial parecía no satisfecho aún con lo que se traía entre manos. Mejor dicho, entre sus labios.

No sé cuánto tiempo pasó por allá abajo hasta que al fin echó la manta hacia atrás y pude contemplar su cuerpo en todo su esplendor. ¡Y, además, menudo monumento secreto el suyo...!

Pues sí. Roberto tenía ya tal grado de excitación que no necesitó más para penetrarme de la manera en que lo hizo. Tan firme como una montaña y tan alerta como un guerrero, su desmesurado miembro viril entraba y salía de mi cuerpo, esperando paciente el subidón de mi marea hasta ver surgir a las sirenas entre las olas.

Cuando finalmente irrumpieron coleteando en la playa, su robusta palmera vio el cielo abierto y sus hojas empezaron a agitarse con la furia de los huracanes caribeños; preludio de las abundantes lluvias que llegaron para saciar la sed de tan indiscreta madrugada nuestra...

Qué cursilona descripción la mía, ¿verdad? Pues, a través de semejante exposición, imaginad cómo llegué a sentirme aquella primera vez que hicimos el amor.

Mi capitán sería lo que fuese, pero lo que no podía ponerse en tela de juicio era su destreza como amante; algo más que a añadir a su currículum de habilidades...

Caímos rendidos sobre la almohada y Morfeo nos pilló con los primeros rayos solares empezando a filtrarse débilmente por las rendijas de la persiana.

A duras penas había logrado dormir tres horas mal contadas cuando abrí los ojos y me encontré sola en el dormitorio. La casa se hallaba en silencio absoluto. ¿Dónde estaría mi capitán?

Me levanté rápidamente, agarré su albornoz del baño y fui a buscarlo. Me lo encontré tan tranquilo, tomando el solecito en un butacón de mimbre en la terraza, con un café por delante y el cigarrito en la mano.

Esa era otra cosa que tampoco me gustaba mucho que digamos: Roberto fumaba compulsivamente y tenía , ceniceros con montañas de colillas, regados por todas las estancias de la casa.

—Buenos días, bomboncito. ¿Qué haces levantada tan temprano? —me preguntó al verme.

—Buenos días. ¿Y tú? Uffff, qué fresquete hace aquí. ¿Ya estás desayunando?

—No. Solo me he preparado un café para despejarme un poco la cabeza.

Normal, me dije para mis adentros. Mi capitán debía tener una resaca del veintiocho, con tanto whisky y tan poco descanso.

—¿Te apetece desayunar, Andrea?

—Vale, pero no te preocupes. Puedo prepararme el café yo misma.

—Ni hablar. Ya voy yo. Tú quédate tranquila aquí sentada. Enseguida vuelvo.

Roberto se fue para la cocina y no tardó en volver con una bandeja que contenía un desayuno como para el Jefe Mayor del Estado; café con leche, azucarillos, un tarro de miel, tostadas, zumo de naranja, tarrinitas de mermelada de varias clases, un plato de embutido con pavo, jamón serrano y no sé cuántas cosas más. Me quedé fría al verlo.

—Estarás de coña, ¿no? No pensarás que voy a comerme todo esto.

—Tienes que coger fuerzas —me sonrió—, que hoy tenemos excursión.

—¿Cómo? —De verdad dudaba si había oído bien.

—Bueno, es solo una sugerencia para echar el día, siempre y cuando no tengas tus propios planes para hoy.

La verdad es que no tenía nada que hacer, por lo que su propuesta de pasar el domingo juntos por ahí me sonó a

música celestial.

—Nooo. No tengo ningún plan, lo único es que debería pasar por mi casa para cambiarme, lógicamente. No pretenderás que coja el domingo por punta con los taconazos y la ropa de ayer...

—Claro. Faltaría más. —Se sirvió otro café para acompañarme, pero no probó bocado en ningún momento.

Qué distintas nuestras respectivas imágenes domingueras a las de la noche anterior, señores. Primero en la terraza y luego por ahí, en chándal y zapatillas de deporte, de senderismo por diversas rutas de los alrededores de nuestra ciudad.

Mi atractivo compañero de excursión parecía incombustible por los campos a través, pese a la cantidad de cigarro que iba metiéndose paralelamente en los pulmones.

No entendía cómo podía apeteecerle fumar en tales circunstancias, como tampoco me explicaba su necesidad de ir haciendo paraditas por aquí y por allá para tomar “una cañita” cada vez que se presentaba la oportunidad. Ay, señor, señor... esos vicios...

Al atardecer, de regreso hacia la civilización, me propuso volver a pasar juntos la noche.

—Te lo agradezco, pero no, como diría Alejandro Sanz. Va siendo hora de pensar en poner la alarma para mañana lunes.

—Eso serás tú.

—Vaya, ¿es que tú no trabajas mañana o qué?

a

—Pues no. Tengo cita con mi endocrino a las once y media, así que me cogeré el día libre.

Qué suerte la suya por poder “escaquearse” de sus obligaciones tan alegremente, no como una, pensé.

—¿Con el endocrino? ¿Y eso?

Me arrepentí de mis preguntas sobre la marcha porque no quería pecar de cotilla y quise enmendarlo a renglón seguido, pidiéndole perdón y diciéndole que no tenía por qué contestarme.

—No te preocupes, mujer, que no es ningún secreto de estado. Se trata de una simple revisión rutinaria.

¿Una revisión rutinaria con un endocrino? ¿Dónde se había visto eso, señores míos? Aunque me dejó perpleja, omití lo que pensaba al respecto y seguí con lo que me interesaba.

—Bueno, pues podemos quedar otro día si te apetece.

—Ya veremos...—Dejó caer la frase con tal seriedad en el rostro que por poco me caigo de espaldas. Menos mal que antes de poder decirle ni pío, prosiguió con un giro radical—. Claro que sí, boba. Cuando tú quieras. —Para rematar, me encontré con otro de sus espontáneos guiños de ojo como propina.

Según lo voy narrando, revivo la extrema felicidad que sentía en su compañía por aquellos días. Tampoco se me descuelgan del recuerdo las palabras de mi queridísima amiga Azucena, cuando le relaté con todo lujo de detalles cómo había sido mi fin de semana junto al capitán.

—No veas cómo has espabilado en nada de tiempo, guapa. Te escucho y casi ni te reconozco.

Me eché a reír, y es que al oírla se me vino a la memoria una escena de “La pasión turca” en que una de sus mejores amigas le dice a la protagonista (la actriz Ana Belén) algo por el estilo con otras palabras, al percatarse del lío que se traía con el turco a espaldas de su marido.

La diferencia entre aquella (Desideria) y esta que habla es que yo no tenía que ocultarme de nadie. Otra coincidencia mía con la “modosita” recién casada es que yo también estaba comenzando a sentir cosas muy fuertes por Roberto en mi interior.

Cierto. Iba entrando en una espiral de emociones tan intensas que traspasaban la cuestión meramente física, como ya he explicado anteriormente, y que incluso a mí me estaba costando asimilarlas.

Por una parte, el inteligentísimo capitán me parecía una persona natural, cercana y sincera. Por otra, le notaba un inquietante punto misterioso que no alcanzaba a descifrar aún, pero eso, lejos de preocuparme, no hacía sino incrementar mis ganas de tirar para adelante con él, así saliese el sol por donde quisiera...

¿Una revisión rutinaria con un endocrino? ¿Dónde se había visto eso, señores míos? Aunque me dejó perpleja, omití lo que pensaba al respecto y seguí con lo que me interesaba.

—Bueno, pues podemos quedar otro día si te apetece.

—Ya veremos...—Dejó caer la frase con tal seriedad en el rostro que por poco me caigo de espaldas. Menos mal que antes de poder decirle ni pío, prosiguió con un giro radical—. Claro que sí, boba. Cuando tú quieras. —Para rematar, me encontré con otro de sus espontáneos guiños de ojo como propina.

Según lo voy narrando, revivo la extrema felicidad que sentía en su compañía por aquellos días. Tampoco se me descuelgan del recuerdo las palabras de mi queridísima amiga Azucena, cuando le relaté con todo lujo de detalles cómo había sido mi fin de semana junto al capitán.

—No veas cómo has espabilado en nada de tiempo, guapa. Te escucho y casi ni te reconozco.

Me eché a reír, y es que al oírla se me vino a la memoria una escena de “La pasión turca” en que una de sus mejores amigas le dice a la protagonista (la actriz Ana Belén) algo por el estilo con otras palabras, al percatarse del lío que se traía con el turco a espaldas de su marido.

La diferencia entre aquella (Desideria) y esta que habla es que yo no tenía que ocultarme de nadie. Otra coincidencia mía con la “modosita” recién casada es que yo también estaba comenzando a sentir cosas muy fuertes por Roberto en mi interior.

Cierto. Iba entrando en una espiral de emociones tan intensas que traspasaban la cuestión meramente física, como ya he explicado anteriormente, y que incluso a mí me estaba costando assimilarlas.

Por una parte, el inteligentísimo capitán me parecía una persona natural, cercana y sincera. Por otra, le notaba un inquietante punto misterioso que no alcanzaba a descifrar aún, pero eso, lejos de preocuparme, no hacía sino incrementar mis ganas de tirar para adelante con él, así saliese el sol por donde quisiera...

Capítulo 9



“He buscado el eco de tu risa por todos los rincones del universo.
He buscado el rubor de tus mejillas entre los tonos sonrosados de la luna.
He buscado el rastro de tu sombra por las oscuras noches del desierto.
He buscado el primor de tus caricias en la suave arena de sus dunas.
He buscado el timbre de tu voz, planeando sobre nubes de silencio.
He buscado en el Edén el calor de tus abrazos.
He buscado esa mirada enraizada aquí en mi pecho y tan solo encontré locura en cada paso...”

Tal cual, señores. Eso decía la segunda carta anónima con que me encontré a mediados de semana en el buzón, entre la correspondencia de los bancos y la propaganda publicitaria.

¡Ya estábamos otra vez con la misma gaitada! Subí a casa echando chispas por las escaleras. Hasta mi madre se dio cuenta de mi cabreo, nada más abrir la puerta.

—¿Qué te pasa, hija mía? Ni que vinieses huyendo del diablo...

—Nada, que hay mucho loco suelto por ahí.

—¿El chico ese con el que sales últimamente?

—Qué va...

—¿Y entonces?

—Déjalo, mamá —le pedí —, no me apetece hablar del tema.

Me encerré en mi dormitorio, me senté en la cama y agarré el móvil. Volví a desbloquear a Alan y le escribí con

bastante mala leche...

—Como vuelvas a mandarme más pamplinas de las tuyas, te voy a enterar de lo que vale un peine, so payaso.

Se lo envié y me quedé tan pancha, solo que en esa ocasión no le dejé opción de respuesta, pues en cuanto le mandé el ofensivo wasap volví a bloquearle. Supuse que con aquello sería suficiente para zanjar el asunto. ¡A ver si tenía agallas de dejarme más cartitas en el buzón! Qué pesadilla de hombre, por favor. En fin...

Contra el pronóstico de cierta gente de mi entorno, mi relación con Roberto se iba afianzando día a día. Prueba de ello era, por ejemplo, la sorpresa de mi guapo capitán, con su invitación a pasar el puente de Semana Santa en París.

La romántica ciudad gala no representaba un nuevo destino para él, pero sí para mí, lo que potenciaba mi entusiasmo. Además, sería de nuestro primer viaje como pareja ya oficialmente.

Volviendo la vista atrás; no podía estar más contenta, me sentía la mujer más dichosa del planeta, recorriendo los lugares más representativos de “la ciudad del amor” agarrada de su mano.

A la orilla del Sena, en Le Marais, Montmartre, la Torre Eiffel, la catedral de Notre Dame... Regresamos de allí con los móviles petados por la cantidad de fotos que nos hicimos en los sitios más atractivos de la preciosa ciudad

Y puedo garantizar que cada uno de los célebres barrios y monumentos que visitamos fue testigo de la chispa que había ya entre nosotros. Dos meses después del viaje, Roberto me propuso irme a vivir con él a su casa.

Esa sí que fue una sorpresa gorda de verdad, y hubiera aceptado de buena gana la fascinante propuesta, pero sabía que mi madre, tan convencional ella, no lo vería con buenos ojos. Lo tenía más claro que el agua y no me estaba equivocando...

—Pues no me parece ni medio bien, hija.

—A ti lo que te pasa es que eres un poco antigua para la edad que tienes —le “eché en cara”, pues en realidad no estaba enfadada con ella.

—Y todo lo que tú quieras, pero te voy a decir una cosa, Andrea, que no te pienses que soy la única. Ya verás que a tu padre tampoco le va a hacer ni pizca de gracia cuando se lo cuentes.

No llegué a planteárselo a él. Sabía que así sería y yo adoraba a los dos, motivo por el cual quise ahorrarles el disgusto de coger la maleta y largarme con Roberto.

Total... pensándolo bien, era muy pronto, como bien me dijo ella en nuestra conversación, entre otras tantas cosas. Quizás más adelante, con el tiempo, lo vieses de otro modo.

Es más, estaba casi segura de que así sería, puesto que contaba con la ventaja de que a ambos les caía muy bien m apuesto novio. Ni siquiera parecía importarles la diferencia de edad entre Roberto y yo.

Sin embargo, este me tenía reservada otra sorpresa mucho más grande cuando le expliqué los motivos por los cuales lo de la convivencia tendría que esperar un poco.

—A ver si lo he captado... me estás diciendo que tus padres no dejan salir a su niña de casa si no es pasando ante: por el altar, ¿no?

—Más o menos.

—Pues nada, no hay ningún problema. Casémonos, Andrea.

Su planteamiento, así sin anestesia, casi me provoca un desmayo de los míos.

—¿Se te ha ido la cabeza, Roberto?

—Para nada. Te lo estoy diciendo totalmente en serio. ¿Quieres casarte conmigo, bombón?

—¡Ostras! ¿No será otra de tus bromitas?

—En absoluto. ¿Sí o no?

Con Roberto todo funcionaba así. No se las pensaba mucho, condición que se me había ido pegando de él últimamente, por lo que no tuve ningún reparo en decirle que sí, con una euforia en el cuerpo que no sería capaz de describir en este momento.

El corazón empezó a latirme más rápido de lo normal. ¡¡¡¡Nos casábamos!!!! Ahora bien, ¿cuándo? Pues en cuanto fuese posible, tras reunir una serie de documentos, pero se preveía que nuestra boda no tendría lugar muy : largo plazo, ya explicaré más tarde el porqué.

Como era de esperar, según iba soltando a unos y otros el bombazo de nuestro futuro enlace, me fui topando con opiniones de todos los estilos. Lo que Almudena veía como auténtica imprudencia, para Soraya suponía un motivo de envidia. ¡Ojo! Envidia sana, por supuesto.

Rocío, mi vecina, me dijo que la vida era eso mismo: torearla como se fuera presentando. Si nos apetecía casarnos, ¡adelante! Mis compañeros de trabajo se dividían entre los que pensaban que se me había ido la pinza por completo y los que apostaban fuerte por el amor, independientemente del tiempo que hiciera o dejara de hacer.

A mis padres, a priori, les pareció una locura, más que nada porque no entendían a qué venían tantas prisas.

—Piénsatelo bien, hija—era mi madre quien me lo sugería—. Puestas así las cosas, casi es preferible que os vayáis a vivir juntos un tiempcito y ya luego, si las cosas funcionan entre vosotros como deben, pues os casáis.

s

—¡Anda, la virgen santa! ¿Ahora ya da igual? Pero no, no, no... Pasos atrás, ninguno, mamá.

Cualquiera me hacía cambiar ya de parecer. Estaba que no cabía en mí de la ilusión. Ya sé que ni cinco meses viéndonos era poco tiempo para pensar en boda, pero, en mi estado de felicidad extrema, no le daba ninguna importaba a ese hecho. Cuántas parejas se habrían liado igualmente la manta a la cabeza con menos antelación que nosotros...

Al final, la fecha quedó fijada para el mes de noviembre de ese mismo año. Todavía nos quedaban seis meses aproximadamente para dar el gran salto, lo cual nos permitiría seguir conociéndonos más en profundidad.

Fue un periodo bastante movidito en todos los sentidos, sobre todo para mí, que habría de encargarme de la mayoría de los preparativos. Además, aparte de los correspondientes fines de semana, Roberto tuvo consigo a la pequeña Elena por quincenas durante todo el verano.

En ese aspecto he de señalar que no le veía con demasiada paciencia con su peque, pero tampoco me extrañaba mucho, porque si de por sí los niños traen de fábrica baterías inagotables, Elena se llevaba la palma en ese sentido

No obstante, yo, que desde muy jovencita tenía claro que quería ser madre porque me encantan los niños, siempre le echaba un buen capote con ella. Mucho más que eso.

Al principio, la cría se mostraba un poco arisca conmigo. Tal vez no sea esa la palabra. Me refiero a que, por más que procuraba llevármela a mi terreno, siempre terminaba corriendo a los brazos de Roberto, creo que se me entiende.

Poco a poco, se volvieron las tornas y era yo la que se ocupaba fundamentalmente de Elena.

^oEl padre, que a base de aconsejárselo una por activa y por pasiva, me había prometido reducir al máximo el tabaco y la ingesta de alcohol, de momento no había arrancado en ese sentido.

Bueno, ya se pondrá él solito en campaña cuando sea, pensaba yo. Por aquellos días, tampoco le di demasiada importancia al hecho de que Roberto, con mi hermana, procuraba tener cuanto menos contacto, mejor.

Yo también lo prefería así porque ya había observado que chocaban un poco. No era nada grave el asunto, pero prefería evitar las puyitas que se dejaban caer el uno al otro de tanto en tanto cuando nos reuníamos toda la familia para comer, celebrar algún cumpleaños y otros eventos.

Tan atareada estaba entre el trabajo, esto, lo otro y lo de más allá, que ni volví a acordarme de Alan para nada, hasta que una tercera carta cayó en mis manos:

“Y así, sin más, aquel rinconcito mágico quedó sepultado bajo la helada que un anochecer empezó a caer sin esperarse. Levantamos el campamento y nos instalamos en nuevas tierras, allá donde la espada sería la única pluma a través de la cual canalizar el interior, y las gárgolas, sus centinelas. Allá donde todo sería posible y nada volvería a ser lo mismo entre los supervivientes que quedaron. Allá donde no hay ni rastro del calor de aquellos días por el bosque, ni se escucha el trino de los pajarillos...”

No importa. Las antorchas siguen encendidas. Lo único que cuenta es seguir en pie...”

Era increíble. ¿Acaso el cartero no pensaba darse nunca por vencido? No sabía qué hacer ya, si tratar de hablar con él por las buenas a ver si entraba en razón de una vez por todas, si pedirle a alguien de los míos que lo hiciese por mí, si ignorarle...

Quizás esto último fuera lo más sensato. Me dije que en algún momento terminaría cansándose, aunque esa penúltima frase en que decía que las antorchas seguían encendidas me hacía sospechar que no, que todo lo contrario, que me quedaba cuerda para rato.

Era todo un tanto extraño, sobre todo por la manera de escribir; siempre en prosa. En los meses que estuve junto a él nunca me habló siquiera de su gusto por la escritura, aunque sí era un lector empedernido.

Alan siempre se traía algún libro entre manos. A veces, incluso se iba leyendo un par de ellos a la vez, pero lo de escribir (y tan bonito, que todo hay que decirlo), jamás lo hubiera sospechado.

Lo único que esperaba era que Roberto nunca se enterase de que me enviaba aquellas tan sentimentales como inexplicables cartas, y es que ya iba viendo cómo se las gastaba mi futuro marido con algunos temas.

Podía llegar a encenderse en un segundo por cualquier nimiedad. Mi capitán no tenía mal fondo, pero también era un poco machista (que no de la vieja escuela, como él mismo se definía) y celoso.

No quiero ni acordarme del corte en seco que le metió al propio Gonzalo en cierta ocasión que nos encontramos por la calle, cuando el hombre me dijo que estaba muy guapa. ¿Podía haber alguna maldad en sus palabras?

Pues Roberto le soltó de muy mal tono: “Ea, si no lo dices, revientas”. Su respuesta me sentó fatal, pero ya iba acostumbrándome a ciertas asperezas de su carácter y le pasaba por alto la mayoría de ellas.

^aUn gran error por mi parte, quizás, pero eso era lo que había. Lamentablemente, algunos de esos cortes recaían también sobre mí, pero claro... nadie es perfecto. Siempre me agarraba a la misma justificación.

Pues Roberto le soltó de muy mal tono: “Ea, si no lo dices, revientas”. Su respuesta me sentó fatal, pero ya iba acostumbrándome a ciertas asperezas de su carácter y le pasaba por alto la mayoría de ellas.

Un gran error por mi parte, quizás, pero eso era lo que había. Lamentablemente, algunos de esos cortes recaían también sobre mí, pero claro... nadie es perfecto. Siempre me agarraba a la misma justificación.

Capítulo 10



El día de mi boda con Roberto estuvo repleto de anécdotas que se han quedado grabadas a perpetuidad en mi memoria. Lo mismo digo sobre los sentimientos: no me faltó ni uno.

Después de varios meses planeando el enlace, coordinando y ultimando todo tipo de detalles, era totalmente lógico que mi cabeza y mi corazón derivaran en un impresionante cóctel de emociones.

Juro que pasé por todas y cada una de ellas. De entrada, la noche anterior apenas pude dormir, presa de la ansiedad. No veía la hora de que amaneciera para comenzar a arreglarme.

Puede sonar un tanto prepotente, pero aspiraba a ser la novia más guapa de la historia. Por cierto; me preguntaba cómo iría vestido mi amor. En ese sentido, Roberto no había querido soltar prenda al respecto...

Conociéndole, lo más seguro era que se presentara a darme el “sí quiero” con un clásico chaqué. Por otra parte, ¿qué pasaría si llovía? La predicción meteorológica no dejaba muy claro que digamos ese asunto.

Había una mínima probabilidad de lluvia y, dados nuestros planes de ceremonia y celebración al aire libre, sería una faena. Nos casaríamos contra viento y marea, por supuesto que sí, pero... vaya, que no quería ni pensarlo.

Estaba estresada y nerviosa, aunque a la vez me sentía dichosa, segura y agradecida a la vida por lo que estaba a un tris de ocurrir; en unas horas me convertiría en la orgullosa mujer de mi guapísimo capitán.

Puede que algunas personas en tales circunstancias, o sea, viendo que sus vidas están a punto de dar un giro de 180°, puedan llegar a sentir cierto miedo, puesto que los grandes cambios suelen asustar un poco.

Sin embargo, en mi caso, semejante paso se traducía en un deseo enorme que me llevaba a contar los minutos en el reloj. Mejor dicho, a descontar, porque la verdadera cuenta atrás había comenzado.

Ese 9 de noviembre amaneció algo gris (sí, muy propia la fecha, el mismo día en que Cecilia recibía también cada

año un “regalito” anónimo). Me sudaban las manos, me temblaban hasta las pestañas...

Tuve que obligarme a relajarme respirando profundo y repitiéndome una y mil veces más para mis adentros que todo saldría bien. ¿Qué podía fallar? Todo estaba calculado al milímetro...

Contaba con una excelente esteticista, la mejor de la ciudad: mi vecina Rocío. Ella sería la encargada de maquillarme después de que Saray, mi peluquera de confianza, terminase de hacerme el moño.

Colgado de un pomo del altillo del armario, me esperaba mi flamante vestido de novia de manga larga, corte recto y media cola superpuesta, de esas que van abrochadas a la cintura con un corchete a cada lado.

Ansiaba disfrutar a tope de cada instante de mi boda, así que había escogido un modelo que me ofreciera la posibilidad de lucir de lo más elegante durante la ceremonia, pero que me permitiese también encontrarme súper cómoda en el bailoteo, tras el banquete nupcial.

La fina pedrería aplicada en los hombros y espalda le aportaban bastante elegancia y glamur a mi maravilloso vestido de color blanco inmaculado.

Nos casábamos a las doce y media, pero un buen rato antes de las ocho de la mañana ya estaba en planta. Después de un desayuno ligero que consistió en un zumo de naranja y una pequeña tostada con aceite y tomate, me duché y me senté junto a la ventana a esperar a Saray, quien llegó con quince minutos de retraso.

—¡Perdona, perdona! —La chavala se disculpó al entrar.

—¿Qué te ha pasado, mujer? Ya me temía cualquier cosa.

—¡Ay, Dios! El coche, que cuando he ido a cogerlo, he visto que tenía una rueda totalmente deshinchada. O pinchada, yo qué sé, no he querido perder tiempo con comprobaciones.

—Cosas que pasan, pero bueno...

—Sí, de lo más inoportunas, chica. Para colmo, el dichoso taxi que no llegaba. Casi me da algo esperándolo en la puerta.

—Venga, no te preocupes—percatándome de su nerviosismo, procuraba tranquilizarla yo a ella—, vamos al lío.

Faltaban unos minutos para las doce del mediodía cuando solo me restaba enfundarme el vestido y calzarme. Desde la ventana podía ver a Gonzalo, que me esperaba ya abajo con su impresionante Mercedes blanco para conducirme al lugar elegido para nuestra boda civil.

Sí. Mi prometido no quería ni oír hablar de la iglesia ni de los curas, y aunque ello sí que me supuso un buen disgusto con mi madre en su momento, no tuve ningún inconveniente en planificar una boda que nada tuviese que ver con la religión.

A fin de cuentas, se trataba simplemente de cambiar de estado civil. Dónde y quién se encargara de convertirnos en marido y mujer, tampoco era una cosa que me quitase el sueño. Mi gran sueño era unirme para siempre a mi capitán e iba en vías de materializarse. Lo demás, poco me importaba.

El lujoso restaurante en una localidad cercana donde celebraríamos el banquete era idóneo para nuestra idea, con sus amplios y preciosos jardines plagados de robustos árboles.

Hasta allí se desplazaría también el funcionario que oficiaría nuestra unión; un acontecimiento que comenzó con algo de retraso, y es que, ya de camino, me di cuenta de un detalle que nos obligó a dar media vuelta. ¡Había olvidado mi ramo de flores en la cocina! ¡Santo cielo!

Fue mi padre (y padrino) el que tuvo que bajarse del coche y subir a la carrera a buscarlo. Ese fue el primer “contratiempo”, nunca mejor dicho, de la jornada.

Y por fin llegamos al restaurante en cuestión. Aparcado en la puerta, el espectacular Maserati negro de alquiler, adornado con pequeños ramos de flores, en que había llegado mi amor hasta allí. En derredor, los guapísimos invitados al enlace, con sus expectantes caras. La felicidad se palpaba por todos los rincones.

Desde la entrada pude ver a mi prometido allá al fondo del jardín, al lado de su preciosa madrina; ni más ni menos que mi hermana Raquel, esa cuñada suya que no era santo de su devoción pero que consideré la mejor elección para cubrir el puesto de su difunta madre.

Tampoco es que mi novio le hubiera puesto mala cara al asunto cuando se lo planteé, por tanto, ahí estaba ella igual de radiante. Pese a la distancia y el aún grisáceo cielo, el misterio de su vestimenta se despejó de golpe y porrazo ante mis ojos. ¡Mi Roberto se había puesto su uniforme de gala para nuestra boda!

No supe si echarme a llorar o reír en aquel momento. Desde lejos, mi “oficial y caballero” ya se veía espectacular con ese traje oscuro sobre el que resaltaban a leguas los distintivos y abalorios dorados en las mangas de la chaqueta, la pechera y demás.

Con la gorra sujeta bajo el brazo y más firme que una vela, centró su mirada ya solo en mí en cuanto me vio aparecer. Yo iba más ancha que larga, agarrada de mi emocionado padre, caminando hacia él por aquel senderillo de piedrecitas con césped a ambos lados.

Ahí precisamente sobrevino el segundo “problema” del día, cuando Nerea (la cría de unos amigos, que iba de

damita de honor emparejada con su hermano Pablo), tropezó y cayó encima de la cola de mi vestido.

Lógicamente, al tratarse de un suceso a mis espaldas, no lo advertí, con lo cual seguí mi trayectoria hacia adelante tan tranquila. O al menos lo intenté, porque lo cierto es que, con el peso de la niña y el avance de mi cuerpo, enseguida noté la resistencia y el tirón a la altura de mi cintura.

Como resultado, se me desabrochó del lado derecho la cola del vestido. Eso creí en un principio, que se me había abierto el corchete a causa del tirón, pero no. La cosa fue mucho peor. Se había descosido de la parte del talle y ambas piezas permanecían unidas en la tela de la cola. ¡Horror!

Al percatarse del percance, mi tía Leonor, que es muy apañada, enseguida salió en mi auxilio quitándose un par de horquillas del pelo. Las pasó como pudo por el encaje de la cintura para agarrar la cola. Y lo consiguió, pero con poco éxito, porque su remedio no me duró ni media docena de pasos.

Antes de que pudiera llegar al arco de flores bajo el que se encontraban Roberto y mi también elegantísima hermana con su mantilla, la cola volvió a descolgármese, con lo que no tuve más remedio que pedir ayuda para quitármela. No estaba dispuesta a que me amargase el día. ¿Sin cola? Pues sí, sin cola. ¡Era lo que había!

Y no quedaron ahí las “incidencias”. A cierta hora de la tarde, cansada del dolor de pies con tanto taconazo de aquí para allá, decidí descalzarme un rato.

Sí, como lo oís. Tal era el martirio chino que sentía en las plantas, que me quité los zapatos y los dejé disimuladamente detrás de un pozo que había a pocos metros de la entrada del recinto.

s

Solo sería un rato, pero... para pasmo mío, cuando quise volver a calzarme más tarde, allí solo había uno. Por más que busqué el otro con mis chicas más allegadas, no hubo manera de dar con él. Parecía cosa de brujería.

Interrogamos a los niños uno por uno, pues me daba la espina de que aquello podía ser “obra y gracia” de alguno de ellos, pero todos juraron y perjuraron no tener nada que ver con la cuestión. Mi zapato de novia nunca apareció ¡Qué enigma, señores!

Por suerte, mi prima Candela, siempre tan precavida ella, llevaba en el maletero un par de manolequinas de mi número. Eso sí, al igual que los zapatos que tenía puestos, de color azul eléctrico, a juego con su vestido.

Pues de esa guisa terminó la fiesta esta que está aquí: de azul por los pies y arrastrando el traje por todas partes con sus zapatitos planos. Y dando gracias, claro...

Otra anécdota para recordar de aquel día: mi hermana aprovechó la enorme reunión de familiares y amigos para coger el micrófono y anunciar su boda, el verano siguiente, con Darío, su novio desde hacía años.

La noticia, que para los allí congregados supuso una buena sorpresa y un gran motivo de alegría, sin embargo, pareció no hacer mucha gracia a mi ya marido a esas alturas del guion. Se lo noté rápidamente en su cara.

—¿Te pasa algo? —le pregunté al ver que no acompañaba al resto con los aplausos.

—Hombre... que no creo que sea el momento.

—¿Perdona? Pues a mí me parece que es el mejor momento, ahora que estamos todos juntos —le sonreí.

² —Ya, pero no sé... es como si esos dos estuvieran buscando su minuto de gloria. Precisamente hoy, que los protagonistas somos tú y yo.

Lo miré atónita. ¿También con puyitas hacia mi hermana y mi cuñado en el día de nuestra boda? ¿A qué venía esa tontería? A mi modo de entender, nadie nos estaba robando ni un ápice de protagonismo. Aparte, lo de “esos dos” sonó muy despectivo.

—¿En serio, cariño? ¿De verdad que te ha molestado lo que ha dicho mi hermana? —No podía dar crédito a lo que estaba pasando.

Roberto se quedó callado por unos segundos. Me miró fijamente a los ojos.

—Bah, no me hagas caso. Pamplinas mías...

³ Y sin más ni más, se dio media vuelta con el vaso de whisky en la mano y tiró hacia el baño. Aunque me quedé un poco rayada momentáneamente, no quise darle importancia al asunto y aparté de un plumazo sus palabras de mi cabeza.

⁴ Obviando ese hecho y los “problemillas” que ya he contado, todo lo demás resultó perfecto. El menú, compuesto por entrantes de todos los estilos y cordero y patatas panaderas como plato principal, estuvo exquisito.

En el vídeo han quedado immortalizados los camareros yendo de un lado para otro, repartiendo esos apetitosos platos y rellenando copas de vino sin cesar. Y de igual forma, más tarde, puede verse al mogollón de invitados disfrutando de la barra libre en aquel idílico entorno.

En resumen, se trató de una boda muy bonita y animadísima, cuyo fin de fiesta se precipitó por culpa de la lluvia. Hasta entonces, aunque nublado, el día se había estado comportando, pero poco después de terminar la actuación del grupo de música pop que habíamos contratado, comenzaron a caer las primeras gotas.

Debían ser cerca de las ocho de la tarde y ya era noche cerrada por aquellas fechas de mediados de otoño.

—¿Será posible esto? —Roberto se lamentaba por la incipiente llovizna.

—Lo es, madurito mío —Así le llamaba también con frecuencia cariñosamente. A veces, incluso le ponía una coletilla. Sí, con sus virtudes y defectos, aquel hombre era mi “madurito interesante”. Y a él le encantaba escuchármelo.

—¿Ahora qué hacemos? —me preguntó con esos ojillos enrojecidos a los que ya me había acostumbrado.

—¿Ahora? ¿A ti qué te parece?

No me contestó. Su sonrisa granuja me dio a entender que me había leído el pensamiento: ir dando por concluida la fiesta para retirarnos a la intimidad de nuestra noche de bodas. Para hacer exactamente eso en lo que sí que de verdad nos entendíamos a la perfección.

9 de noviembre...Aquel capítulo se convertiría en uno de los más cruciales de mi existencia; en el día en que mi destino quedaría sellado para siempre...

Debían ser cerca de las ocho de la tarde y ya era noche cerrada por aquellas fechas de mediados de otoño.

—¿Será posible esto? —Roberto se lamentaba por la incipiente llovizna.

—Lo es, madurito mío —Así le llamaba también con frecuencia cariñosamente. A veces, incluso le ponía una coletilla. Sí, con sus virtudes y defectos, aquel hombre era mi “madurito interesante”. Y a él le encantaba escuchármelo.

—¿Ahora qué hacemos? —me preguntó con esos ojillos enrojecidos a los que ya me había acostumbrado.

—¿Ahora? ¿A ti qué te parece?

No me contestó. Su sonrisa granuja me dio a entender que me había leído el pensamiento: ir dando por concluida la fiesta para retirarnos a la intimidad de nuestra noche de bodas. Para hacer exactamente eso en lo que sí que de verdad nos entendíamos a la perfección.

9 de noviembre...Aquel capítulo se convertiría en uno de los más cruciales de mi existencia; en el día en que mi destino quedaría sellado para siempre...

Capítulo 11



Nuestra luna de miel en Argentina fue una auténtica pasada. Dieciséis días duró aquella emocionante aventura a ritmo de tango por Buenos Aires, Iguazú y La Patagonia.

Ese precioso país sudamericano también sabe mucho acerca del amor, qué duda cabe, de ahí que se encontrase entre mis favoritos para nuestro gran viaje convertidos ya en marido y mujer.

Guardo unos recuerdos preciosos de Ushuaia, la ciudad más austral del planeta, conocida también como tierra del fuego. Y cómo no, de esas famosas cataratas de Iguazú.

Tampoco he podido olvidar las relajantes playas de Mar del Plata, en su costa atlántica, de las que volví con la piel más bronceada que en toda mi vida.

Pues bien, hablando de la vuelta; una vez en casa, comenzó nuestra convivencia, una nueva etapa para ambos que no tenía nada que ver con todo lo que habíamos experimentado juntos hasta entonces.

No puedo decir que las cosas entre Roberto y yo cambiaran radicalmente de un día para otro, pero lo cierto es que poco a poco fui descubriendo detalles que no me estaban gustando ni un pelo.

Por ejemplo, esa manía que le entró de hablarme (mejor dicho, de hablar, porque empezó a hacerlo con todo el mundo) en plan repipi total, como si se estuviera dirigiendo al mismísimo presidente de la RAE.

Que sí, que vale, que no es que me pareciese mal que incluyera constantemente en su vocabulario palabritas “la mar de finas”, como yo solía decirle, pero es que las soltaba incluso cuando no procedía y eso me ponía de los nervios. ¡Hasta en la cama, señores! Me parecía un poco ridículo, la verdad. Además, ¿a qué venía ese cambio?

Cierto que Roberto siempre había hablado súper correcto, pero con aquella actitud se estaba volviendo un arrogante de aúpa, y es que parecía disfrutar dejando a quien fuese a la altura del betún, soltándole cualquier palabreja de esas que se gastaba últimamente. Era como que quisiese quedar siempre por encima de todo cristo.

—No me has entendido, ¿verdad? —me preguntaba cuando le ponía alguna cara de “qué coño habrá querido decir con eso”.

—Pues no, a mí háblame en castellano, porfa.

—¿En castellano? ¿Pero tú en qué país vives, Andreíta mía? Que no te estoy hablando en alemán, criatura.

—Ainsss, no empecemos, que me haces sentir como si fuese tonta...

Así me sentía muchas veces, pero ojalá que todo hubiera quedado ahí, en la simple cuestión del habla. A ver, no me tengo por una inculta que no le captase ni la mitad, creo haberlo dicho ya, pero imaginaos lo que es que de repente vuestra pareja empiece a decir que si esto le ha parecido excelso, que si lo otro era insoslayable, que si Fulanito era un baldragas o Menganito un collón, que si tal hecho era deleznable...

¿Qué os parecería? Y lo peor es que, cuanto más le pedía que se dejara de tanta pamplina, peor lo hacía. ¡Qué pedante, por Dios! Por otro lado, hasta que empezamos a compartir techo no fui realmente consciente del problema tan gordo que tenía mi capitán con el sueño.

Sí, ya sé que lo de dormir bajo el mismo techo no era algo nuevo para mí, que habíamos pasado más de un fin de semana juntos y que habíamos estado recientemente dos semanas largas de viaje por ahí.

No es que en esas noches Roberto durmiese a pierna suelta como un angelito ni mucho menos, pero él siempre tenía una justificación para ese insomnio, como la de allí en Argentina.

—¿No te vienes a la cama? —Un par de veces le repetí la pregunta en la primera noche de nuestra luna de miel.

—No tengo sueño, acuéstate y duerme tú.

—¿Pero y eso por qué?

—Tranquila, que no pasa nada. Es que todavía no me he recuperado del cambio de horario.

Absurda su excusa, porque ni la primera ni la segunda ni la tercera ni ninguna. Roberto no dormía jamás una noche del tirón. A lo sumo, dos o tres horas seguidas, y cada vez que se despertaba de madrugada se levantaba a coger un cigarrito para fumárselo en la terraza.

A esa falta de sueño le atribuía yo aquellos ojos siempre enrojecidos. De paso, ya puestos, se echaba “un chorrito de whisky” para acompañar al cigarro. Así llamaba él a los lingotazos que se metía también en mitad de la noche,

entre pecho y espalda.

r

Empecé a preocuparme seriamente por el tema del alcohol, máxime cuando en uno de esos “controles rutinarios” le salieron disparados los niveles de glucosa, colesterol, triglicéridos y no sé qué más, como era previsible.

Pero claro, sabiendo que no iba a hacerme ninguna gracia el asunto, bien se encargó de ocultarme el resultado de la analítica. Con lo que él no contaba era con que yo diese con el informe, haciendo limpieza de papeles.

—¿Y esto? —le pregunté con el papel en la mano aquel mediodía.

—¿Qué es eso?

—Buena pregunta. Esto es la prueba de que me estás mintiendo. ¿No decías que en los últimos análisis todo estaba controlado?

—¿¡Has estado rebuscando entre mis cosas!?! —Su tono de voz iba parejo con la furia que mostraban sus ojos.

—¡Nada de eso! Me he puesto a tirar cosas inútiles de los cajones y me lo he encontrado ahí.

—Claro, ¡tú qué vas a decir! —Cada vez alzaba más la voz.

—¡A mí no me chilles! ¡Encima de que me estás mintiendo! O vas olvidándote de la bebida o...

—¿O qué? Relájate que ya soy mayorcito, ¿vale?

—Tú lo has dicho, ya eres mayorcito para darte cuenta de que te estás destrozando vivo.

—¡Anda ya! —lo dijo con un tonito tan irónico que terminó por sacarme de mis casillas.

—¡¡Ni anda ya ni ando yo!! ¡No estoy dispuesta a vivir con un borracho, te lo advierto!

Me pasé un poco, la verdad, y lo único que conseguí con ello fue echar más leña al fuego. Prefiero omitir ahora el resto de aquella primera gran discusión entre Roberto y yo. Tan solo diré que cuando la falta de respeto entra en juego en una relación, esta ya está sentenciada.

Una pinceladita del fin de la trifulca: agarró la puerta para largarse sin ni siquiera almorzar y, al preguntarle que dónde iba, me contestó que adonde le saliera del nabo. Tal cual.

El finolis de mi marido me dejó helada con aquella respuesta tan grosera. Jamás le había escuchado una palabrota. Lo que no sabía yo era cuántas y cuántas me faltaban aún por escucharle.

Por si con esas “lindezas” que acabo de contar tuviera poco, también le dio por algo que me encabritaba tela del telón, y es que en muchas ocasiones me comparaba con su ex.

A veces lo hacía sutilmente, otras, con un descaro tremendo, como cuando me pillaba cocinando y se ponía a observarme con los brazos cruzados.

—Uffff, cariño. ¿Ya le has añadido el pimentón a esa carne? Susana lo dejaba para el final porque decía que...

—¡Mira, eh! ¡No empieces! A mí me importa un rábano cómo cocinara tu mujer. Yo hago las cosas a mi manera y punto.

—Jajajaja, cómo me gusta picarte. Si supieras lo guapa que te pones con esa cara de fierecilla.

Sí, sí que le gustaba quemarme la sangre. Y para qué hablar de lo de los chicles. Le tenía dicho y más que dicho que detestaba que me mirase mientras los mascaba de aquella forma tan repelente, con la boca medio abierta y dejando entrever la lengua.

Parecía un chulo integral, lo juro. Es que me daba rabia porque me miraba en silencio y de un modo muy extraño, nunca sabía qué pasaba por su cabeza en esos momentos, con la mirada clavada en mí.

Lo de Roberto ya no era un punto misterioso. Para mí, su persona se estaba convirtiendo en el enigma de la Gran Pirámide, palabra. A veces pensaba también si no me habría casado con una persona bipolar, en vista de sus cambios extremos en el estado de ánimo.

Tan pronto le veías triste y cabizbajo en el sofá, con las manos en las sienes, como tremendamente excitado, con unas ganas bárbaras de comerse el mundo y de ir de allá para acá. Cambiaba de un estado a otro en cuestión de minutos, eso era lo incomprensible.

A base de charlas y más charlas cuando estaba receptivo, conseguí que se fuese olvidando un tanto del alcohol. Ojo, no que dejase de beber por completo, pero al menos logré que en casa no entrara ni una botella de whisky.

Cervecitas y alguna copa de vino para el almuerzo y la cena, sí, pero no más. Ingenua de mí, que creía que lo iba metiendo en vereda poquito a poco. Ni siquiera pensé mal cuando empezó a llegar todos los días del trabajo un poco más tarde, pero él siempre tenía una buena excusa a mano para todo.

—Tengo unos jaleos últimamente que ni te cuento.

—¿Qué es lo que pasa?

—Nada en particular. Gajes del oficio, cariño.

Con eso se escudaba y me dejaba calladita, pero un día, de casualidad, merendando con una amiga en el bar de debajo de casa, escuché a mis espaldas una conversación entre dos hombres que me dio mucho que pensar.

—A ver si le va a pasar al final a Alfonso lo mismo que a Roberto, que cada vez que lo manda su mujer a hacer un recado se mete corriendo aquí y se toma una caña y un whisky a la carrera —le decía uno al otro.

Y —No fastidies. ¿Así anda ese ahora?

—Ya te digo...

—Pufff, si es que el que tiene ese vicio... mal asunto, compañero.

Ellos estaban en la barra y yo, sentada con mi amiga Geli en una mesa, por lo que no les vi las caras hasta que nos levantamos para salir. Eran dos chicos vestidos de militar a los que no había visto nunca por allí, aunque la cara de uno de ellos me resultaba un tanto familiar.

Tal vez viviera por la zona. El caso es que estaban hablando de un tipo llamado Roberto, lo cual me pareció sospechoso, sobre todo por el hecho de que ambos también eran militares. ¿Se estarían refiriendo a mi marido?

A partir de aquel momento me puse en guardia. Procuraba no mandarle a ningún recado y le acompañaba casi siempre a todas partes. Era una situación un tanto cansina, pero quería convencerme por mí misma de que no tenía nada que temer, es decir, que la cosa no se estaba yendo de madre.

Un sábado, después de pasar la tarde juntos en el sofá holgazaneando, viendo unas pelis, decidimos salir a dar una vuelta por ahí y cenar fuera.

—Venga, ponte guapa, ¿por qué no te pones guapa como tú sabes, cuando quieres? —me sugirió.

—Allá voy, pero voy a tardar un buen rato en arreglarme. Tengo que lavarme la melena y secármela y...

—Nada, nada, tómate todo el tiempo que quieras, que no hay ninguna prisa.

Y tanto que no había prisa. Luego lo comprendí.

Roberto cayó en la trampa como un conejillo. A mitad del secado de pelo, dejé el secador en marcha dentro del bidet y abrí con cuidado la puerta del baño. No le vi en el sofá. Tampoco estaba en el dormitorio, por lo que enfilé hacia la cocina sin hacer ruido y allí le pillé con las manos en la masa.

Me encontré a aquel personaje que me juraba y perjuraba estar en vías de recuperación, echándose a pecho una botella de JB que debía tener escondida justo en ese mueble que nunca usaba por quedarme tan alto, en el de encima del frigorífico, pues este tenía las puertas abiertas de par en par...

1

;
e

a

l

Roberto cayó en la trampa como un conejillo. A mitad del secado de pelo, dejé el secador en marcha dentro del bidet y abrí con cuidado la puerta del baño. No le vi en el sofá. Tampoco estaba en el dormitorio, por lo que enfilé hacia la cocina sin hacer ruido y allí le pillé con las manos en la masa.

Me encontré a aquel personaje que me juraba y perjuraba estar en vías de recuperación, echándose a pecho una botella de JB que debía tener escondida justo en ese mueble que nunca usaba por quedarme tan alto, en el de encima del frigorífico, pues este tenía las puertas abiertas de par en par...

Capítulo 12



Lo verdaderamente triste de la situación era que Roberto, cuando le daba el bajón, reconocía abiertamente su adicción por el alcohol y el problema que eso podría acarrearle en su salud y en lo que no era su salud.

Sin embargo, no hacía nada por remediarlo, sino al contrario. Además, le dio por otra historia que me comía mucho el coco; sus advertencias cuando estaba bien cargadito...

—Aléjate de mí, Andrea, soy una persona tóxica y te puedo hacer mucho daño.

—No pienso dejarte, pero necesito que tú también pongas algo de tu parte. Voy a buscar ayuda para ti y te acompañaré adonde tenga que acompañarte para salir de esta.

—Qué buena eres. ¿Por qué te portas así conmigo? No me lo merezco...

—Venga, anda, lávate los dientes y acuéstate de una vez, que necesitas descansar.

Así terminábamos muchas noches. Podían darnos la una o las dos de la madrugada en el sofá charlando sobre sus problemas, pero no había forma de encarrilarlo.

Aunque conseguía que se acostara a regañadientes, no pasaban ni tres horas antes de que se levantase a por el dichoso cigarro en la oscuridad. Al principio, me levantaba a la par que él y, según se lo terminaba, le daba coba para que volviese a la cama, pero llegó un momento en que empecé a pasar olímpicamente de levantarme.

Bueno, no es así exactamente, o sea, que no es que me diese todo igual, sino que comprendí que con su trastorno del sueño no podía arrastrarme a mí también, porque al día siguiente estaba hecha una mierda en el curro.

Por supuesto, la mayoría de las veces me despertaba cuando él se levantaba, pero ni me movía, con lo cual enganchaba el sueño enseguida. Lo malo es que, con el tiempo, le descubrí una nueva “faceta” que ya terminó preocupándome sobremanera: la de hablar solo por lo bajini en la oscuridad.

Una de esas noches, cuando menos lo esperaba, le abordé sin más.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¡Joder, qué susto me has dado! Casi me da un infarto.

Lógico, porque Roberto estaba fumando apoyado en la barandilla de la terraza, para no variar, y no me había escuchado llegar.

—A mí sí que me va a dar algo a este paso —protesté.

—¿Y quién coño te manda a levantarte?

—Vaya tela, eh, vaya tela... Eso digo yo, quién coño me mandará a mí levantarme.

Por otra parte, al día siguiente le recordaba eso del “aléjate de mí”, mientras desayunábamos y ya me encontraba con otra persona totalmente distinta...

—Bueno, ahora que estás más fresquito, dime, ¿quieres que te deje?

—¿Cómo? —Roberto ni sabía de por dónde iban los tiros.

—Sí, que anoche volviste a decirme eso de que eres tóxico y que no quisieras hacerme daño y tal y tal, que me marche de tu lado.

—Bah, ni caso. Se dicen muchas tonterías.

—No recuerdas nada, ¿verdad?

—Me acuerdo siempre de todo perfectamente, no te quepa ni la menor duda.

—Pues no me están gustando ya ni pizca tus tonterías, así que no vuelvas a repetirme eso, ¿vale?, no sea que cualquier día te lleves una sorpresa...

Como si oyera llover. Se convirtió en algo habitual en él. Cada vez que pillaba una gorda, me salía por ahí, con lágrimas en los ojos. Y lo más curioso es que la mayoría de esas veces, tras advertirme que me alejase de él, terminábamos haciendo el amor de un modo brutal, por extraño que suene.

Roberto podía haber bebido hasta la saciedad y, pese a todo, comportarse como un lobo hambriento en la cama. Ahí se me olvidaban las penas por un buen rato. Tengo que reconocerlo, aunque me dé un poco de corte: me volvía loca el sexo con él. Me tenía enganchadísima por ahí.

Supongo que, a otros muchos hombres, en sus circunstancias, eso de ahí abajo ni se les empinará, pero a mi marido... no solo se le ponía como una piedra, sino que además tenía un aguante increíble, al punto de que en alguna que otra ocasión incluso terminaba cansándome, a pesar de estar disfrutándolo como una loca.

En cuanto al tema de su hija, a medida que iba pasando el tiempo cada vez veía más claro que Roberto no tenía ni la más mínima paciencia con los niños. Es más, se echaba a temblar cuando se acercaba el fin de semana que le tocaba tener a Elena en casa.

—De verdad que no te entiendo —le reproché en una ocasión—, es tu hija, Roberto. Pobre criatura...

—No, si no digo nada. Yo quiero muchísimo a mi Elena.

—¿Que no dices nada? Pero llevas desde anoche con la cara desencajada, que ya nos vamos conociendo.

—Que no, Andrea —lo negaba—, es que no me encuentro muy bien. Estoy muy estresado con el trabajo, y lo sabes.

—Venga, lo que tú digas.

Tampoco estaba una para discutir ya por asuntos como ese. Aparte de encantarme los críos, como ya he dicho, yo tenía bien asumido mi papel en la relación cuando la peque estaba con nosotros.

Y en honor a la verdad he de decir que la nuestra no era precisamente una relación a tres bandas, sino más bien a dos.

Me refiero a que el cuidado de la niña que, para entonces, con sus cinco años y pico, me adoraba, recaía en mí casi en exclusividad, puesto que el padre pasaba bastante de la pequeña.

Era yo quien le daba de comer, quien la bañaba, quien la vestía, quien jugaba con ella a las muñecas, a colorear... y quien se encargaba de controlarla cuando estaba malita, como si fuese su propia madre.

Ahora que menciono lo de los males, se me viene a la mente un episodio lamentable relacionado con eso justamente. Ocurrió en uno de tantos fines de semana que estuvo con nosotros en casa.

Estábamos en pleno invierno y la cría ya había llegado el viernes un poco decaída. La escuché llorar a medianoche desde mi habitación.

—Roberto, Roberto —traté de despertarle dándole golpecitos en el brazo.

—Mmmm...

—Roberto, despierta, que la niña está llorando.

—Mmm...ya se dormirá... estará soñando...

Estaba atontado y no hacía mucho caso a lo que le decía. Tampoco es que una esperase gran cosa de él, pero visto lo visto fui yo, una vez más, quien dio el do de pecho levantándose de la cama y acudiendo a su dormitorio.

Me la encontré rascándose el pecho y la cara como una posesa. Además, estaba muy caliente.

—¡Roberto! ¡Levántate! Tu hija tiene fiebre.

Tardó unos minutos en aparecer y, cuando lo hizo, lo hizo de mala gana, como contrariado por haber tenido que salir de la cama.

—¿Qué pasa?

—Esta criaturita está ardiendo. Tráeme el termómetro del mueble del baño.

—¿Quieres también el Apiretal?

—Ay, por favor, tráeme el termómetro de una vez y ahora ya veremos qué hacemos con ella.

¡Elena no paraba de rascarse el cuello y el pecho con todas sus ganas. A través de la débil luz de la lamparita pude observar esa típica erupción que me puso en sobre aviso...

—Tiene treinta y ocho y medio. Y mira —le señalé las minúsculas ronchitas rojizas—, me parece que esta niña tiene varicela.

—Bueno, pues le damos el Apiretal entonces, ¿no?

—Lo que tenemos que hacer es llevarla al médico ahora mismo.

e

—¿Ahora mismo? Son las dos de la mañana, Andrea, no podemos esperar hasta que...

No le dejé terminar lo que estaba diciéndome.

—De eso, nada. Prefiero que la vean en el hospital cuanto antes.

Mi señor marido empezó a murmurar de camino al baño, con lo cual empezó a calentarme la sangre a base de bien.

—¿Sabes que te digo? Que por mí te puedes meter en la cama otra vez, que no te necesito para coger el coche y llevar a la niña a urgencias.

Pareció ver el cielo abierto con mis palabras.

—¿En serio? ¿No te importa si me quedo? Es que no sé qué me pasa esta noche, estoy muy cansado.

Tenía guasa el asunto, pero no era plan de ponerse a discutir.

—Dame las llaves de tu coche—le pedí.

—¿Del mío?

—Sí, hijo, sí, del tuyo. ¿No es en el tuyo donde está puesta la sillita de Elena?

—Jo, es verdad, es que estoy medio tarumba...

Cogí las llaves y salí de casa con la niña envuelta en una mantita, pensando que aquello ya se estaba pasando de castaño a oscuro. ¿Iba a ser ese mismo hombre en el futuro el padre de mis hijos?

Entre los nervios y la rabia por su pasotismo, no tuvo nada de extraño que arrancara y saliese como las locas, cogiendo de mala manera la curva de salida del garaje y dándole un buen golpe en la puerta. Para colmo, al día siguiente, eso me supuso otra tangana con Roberto.

—¿Es que se te fue la pinza o qué?

—¡¿Perdona?! Te quedas tan a gusto en la cama mientras voy al médico a medianoche con tu hija... ¿y todavía tienes los santos huevos de reprocharme nada? —perdí completamente los modales, pero creo que me sobraban

razones para ello.

—Shhhh... déjate ya de palabrotas —me recordó al capitán de los primeros días con ese toque.

—Y tú, déjate de reproches. Se te debería caer la cara de vergüenza.

—Te voy a decir una cosa. En los años que estuvimos juntos, Susana jamás tuvo ni un mínimo percance con el coche. Claro está que ella era mucho más tranquila. Tú es que siempre vas acelerada por la vida.

Aquello ya fue la gota que colmó el vaso. ¡Qué manera de provocar, señores! Había que tener la cara bien dura. Si las miradas matasen, lo hubiera fulminado allí mismo.

Últimamente, Susana estaba cada vez más presente en nuestro día a día, aunque él bien sabía que eso me molestaba muchísimo. Y me refiero, lógicamente, a que la mencionaba cada dos por tres. Si no era por una cosa era por otra, pero ahí estaba ella.

—Me dan ganas de retorcerte el pescuezo, so desagradecido. El día menos pensado cojo la puerta y no me vuelve: a ver el pelo —le advertí muy en serio.

—Anda, tonta, ven aquí.

Me enganchó por un brazo y trató de darme un beso, pero le aparté de un empujón.

—Déjame en paz.

A aquellas alturas ya estaba bastante convencida de que mi boda con Roberto había sido un error tremendo. No llevábamos todavía ni un año de casados y ya, por mucho que escarbaba, no encontraba ni rastro del tipo que conocí.

En cambio, no se me pasaba por la cabeza la idea de separarme de él. Aún me aferraba a la esperanza de que las cosas entre nosotros pudieran volver a ser como al principio.

—La culpa de todo la tiene el alcohol —le dije más de una vez a mi hermana Raquel por aquellos días.

—Abre los ojos, Andrea —me rebatía ella —, que tu marido lo que tiene es muy mala leche, aparte de gustarle demasiado empinar el codo. Y te digo más, no sé tú, pero yo me replantearía lo de tener un hijo con él.

—Eso ya lo tenemos hablado y más que hablado.

—¿Y?

—Y que a él le hace mucha ilusión volver a ser padre.

—¿Tú te estás escuchando, Andrea? No le hace ni puñetero caso a la niña y... ¿dice que le hace ilusión tener otro hijo contigo? Yo flipo.

—Pues sí, porque dice que quiere volver a vivir en familia, como vivía antes.

i

—Allá tú, hermana. Es tu vida, pero creo que un hijo solo va a traerte más problemas con él. Por lo menos, espera un poco, no te precipites.

—No... si verás... si no tenemos ninguna prisa. Yo también quiero estar segura antes de dar ese paso. He dado con un centro para el tema de lo de su alcoholismo y vamos a ir los dos.

s—Ah, ¿pero por fin consiente ir a hacer terapia?

—Bueno, eso me ha dicho....

—¿Y?

—Y que a él le hace mucha ilusión volver a ser padre.

—¿Tú te estás escuchando, Andrea? No le hace ni puñetero caso a la niña y... ¿dice que le hace ilusión tener otro hijo contigo? Yo flipo.

—Pues sí, porque dice que quiere volver a vivir en familia, como vivía antes.

—Allá tú, hermana. Es tu vida, pero creo que un hijo solo va a traerte más problemas con él. Por lo menos, espera un poco, no te precipites.

—No... si verás... si no tenemos ninguna prisa. Yo también quiero estar segura antes de dar ese paso. He dado con un centro para el tema de lo de su alcoholismo y vamos a ir los dos.

—Ah, ¿pero por fin consiente ir a hacer terapia?

—Bueno, eso me ha dicho....

Capítulo 13



“Muerden los recuerdos, con los cielos encapotados, y se apaga la luz del faro de guía... y se enciende el tormento en cada paso... y sangran nuevamente las heridas.

Mas de nada sirve llorar, sembrando flores en campo yermo. Allí solo crecen la desazón y la zarza, y los corazones adolecen entre sus espinas hasta caer exhaustos sin aliento.

Se diluyó la miel de tus labios. Se esfumó el rubor de tus mejillas. Se extinguieron las caricias de tus manos. Volaron con las cartas del juego de la vida.

Por no quedar, no quedan ni demonios huraños que hagan tambalear mis cimientos, y es que nada es eterno, pero nada deshace los más fuertes lazos. Yo también me quedé adormecido para siempre, acunando tu voz en el pensamiento y tu sonrisa entre mis brazos”.

Esa cuarta carta no salió del buzón de mis padres. Me la encontré una mañana cualquiera al coger el coche para ir a trabajar.

El sobre estaba un poco húmedo por el relente de la noche, pero no tanto como para haber pasado horas y horas ahí pillado con el parabrisas, lo cual me dio que pensar que no llevaba mucho tiempo allí, sino que lo habrían dejado poco antes del amanecer.

¿Era posible que Alan se tomara tantas molestias aún? Como casi siempre en estos casos, acudí a mi amiguísima la escritora, en busca de su punto de vista.

—A mí todo esto me huele un poco raro ya, Andrea.

—Por eso te lo cuento, Almudena. ¿Es que no se va a cansar nunca este hombre? ¿Y cómo sabe Alan dónde vivimos?

—Bueno, por eso no lo digas. Cartagena no es muy grande y aquí se conoce todo el mundo. Si quisiera enterarse de vuestra dirección, no lo tendría tan difícil.

—Lo que no entiendo es que siga en sus trece, sabiendo como sabe que estoy casada y que paso totalmente de él. Es como si le diera todo igual, no respeta nada. Yo creo que a este chico le falta un hervor.

—Te veo muy segura de que es él quien te deja esas cartas por aquí y por allá...

—Seguro no hay nada en este mundo, pero...

—Oye, Andrea, ¿tú has pensado alguna vez que lo mismo esas cartas te las está escribiendo tu marido?

—¿Roberto?

—Claro, Roberto, salvo que tengas varios maridos más y todavía no me haya enterado.

—Eso no tiene sentido. Y mucho menos ahora.

—¿Y puede saberse por qué?

—¿Para qué me va a estar mandando esas cosas? Además, no me imagino yo a Roberto escribiendo. Desde luego, en casa nunca lo he visto delante del ordenador.

—Quién sabe. Lo mismo saca sus ratos en el trabajo y se pone ahí dale que te pego con el teclado en su despacho.

—No lo veo yo. Aparte, si te fijas, no concuerda nada. Quiero decir que el tono de la carta no se corresponde con la situación que estamos viviendo. Eso de que “muerden los recuerdos”, que “sangran nuevamente las heridas” y blablablá. Yo te digo que esto es cosa del tarado mental de Alan, que es incapaz de pasar página. Y digo yo que Roberto es raro, pero aquel no se queda atrás.

—¿Qué quieres que te diga? Habla con él. Digo con el cartero, aunque yo que tú también trataría de sonsacarle algo a Roberto.

—¿Que le pregunte si tiene algo que ver con las cartas?

—Eso mismo.

—Tú estás loca. No sabes lo celoso que puede llegar a ser mi marido. Capaz es de ir a buscar a mi ex y partirle los dientes de un piñazo.

—No tienes por qué decirle que sospechas que las cartas son de Alan.

—Paso. Mejor me callo la boca por si acaso, que lo conozco bien. En cuanto al otro, ídem. A los majaras no se les pude seguir la corriente. Si supieras el coraje que le estoy cogiendo...

—Tú misma.

—A todo esto... ¿tienes alguna Coca Cola Zero por casualidad en el frigo?

—Ni Zero ni no Zero. No suelo comprar refrescos, ¿estás de antojo o qué?

—No, lo que pasa es que no me encuentro muy bien. Parece como que se me va un poco la cabeza, no sé...

—¿Estás mareada?

—Un poco, pero no te preocupes, que se me pasa enseguida. Últimamente estoy híper estresada y parece que voy subida en un barco.

—Puedo hacerte un café, si te apetece.

—No, gracias. Sabes que solo tomo descafeinados de máquina.

—Verdad. Pues tampoco tengo, chica. Hoy no es tu día.

No recuerdo nada más. Cuando abrí los ojos, estaba tumbada en el suelo, con un par de cojines apilados bajo los pies. Intentaba hablar, pero no me salía la voz del cuerpo. Tampoco veía con claridad, sino al bulto.

—Shhhh —me pareció escuchar la voz de Almudena a lo lejos, como si estuviera en otra dimensión —, tranquila, cariño. No te muevas. Te has desmayado.

No sé cuánto tiempo estuve medio inconsciente allí tirada en el suelo. Mi cabeza iba y venía. Era una desagradable sensación que, por desgracia, conocía perfectamente. Llevaba muchas lipotimias a lo largo de mi vida.

—Oiga usted, señorita —me preguntó Almudena, ya en el sofá, una vez que me hube repuesto por completo —, ¿no estará embarazada por un casual?

—No digas memeces. Eso es imposible.

—Bueno, yo siempre digo que imposible no hay nada en la vida, pero si tú estás tan segura, ya me callo la boca.

—Ay, sí, deja el tema. Jolín, qué mal cuerpo tengo, hija, pero debo ir tirando para mi casa.

—Puedo acompañarte. Me da no sé qué dejarte ir sola, según estás.

—Como quieras, pero he venido dando un paseo.

—Pues daremos juntas ese paseo de vuelta a tu casa.

—Vale, perfecto.

Hasta ahí todo medio normal. En cambio, como dos semanas después, me levanté chunguilla una mañana, otra vez tanto mareada y con el estómago en pie. Fui incapaz de desayunar. No, no podía ser...

—Enhorabuena, compi —las palabras de mi compañera Laura, un par de horas más tarde con el test de embarazo en la mano, me cayeron como un jarro de agua fría.

—Eso no es posible, Laurita, tiene que haber algún error.

—Mira, cielo, un positivo siempre es un positivo, mientras que un negativo puede ser un falso negativo, bien lo sabes tú.

—Pero yo tengo puesto un DIU.

—También deberías saber que esas cosas no son fiables cien por cien, que tienen un mínimo margen de fallo.

—Ya te digo. Hay un uno por ciento de probabilidades de embarazo... ¿y me tiene que tocar a mí precisamente?

—Estas cosas son así, Andrea. Además, ¿tú no querías tener un hijo?

Claro que deseaba ser madre, pero en otras condiciones. Tampoco era cuestión de ponerme a explicarles a mis compañeros de trabajo el motivo de que no me hubiese sentado muy bien que digamos la noticia.

No estaba dispuesta a revelarles mis problemas con Roberto a causa de sus adicciones y demás. Entre otras cosas, porque no tenía mucha confianza con ellos y prefería mantener mi vida personal al margen del curro.

Y si a mí la noticia me dejó a cuadros, a mi hermana Raquel le pasó algo por el estilo. Estaba abrumada.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —quiso saber.

—¿Cómo que qué voy a hacer ahora? Pues ver cómo me crece la panza día a día, chica. Comprenderás que ni se me ha pasado por la mente el deshacerme de mi hijo.

—No me refería a eso, mujer. Dios me libre de pensar algo así. Lo decía por Roberto, que sigue en su línea, según veo.

—¿Y qué le hago? ¿Lo mato?

—Qué burra eres cuando quieres, Andrea.

Z

—Te digo una cosa. De esta hecha, seguro que empieza a cambiar. Estaba muy ilusionado con la idea de ser padre, así que...

—Ojalá, chica, ojalá.

Lejos de mejorar, las cosas en casa fueron empeorando a marchas forzadas. Bien es verdad que aquella noche, cuando le solté el bombazo en plena cena, a Roberto se le iluminó la cara de golpe.

Se levantó de su silla y se vino para mí. Me abrazó y me dio un cariñoso beso en el cuello.

—Qué maravilla, bomboncito. Por fin vamos a volver a ser lo que éramos.

—¿Eso quiere decir que va a regresar mi capitán? ¿El Roberto que conocí?

—Eso quiere decir que ahora vamos a estar súper unidos los tres, cariño.

Todavía no era plenamente consciente del trastorno mental que padecía mi marido. De haberlo sido, me habría quedado muerta de miedo allí en la silla.

Con el tiempo, comprendería que Roberto no había superado la separación de Susana y que tan solo había buscado en mí una esposa con la que revivir su vida anterior entre aquellas paredes. De ahí sus ganas de volver a ser padre para que la situación fuese lo más calcada posible.

Tampoco sabía aún el vía crucis que me esperaba a cuenta de mi embarazo. Por un lado, mi condición de diabética lo convertía en un embarazo de alto riesgo.

Como cabía esperar, durante aquella etapa necesité más insulina y tuve que controlar a tope la dieta. A pesar de todos los cuidados y controles, hacia la mitad del periodo de gestación tuve una amenaza de aborto que me obligó a pasar el resto del tiempo en cama, en reposo absoluto.

Aquello fue un palo gordísimo también para Roberto, que no terminaba de encajar el hecho de ver a diario a mis padres, sobre todo a mi madre, entrando y saliendo de casa, en su afán por ayudarme en todo lo que pudiera necesitar.

Ahí comenzaron también los roces gordos entre ellos. Y si con mi hermana la relación ya empezó con mal pie desde que se conocieron, la cosa se fue agravando sobremanera por aquellos días.

No me faltaron tampoco las discusiones con él en esos últimos meses. Lo que no sé es cómo pude llevar el embarazo a buen término con tanta tensión.

Mi madre, mi hermana y yo, nos habíamos convertido de la noche a la mañana en “el trío Calavera”, en boca de mi marido.

Sí, ya sé que suena muy fuerte, pero eso era lo que había. No eran pocas las veces que se refería a nosotras de tan ofensiva manera. Eso sí, nunca permitió que llegara a oídos de mi hermana ni de mi madre, porque sabía que ni la una ni la otra tenían pelos en la lengua y podría salir escaldado.

Lo que para cualquier mujer es una bonita etapa, para mí fue una verdadera odisea. El carrito, la cuna, la mayoría de las ropitas para mi bebé y todas esas cosas tuve que encargarlas por Internet.

Nada de ir paseando por las tiendas con mi marido ni con mi gente, pero ojalá todo hubiera quedado ahí, en no poder moverme de la cama. Esos últimos meses se convirtieron en un verdadero calvario para mí.

Mi proyecto de llevar a Roberto de la manita a la terapia como si fuese un niño pequeño también tuvo que quedar postergado. Por otro lado, tuvimos que olvidarnos del sexo en esa fase, cosa que a mí me dio igual, como es natural, pero a Roberto, aunque lo entendía perfectamente, pareció no sentarle tan bien.

Le veía irritado, más nervioso que de costumbre, y las últimas semanas se instaló en el sofá con su almohada.

o

; Según él, lo hacía por mí, para dejarme descansar tranquila, pero la verdad es que eso le valió para pasarse la noche fumando y bebiendo a su antojo, sin nadie que le controlase. Tenía un problema bastante potente con la bebida, no es que yo lo diga.

a

Por suerte o por desgracia, según se mire, una brusca subida de tensión mientras trabajaba y que pudo tener

consecuencias muy gordas le hizo asustarse y enmendarse un poco.

Roberto dejó el tabaco radicalmente por aquel entonces en que a mí solo me quedaba un suspiro para dar a luz, como quien dice. En cuanto al alcohol, se tiró varios días sin probar el whisky, alternando la cerveza con cerveza sin alcohol.

Hasta ahí le llegó la voluntad: ocho o nueve días cortándose un pelín...

consecuencias muy gordas le hizo asustarse y enmendarse un poco.

Roberto dejó el tabaco radicalmente por aquel entonces en que a mí solo me quedaba un suspiro para dar a luz, como quien dice. En cuanto al alcohol, se tiró varios días sin probar el whisky, alternando la cerveza con cerveza sin alcohol.

Hasta ahí le llegó la voluntad: ocho o nueve días cortándose un pelín...

Capítulo 14



Una semana antes de salir de cuentas empecé a sentir las primeras contracciones de parto. Por más que leas sobre el tema, lo estudies o te lo cuenten, no sabes lo que es eso realmente hasta que lo vives en tus propias carnes.

Al principio son bastante llevaderas. Digamos que es un dolor similar al de la regla (hablo de las mujeres que tienen reglas dolorosas, como yo), pero que, a medida que va pasando el tiempo, va aumentando hasta convertirse en un auténtico suplicio.

Llega un momento en que crees que no vas a poder soportarlo y echas toda clase de maldiciones para tus adentros. No quiero ni acordarme de esas últimas contracciones, bastante largas ya y en intervalos de cinco a diez minutos. Son tan fuertes que no puedes casi ni lamentarte cuando te sacuden.

Ese dolor en el abdomen y la parte baja de la espalda no se le desea ni al peor enemigo, pero no quiero aburrirlos con ese sufrimiento que muchas de vosotras conocéis perfectamente.

Recuerdo que había sido un día especialmente movidito en casa y que todo había venido a santo de una chorrada, siguiendo la tónica ya habitual. Chorrada... o no tan chorrada, juzgad vosotros mismos...

A última hora de la tarde, apareció mi madre con un bolsón lleno de fruta que yo le había encargado por teléfono. Casualmente, Roberto estaba allí, y digo casualmente porque a esas horas era raro que no anduviera por la calle a su bola, de bar en bar.

Cuando no era porque jugaba el Real Madrid y pensaba ver el partido en tal sitio con Fulanito, era porque había quedado en casa de Menganito para cualquier otra historia; excusas que ni él mismo se creía, por supuesto. El caso era beber y beber sin control.

Como es lógico, cada vez que ella venía a visitarme, ya fuera sola o con mi padre, se quedaba un rato por allí y echaba una mano con lo que hiciese falta, y es que mi señor esposo no daba palo al agua en casa. Decía que él no había nacido para ser la chacha de nadie. ¡Así, con todas las letras!

Bueno, pues estaba la mujer doblándose un cerro de ropa en el dormitorio de los invitados, cuando desde la cama escuché a Roberto...

—Suegrita, ¿no te apetecerá tomar algo?

Otra te pego, gallego; la manía que le había entrado de referirse de esa forma a mi madre en los últimos tiempos, porque por supuesto que no utilizaba aquel diminutivo como un apelativo cariñoso, sino como un dardo envenenado de dos puntas, a sabiendas de lo mal que le sentaba tanto a ella como a mí.

—No, gracias, yernísimo mío —la otra, en justa correspondencia, ya le hablaba también así a él.

—¿Se puede saber qué le pasa a esta madre tuya? —me preguntó en cuanto se marchó.

—No entiendo qué quieres decir.

—Sí, es muy fácil, verás. Quiero decir que no me explico por qué tu madre nunca quiere tomar nada en esta casa. Ni ella ni él. ¿Cuál es el problema? ¿Acaso se piensan que los voy a envenenar?

—Por favor, Roberto, no empecemos otra vez con las tontunas, ¿vale? ¿A ti qué más te da eso? Si no les apetece tomar nada, no les apetece tomar nada, sanseacabó —no tenía yo ganas de discutir esa tarde.

—Claro, claro. Aquí todo el mundo viene a controlar, nada más —al parecer, él sí tenía ganas de gresca —, pero no te pienses que estoy hablando a sus espaldas, eh, que el otro día se lo dije en su cara ahí en la cocina.

—¿¿¿¿¿Cómo????! —exclamé, sin poder dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Como te lo cuento. Ya sabes que yo soy muy clarito y ya estoy un poco harto de que mi casa se haya convertido en el coño de la Bernarda. Aquí todo el mundo viene tan solo para controlar, ya ves que luego nadie quiere ni un simple vaso de agua.

“Mi casa”, como si yo fuese allí dentro una invitada cualquiera. Eso me dolió en el alma.

°—Pero ¿¡qué estás diciendo, canalla!? ¡¡¡Se te debería caer la cara a pedazos de la vergüenza!!! —Había logrado encender la mecha, por lo que le gritaba como una salvaje.

—Tranquilita, eh, a ver si te va a pasar algo a última hora. Pero no te preocupes, que tu madre no va a dejar de venir por eso. Mi suegrita me dijo de muy mala leche que si lo que estaba buscando era echarla de aquí, que me olvidase del asunto, que no me iba a salir con la mía porque esta también era la casa de su hija.

Me imaginaba el bochorno que le habría hecho pasar y me llevaban los demonios. Mi vida se había convertido ya en un circo donde ella era la suegrita, mi marido era su yernísimo, el novio de mi hermana era, para Roberto, el cuñadísimo putativo... en fin, que tuve un embarazo la mar de entretenido entre unas cosas y otras.

De mi hermana, mejor ni hablar. A Raquel ("la sabelotodo", según él), no podía verla ni a kilómetros.

Dos o tres horas después de marcharse mi madre, aparecieron esas primeras contracciones de las que hablaba antes. Palabrita que me pillaron totalmente por sorpresa, puesto que, como ya he explicado, todavía me quedaba casi una semana para salir de cuentas.

Es verdad que, a esas alturas de un embarazo, el parto puede presentarse en cualquier momento, pero no contaba yo con él precisamente ese día.

Después, pensándolo en la habitación del hospital con mi bebita ya en brazos, me preguntaba si no habría tenido mucho que ver la bronca de la tarde con que las cosas se precipitaran.

Seguro que sí, aunque nunca tendré la certeza. Lo único claro es que el factor psicológico influye en estos temas y que la presión que yo viví durante todo el embarazo, para mí se quedó.

Esas primeras contracciones me pillaron a solas, y es que Roberto, siguiendo su *modus operandi* cada vez que discutíamos, ya había zanjado la discusión cogiendo la puerta para ventilarse por ahí.

Infeliz de mí que, suponiéndole ya con un par de copitas o tres encima, no tuve mejor ocurrencia que pasar olímpicamente de él y llamar a casa de mis padres. Lo cogió ella.

—¡Hija mía! ¿Qué me estás diciendo? Pero si hace un rato estabas tan tranquila...

—Mamá, por favor, tú ya sabes cómo son estas cosas, que aparecen de un momento a otro sin avisar. ¡Venid a buscarme! —estaba atacada de los nervios, lo reconozco. Cosas de primerizas...

—Andrea, mi vida, pero yo no sé si será conveniente ir a buscarte con el coche según estás. Creo que deberíamos llamar a una ambulancia.

—¡Sí! ¡Haced lo que os parezca, pero hacedlo ya! ¡Estoy asustada, mamá!

—Y sola, por lo que veo...

—Y sola. Tú lo has dicho.

—Desde luego, valiente malnacido es...

—¡No, mamá! ¡Ahora no, por favor! ¡Cuelga y llama para que vengan a buscarme cuanto antes!

La ambulancia no se hizo mucho de rogar. Tardaría unos quince o veinte minutos. Para entonces, mis padres ya estaban a los pies de mi cama y mi hermana subía en el ascensor.

Hasta que no llegamos al hospital no se dignaron a avisar a Roberto. Como era de esperar, mi señor marido se personó por aquellos lares media hora más tarde, bebido, por supuesto, y atacando como solo él sabía hacerlo...

—Ohhhhh, qué bonito... mi señor suegro con el clan Talavera al completo (ese es mi segundo apellido, de ahí lo del trío Calavera, con toda su mala leche).

—Cuidadito, Roberto, ten un poco de respeto por una vez —fue mi padre el que tuvo que pararle los pies en seco.

—Perdonen, señores, pero aquí no pueden estar todos —una enfermera nos invitaba amablemente a despejar la entrada de urgencias —, solo se permite un acompañante.

—Voy yo, que soy su marido.

La joven mujer se quedó mirándolo fijamente. Lo tenía a dos palmos de su cara, de modo que entre los ojos que llevaba y el tufo a alcohol que le daría en las narices, debió entender que Roberto no estaba en condiciones de entrar en ninguna parte. Nos miró a los demás.

—¿Seguro? —La pregunta de la enfermera iba dirigida al resto.

—Hermana, por favor, entra tú conmigo —le pedí a Raquel, agarrándola de la mano.

Ni que decir tiene, a Roberto le sentó como un tiro y me miró con cara de perro, pero me dio igual. Le quería cuanto más lejos mejor, en esos momentos tan angustiosos.

Fue una noche larga y bastante complicada, tanto para mí como para mi bebé. Lo que se suponía que iba a ser un parto normal se convirtió en una cesárea de urgencia, debido a que se me desprendió la placenta repentinamente.

Se me ponen los vellos de punta recordándolo. La anestesia epidural en los partos ha supuesto un gran avance en general en la medicina y sobre todo en la rama de ginecología, pero si tiene una parte negativa para la madre es que, al estar consciente, esta se está enterando de todo lo que ocurre a su alrededor. Eso no siempre es agradable.

Y en mi caso, creedme, lo peor de todo fue cuando por fin el médico alzó a mi hija sujetándola bocabajo por los tobillos, se la pasó a otra persona y empezó a decir: “reanimación, reanimación”.

Los dos o tres segundos hasta que la apartaron de mi vista me alcanzaron para ver a mi criaturita toda morada como el traje de un nazareno, por lo que me eché a llorar como una loca, histérica perdida.

—Hey, ¿qué pasa, chiquilla? —Era otra enfermera quien me lo preguntaba, dándome unos cariñosos toquitos en el brazo.

—Mi niña, mi niña, ¿¡¡qué le pasa a mi niña!!!??

—Nada, mujer, es solo que hay que estimularla y limpiarle bien las vías para que arranque a llorar.

No soy tonta. Aparte, de algo me tenían que haber servido mis estudios de enfermería también, ¿no? De sobra sabía que mi hija no había asomado su cabecita al mundo en condiciones normales, que el desprendimiento de la placenta le había aportado un sufrimiento extra, privándola de oxígeno y que...

Ufffff, yo también estaba al borde del colapso, solo de pensar que fuese ya tarde para lograr que reaccionara. El breve espacio de tiempo hasta que al fin llegó ese ansiado llanto se me hizo eterno.

Fueron unos momentos tremendamente emotivos. Raquel, a dos o tres metros de mi camilla, lloraba igualmente en silencio contemplando la escena.

Después de tirarme el tiempo pertinente en la unidad de reanimación, me pasaron a la habitación. Allí estaba Roberto, dejado de caer en el poyete interno del ventanal y bastante desaliñado, junto a mi gente.

Las expresiones de felicidad de los míos al verme entrar por la puerta contrastaban con la cara de juez de mi marido.

—Hija, hija, por fin. ¿Cómo te encuentras? —Mi madre estaba nerviosilla aún.

—Bien, bien, ya se le ve mejor semblante —contestó Roberto por mí.

Mi hermana le miró de reojo con cara de asco, pero no dijo ni media palabra.

—¿Dónde está Valentina? —pregunté, pues no la veía por allí.

—¿¿Valentina??? —A Roberto pareció asombrarle el nombre.

—Sí, Valentina, la niña. ¿No habíamos quedado en que yo elegiría cómo se llamaría, cuando le viese la carita? Pues eso, que nuestra hija se va a llamar Valentina.

—¿Y no has encontrado por ahí un nombre más cateto? —me reprochó.

¹—Oye, oye —le cortó mi madre —, ¡un respeto, eh!, ¡sin faltar!, que así se llamaba mi difunta madre.

Si no llega a ser porque justo en ese momento apareció un enfermero empujando el cuquito con mi peque dentro, yo no sé la que habrían liado allí en la habitación a cuenta del nombre.

No sabía la odisea que me esperaba todavía antes de abandonar aquellas cuatro paredes. Al tercer día, cuando se suponía que me iban a dar el alta para marcharme a casa, amanecí con una fiebre que nadie se explicaba. Por más que me medicaban para paliarla, no había manera.

Sentía un dolor súper intenso en el abdomen, pero eso no tenía nada de particular, pensaba, teniéndolo como lo tenía lleno de grapas desde el ombligo hacia abajo.

Para abreviar, diré que esa fiebre venía de una infección de caballo, causada por la negligencia del cirujano que... ¡se había dejado una gasita dentro de mi vientre!

n

Semejante contratiempo me llevó otra vez de urgencia al quirófano y me obligó a prolongar mi estancia en el hospital más de lo esperado, hasta que todo estuvo bajo control.

Sé que todo esto parece de película de ciencia ficción, pero no lo es. Había sido un fallo humano, como bien decía mi padre. Somos personas y no máquinas, por lo que en ningún momento nos planteamos siquiera poner una denuncia.

Posiblemente, otra persona, en mi pellejo, lo hubiera hecho, pero yo... nanai. Agradecía estar viva después de todo y que mi hija se encontrase sana como una pera. Con eso me daba más que por satisfecha.

—Sí, Valentina, la niña. ¿No habíamos quedado en que yo elegiría cómo se llamaría, cuando le viese la carita? Pues eso, que nuestra hija se va a llamar Valentina.

—¿Y no has encontrado por ahí un nombre más cateto? —me reprochó.

—Oye, oye —le cortó mi madre —, ¡un respeto, eh!, ¡sin faltar!, que así se llamaba mi difunta madre.

Si no llega a ser porque justo en ese momento apareció un enfermero empujando el cuquito con mi peque dentro, yo no sé la que habrían liado allí en la habitación a cuenta del nombre.

No sabía la odisea que me esperaba todavía antes de abandonar aquellas cuatro paredes. Al tercer día, cuando se suponía que me iban a dar el alta para marcharme a casa, amanecí con una fiebre que nadie se explicaba. Por más que me medicaban para paliarla, no había manera.

Sentía un dolor súper intenso en el abdomen, pero eso no tenía nada de particular, pensaba, teniéndolo como lo tenía lleno de grapas desde el ombligo hacia abajo.

Para abreviar, diré que esa fiebre venía de una infección de caballo, causada por la negligencia del cirujano que... ¡se había dejado una gasita dentro de mi vientre!

Semejante contratiempo me llevó otra vez de urgencia al quirófano y me obligó a prolongar mi estancia en el hospital más de lo esperado, hasta que todo estuvo bajo control.

Sé que todo esto parece de película de ciencia ficción, pero no lo es. Había sido un fallo humano, como bien decía mi padre. Somos personas y no máquinas, por lo que en ningún momento nos planteamos siquiera poner una denuncia.

Posiblemente, otra persona, en mi pellejo, lo hubiera hecho, pero yo... nanai. Agradecía estar viva después de todo y que mi hija se encontrase sana como una pera. Con eso me daba más que por satisfecha.

Capítulo 15



A pesar de la gran ayuda que me brindó mi familia, los primeros meses de vida de Valentina se me hicieron un tanto cuesta arriba, por no decir otra cosa aún más fuerte.

A las molestias de la cesárea, que se dilataron en el tiempo mucho más de lo que podía imaginarme, había que sumarle la anemia que padecí a raíz de mi paso por el quirófano.

Estaba muy cansada y, por si fuese poco, el hierro que tomaba para la anemia me tenía súper estreñida, con lo cual pasaba las de Caín cada vez que iba al baño. A veces me daban ganas de tirarme de los pelos, sentada en el inodoro con esos dolores de tripa y sin poder hacer nada.

Para remate de los tomates, la cría no paraba de llorar y llorar día y noche, a causa de los cólicos del lactante. Así no había quien descansara. Era de locos. Los niños, como los muñecos, deberían traer pilas para poder desconectarlos de vez en cuando...

—Me parece a mí que lo que le pasa a esta niña es que se queda con hambre, que con el pecho no tiene suficiente —me comentó mi padre cierto día, teniendo ya Valentina dos meses.

—¿Tú crees? No quisiera tener que retirarle la leche materna, papá.

—Y nadie está diciéndote que lo hagas, hija. Como la leche materna no hay nada, pero pienso que podrías darle también un biberoncito de leche de farmacia por la noche, a modo de refuerzo. Prueba para ver qué tal.

Le hice caso, aunque no quise tomarme la molestia ni de consultarlo previamente con su pediatra. Me fui derecha a la farmacia y pedí consejo al farmacéutico sobre las marcas y demás.

Tan contenta que le preparé su primer biberón aquella noche, después de darle el pecho, pensando que quizás luego durmiese mejor. Mi peque se lo tomó con verdaderas ansias, pero apenas una hora más tarde me echó tal vomitera sobre la cama cuando fui a cambiarla, que no concebía que de un cuerpo tan pequeño como el suyo hubiese podido salir tanto líquido.

Como es natural, tras el vómito se hinchó de llorar como una posesa y, por supuesto, pasamos otra noche toledana con ella, particularmente yo, porque mi señor marido no se hacía cargo de Valentina para nada en absoluto, lo cual también era un motivo de broncas entre nosotros.

—¿Y qué quieres que haga? Me da mucho asco quitar pañales llenos de mierda líquida —argumentaba.

—Sí, claro, y comprarlos y mecerla y bañarla... ¡la niña, como si no tuviese nada que ver contigo!

En realidad, le reprochaba todas esas cosas porque me daba rabia su actitud y porque él me pinchaba a mí con todo lo que le apetecía, pero no porque quisiera que colaborase conmigo en los cuidados de nuestro bebé.

Para ser sincera, me daba miedo dejarle a solas con Valentina, y es que una vez que le pedí que la bañase mientras yo preparaba algo de cena, por poco me la cae al suelo al sacarla de su bañerita.

Pero vamos... que ni bañarla, ni menearle la cunita para adormirla ni nada de nada. Y si Roberto de por sí dormía siempre fatal, para qué os cuento entonces...

A veces, cuando la niña se despertaba a medianoche, le pillaba a él dormido y... ¡up!, ya estábamos los tres en planta con los ojos como los búhos.

—Esto es la leche. ¿Se puede saber qué le pasa a esta niña con tanto llorar y llorar? —No podéis haceros ni una ligera idea de la ira que me entraba cada vez que se ponía así, por lo que le contestaba de muy malas maneras también.

—Pues que es un bebé, ¡no te jode!

Normalmente, esas discusiones nocturnas no duraban mucho porque Roberto solía saltar de la cama como las liebres y se encerraba en el dormitorio donde tenía el teclado. Se ponía los cascos y se liaba a tocar y tocar allí dentro hasta que le parecía.

La mayoría de las noches ni volvía a la cama, sino que agarraba su almohadón y se tiraba en el sofá. Poco me importaba ya nada a esas alturas. Bastante distracción tenía yo con el bebé, pero os juro que la manera de llorar de mi hija no era normal.

Teniendo ya tres meses, aunque no le tocaba revisión, la llevé el día que a mí me pareció al pediatra. Tan solo pretendía explicárselo y pedirle consejo. La mujer la revisó de arriba abajo y me preguntó unas cuantas cosas.

—Mira, Andrea, a la niña no le pasa nada. No obstante, te voy a recetar unas gotitas que en realidad son para la

alergia, pero que seguramente te van a servir para relajarla un poco.

l

l.—Ojalá, porque estoy que no me tengo en pie, Irene. No sabes lo que es esto.

—Sí, sí lo sé. Mi hijo el mayor no empezó a dormir como Dios manda hasta que tuvo casi un año. En cambio, la pequeña dormía sus ocho horas seguidas por la noche casi desde que nació.

—Ah, ¿pero eso existe? Qué envidia...

—Cuestión de suerte, mujer, y por lo que veo, creo que a ti te ha tocado la china.

—Eso mismo pienso yo.

s

Ni gotas ni boquerones en vinagre. Seguimos en las mismas, por lo que tuve que asumir que sí, que me había tocado la china y que más me valía armarme de paciencia si no quería terminar en el manicomio, sobre todo cuando se me acabó la baja por maternidad y tuve que reincorporarme al trabajo.

Fue por entonces cuando me aficioné al maquillaje, en mi afán de tratar de disimular las ojeras. Cualquiera que m escuche pensará que la maternidad me quedaba grande.

No es eso, solo que estaba muy cansada, pero me sentía dichosa como la que más con mi retoño entre mis brazos, viéndolo crecer día a día, con sus primeras sonrisas, los tironcillos de pelo que metía también y todas esas monerías que muchos y muchas conoceréis.

En cuanto a mi relación con Roberto, se fue deteriorando hasta el punto de que prácticamente ya ni siquiera nos buscábamos para el sexo. Por otro lado, había una cosa que, aunque al principio no le daba importancia, luego empezó a inquietarme, y es que la mayoría de las veces llamaba Elena a nuestra niña.

—Elena, no, Valentina —solía corregirle.

—No te mosquees, que me he equivocado, mujer —se disculpaba.

,

No es que me mosqueara, pero a medida que pasaba el tiempo, esas equivocaciones sucedían con más frecuencia. Y no solo eso, sino que a mí también se refirió como Susana más de una vez por aquellos días.

—¿Qué te parece a ti, Sorayita? —le pregunté a mi intimísima amiga una tarde, tomando café, después de contárselo.

—Yuyu me daría a mí en tu caso.

—¿Por qué dices eso?

—Mira, no quisiera que te molestes por lo que voy a decirte, ¿vale?, pero me da que tu marido todavía no ha conseguido superar la separación de su ex.

—Pero ¿qué estás hablando? Eso no tiene sentido. Además, él no quiere saber nada de ella, ni siquiera se hablan.

—Normal, con semejante fin de fiesta...

—¿Perdona? ¿A qué te refieres?

—Al acoso al que estuvo sometiendo a la mujer.

—No, no, no, eso no puede ser —le repliqué.

^e—Para ti la perra gorda, Andrea. La tal Susana no emigró a la quinta puñeta de milagro.

—A ver, hasta donde tengo entendido, la separación fue más o menos de mutuo acuerdo, pero luego ella se arrepintió y quiso volver con él.

—¡Ja! Y una M, guapa. ¿Eso es lo que te ha contado tu capitán? Qué equivocada estás.

—Ya veo que me estoy perdiendo algo. Y gordo, además.

—Y tanto que sí, pero si no hemos hablado nunca de este tema es porque yo pensaba que tú estabas al corriente, Andrea.

—Me da que no, Soraya. Cuéntame lo que sepas, por favor.

Mi amiga, como supondréis, sabía de aquella historia a través de Gonzalo, con quien continuaba saliendo.

—De entrada —comenzó relatándome—, la separación de Roberto y Susana no fue algo que acordaran como lo mejor para ambos. Fue ella la que le planteó el divorcio porque ya no podía soportarlo más, pero él no quería separarse bajo ningún concepto. Estaba muy enamorado de ella, dice Gonzalo.

—Madre mía...igualito que lo que me contó a mí, vamos.

—Pero claro —continuó—, ya sabes cómo funciona esto. Basta que uno quiera separarse del otro, para que ya est todo dicho.

—Sí, por suerte, porque si no...

—Y no te creas que eso de que no se hablen no tiene también una buena justificación. Como te iba diciendo, después de separarse, Roberto estaba tan obsesionado con volver con Susana que no sabía cómo acaparar su atención. El problema es que la acosaba de todas las maneras posibles y la tenía un montón de agobiada.

—Bueno, bueno, bueno...

—Y a Gonzalo le consta que a pique estuvo Susana de denunciarle para que le pusieran una orden de alejamiento. Ella se lo contaba todo, dado que todavía tenían mucho contacto, aunque luego la relación entre ellos se fuese enfriando por las circunstancias.

—¿Y ya no pasó nada más?

—Hasta donde sé, lo único que ocurrió es que Gonzalo tuvo una charla muy en serio con Roberto y le advirtió que podía terminar fatal como siguiese por ese camino, con una pulsera telemática en el tobillo, cual si fuese un jilguero. Eso en el mejor de los casos, claro. Pues así se tiró un montón de tiempo... hasta que apareciste tú en escena.

Me quedé fría escuchando aquella historia. Ahí empecé a entender algunas de las conductas de mi marido, como esas equivocaciones con los nombres y el significado de ciertas frases. Por ejemplo, lo que me soltó cuando le anuncie que íbamos a ser padres: “Qué maravilla, bomboncito. Por fin vamos a volver a ser lo que éramos”.

Y yo, con todo mi golpe de inocencia, le pregunté si quería decir con eso que iba a regresar mi capitán, el Roberto que en su día conocí.

—Eso quiere decir que ahora vamos a estar súper unidos los tres, cariño—respondió a mi pregunta.

Me eché a temblar. Todo cuadraba. ¿Con qué clase de loco estaba conviviendo? Juro que le cogí muchísimo miedo a partir del relato de Soraya. Para postre, una semana después me vino con otra gran “sorpresita”.

Aquel sábado por la mañana, según él, iba a acompañar a un teniente a un recado. Yo me quedé en casa ordenando un poco. Estaba terminando de preparar el almuerzo, cuando sonó el telefonillo.

—Andrea, asómate un momento —Era él.

é—Salí a la terraza y me incliné sobre la barandilla.

Me lo encontré en la acera de enfrente, montado en una moto blanca como un castillo de grande, con un casco puesto. Tenía levantada la cabeza hacia mí, con los brazos estirados hacia arriba y haciendo el signo de victoria con los dedos.

A priori, imaginé que aquel bicharraco sería del colega, pero cuando entró tan contento por la puerta tarareando lo de “*yo quiero una motocicleta que me sirva para correr...*” y me preguntó que qué me parecía su “nuevo juguetito”, me entraron ganas de matarlo allí mismo en la entrada.

¡Roberto se había comprado una moto como un demonio de grande! Y encima, sin decirme absolutamente nada. Estaba que me subía por las paredes.

—Ya veo que te ha encantado mi moto —me espetó con toda la ironía del mundo.

—Oh, claro que sí, estoy que doy botes de la emoción —le respondí con más sorna aún —. Con un poco de mala suerte, esa va a ser tu ruina. Yo no te digo nada más.

e

—Así me gusta. ¡Mi mujercita siempre tan positiva e infundiéndome ánimos!

—¿Y qué quieres que te diga, hijo? Lo que no sé es cómo has tenido valor para comprarte una moto. ¡Precisamente tú! ¡Si no fueses un puto borracho de mierda, no te diría nada!

Me avergoncé inmediatamente de mis palabras, pero ya no había remedio. Aquel duro reproche por mi parte se tradujo en tres o cuatro días sin dirigirnos la palabra.

,

—Salí a la terraza y me incliné sobre la barandilla.

Me lo encontré en la acera de enfrente, montado en una moto blanca como un castillo de grande, con un casco puesto. Tenía levantada la cabeza hacia mí, con los brazos estirados hacia arriba y haciendo el signo de victoria con los dedos.

A priori, imaginé que aquel bicharraco sería del colega, pero cuando entró tan contento por la puerta tarareando lo de *“yo quiero una motocicleta que me sirva para correr...”* y me preguntó que qué me parecía su “nuevo juguetito”, me entraron ganas de matarlo allí mismo en la entrada.

¡Roberto se había comprado una moto como un demonio de grande! Y encima, sin decirme absolutamente nada. Estaba que me subía por las paredes.

—Ya veo que te ha encantado mi moto —me espetó con toda la ironía del mundo.

—Oh, claro que sí, estoy que doy botes de la emoción —le respondí con más sorna aún—. Con un poco de mala suerte, esa va a ser tu ruina. Yo no te digo nada más.

—Así me gusta. ¡Mi mujercita siempre tan positiva e infundiéndome ánimos!

—¿Y qué quieres que te diga, hijo? Lo que no sé es cómo has tenido valor para comprarte una moto. ¡Precisamente tú! ¡Si no fueses un puto borracho de mierda, no te diría nada!

Me avergoncé inmediatamente de mis palabras, pero ya no había remedio. Aquel duro reproche por mi parte se tradujo en tres o cuatro días sin dirigirnos la palabra.

Capítulo 16



Me traía un comececo tremendo por todo. Y yo que pensaba que lo del alcohol era una adicción que se había ido agravando a lo bestia después de conocerme... pero resulta que hasta en eso estaba equivocada.

—El problemón de Roberto con el alcohol fue precisamente el motivo principal por el que Susana se hartó de él y le dejó. Al parecer, siempre ha bebido como un cosaco —me contaría también Soraya en aquella misma conversación—. Su mujer nunca logró que buscara ayuda profesional y lo mandó a tomar viento.

—Manda narices, pues ya me hubiera gustado que me lo advirtiese Gonzalo antes. Me refiero al modo suyo tan horroroso de beber, que bien que se encargó el otro de disimularlo al principio conmigo, con tanto chiclecito en la boca y tanta astucia como tiene.

—¿Estás chalada, Andrea? ¿Cómo iba a hacer eso? Ponte en su lugar. Gonzalo no podía echarle mierda encima a su amigo. Hubiera sido una traición por su parte.

—Ya, ya...tienes toda la razón.

—Además, como dice él, Roberto siempre estaba con la misma cantinela de que sí, que sabía que no podía continuar como estaba porque iba a terminar mal y que se pondría en manos de los expertos para superarlo.

—Me suena ese cuento, Soraya, pero yo también le he perdido ya la fe. Si supieras la de veces que lo hemos hablado...—le respondí con resignación.

—Siento decirte que lo veo como tú, amiga. Como no sea que en alguna de esas revisiones médicas que se hace se lleve un buen susto, mal vamos.

—Y tan mal, pero con este no hay susto que valga, créeme lo que te digo. Date cuenta de que a los resultados de los últimos análisis no les ha hecho ningún caso. Como si fueran los del vecino, vamos. Tiene el colesterol y muchas otras cosas por las nubes, y nada. Encima, ha vuelto a fumar.

—¡No me fastidies! Qué atraso, chica.

—Sí, hija, sí. Al principio me lo estuvo ocultando, pero esa es una mentira con las patitas muy, pero que muy cortas. Menudo pestazo en la ropa...

—No sé en qué está pensando tu marido, te lo juro.

—Ni yo.

El asunto tenía mandinga. Mi casa se había convertido en un auténtico infierno. En cuanto a la relación entre Roberto y los míos, la tensión estaba llegando también a tal punto que evitaba a toda costa que se juntasen en ningún lado.

Tuve que pedirles que dejaran de venir a visitarnos. Cuando deseaba verlos, iba yo a sus respectivas casas con mi pequeña o quedábamos por ahí, mientras él andaba a lo suyo.

Es más, en nuestra segunda Navidad no quise ya ni que cenáramos todos en familia el día de Nochebuena (ni en Nochevieja). Preferí quedarme sola en casa con él y con Valentina para evitar los chinazos que se tiraban entre ellos por cualquier pamplina.

No es que pretenda defender a los míos por el simple hecho de que sean los míos, pero, en justicia, tengo que decir que era Roberto quien siempre encendía la mecha provocando al resto.

Como es de suponer, una no tenía ganas de fiesta, mucho menos de ponerse a cocinar, por lo que compré un poco de jamón, queso, unos langostinos, unas cigalas y tal, todo frío en plan tapeo, y eso fue lo que cenamos.

Y de ahí al sofá a ver la tele, como si se tratase de una noche cualquiera. Eso creía yo al menos, que iba a ser una noche cualquiera, pero tampoco.

A las doce y pico de la noche, Roberto se levantó, se encerró en el baño para ducharse y salió bien afeitado, perfumado y peinado.

3

—¿Dónde vas?

—A tomar una copichuela por ahí, que para eso es Nochebuena, ¿no? —me contestó con una sonrisa irónica cien por cien—. ¿Te apetece venirte o qué?

Ni siquiera me molesté en contestarle. Con una rabia tremenda, me levanté del sofá, me metí en el dormitorio y

pegué un portazo. Por mí, podía irse donde le diera la real gana.

¡Había que ser jeta! De sobra sabía que yo no podía coger la calle a esas horas con una niña tan pequeña, máxime con el frío que hacía.

—¿Cómo dices? ¿Que se largó de copas y volvió a las seis de la mañana? —Mi hermana Raquel se llevó las manos a la cabeza cuando se enteró.

—Como lo oyes.

—Mal final se le ve a esta historia, Andrea, pero yo no te voy a decir nada más de lo que tendrías que hacer.

Sentía una presión horrorosa en el pecho a la cual empezaba a acostumbrarme porque se me quedó crónica por aquel tiempo. Por fortuna, la niña empezaba a centrarse un poco con el tema del sueño por las noches, pero el otro iba de mal en peor también en ese sentido.

Además, lo de hablar solo por lo bajini, sentado de madrugada en el sofá, cigarrito en mano, cada vez era más habitual. Eso sí que no podía soportarlo de ninguna manera.

Una de esas noches me levanté y no le vi allí en el salón. Tampoco estaba en la terraza, ni en el dormitorio del piano, ni en la habitación de Valentina. La casa estaba completamente a oscuras y en silencio sepulcral.

Reconozco que me asusté bastante.

—Roberto. Roberto...—empecé a llamarle, pero no me contestaba —Roberto...

La imagen que me encontré al final era como sacada de una película de terror. Roberto estaba en la cocina, sentado desnudo junto al ventanal, con un vaso de whisky en la mano y con la mirada perdida. Ni siquiera me miró cuando me acerqué.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Qué haces ahí, Roberto? —intenté suavizar el tono de voz para no encabritarle mucho porque estaba verdaderamente asustada.

—¿Y a ti qué es lo que te pasa? ¡Estoy meditando, punto! De vez en cuando me viene bien. Vuélvete a la cama y déjame en paz.

—Esto ya es demasiado, eh. ¡Esto ya no hay quien lo aguante! —le recriminé, empezando a perder la compostura

—¿Te estoy molestando acaso? —trataba de defenderse como podía.

No, no es que me estuviese molestando allí en silencio. Lo que pasaba era que me tenía acojonada perdida con su actitud, perdón por la palabra. De esa manera, me iba a ser muy difícil ya coger el sueño, pese a lo cual volví a la cama y me tapé hasta la cabeza con el edredón.

Abrazada a la almohada, me eché a llorar como un gatito asustado. Aquello estaba llegando a su fin. No tenía ya fuerzas para tratar de ayudarle y reflotar lo nuestro, si es que eso era todavía posible.

Había perdido absolutamente toda la ilusión por la relación. Me daba cuenta de que no se trataba solo del problema del alcoholismo, que le tenía atrofiado el cerebro, como él mismo decía muchas veces.

Más allá de eso, estaba casada con un hombre absolutamente atormentado, egoísta, arrogante, prepotente, intolerante, machista y con un genio que cualquiera...

Debía ponerme en marcha, pero no sabía cómo hacerlo porque estaba segura de que, si le planteaba la separación, iba a montar en cólera. Miedo, no, terror...

—Pues de eso nada, hija —era mi padre quien trataba de aliviarme la angustia—. Bueno está ya lo bueno. Mañana mismo vamos al despacho de Aurelio y que vaya preparando la documentación, tanto si le gusta a tu marido, como si no.

Aurelio había sido el abogado de confianza de la familia desde siempre. Lo tenía decidido. Iba a separarme de Roberto, iba a poner fin al calvario y estaba segura de que no tardaría en conseguir el divorcio, habida cuenta de que entre nosotros no había mucho que repartir.

Ni mucho ni poco, puesto que el piso era suyo y ni teníamos ahorros ni nada por el estilo (aparte de que nos habíamos casado con separación de bienes), tan solo teníamos en común una pequeña hija, cuya pensión alimenticia y horarios de visitas quedarían recogidos en un convenio regulador, siguiendo el protocolo habitual en estos casos.

Sin embargo, mis sueños de libertad y de comenzar a respirar se quedaron congelados en el tiempo, sin oportunidad alguna de llegar a pisar el despacho de Aurelio al día siguiente.

Lo supe de inmediato en cuanto aquella misma noche llamaron a la puerta y vi a través de la mirilla a una pareja de la Guardia Civil. Casi se me sale el corazón por la boca de la impresión.

—Buenas noches. ¿Es usted la mujer de Roberto Beltrán?

—Sí, soy yo. ¿Qué le ha pasado a mi marido!?

Recuerdo que me temblaban una barbaridad las piernas. Creí por un momento que iba a caerme al suelo. Estaba consternada.

Roberto había salido con las llaves de la moto para “dar un paseíto por ahí para que me dé el aire”, lo cual había dado pie a otra buena tangana entre nosotros, pues le veía bastante achispado y traté de retenerle, temiéndome que se metiese un piñazo con la dichosa moto.

Salió por la puerta con el casco en la mano y, ahora, quien aparecía por casa era...

—¿¡¡Qué pasa!!? —repetí atacada.

—Señora —habló el más joven—, su marido ha sufrido un accidente de moto.

—Pero ha falle...

—No —me interrumpió —, su marido no ha fallecido, pero está bastante grave en el hospital.

—¡¡¡¿Va a morir?!!!

—Lo sentimos mucho, señora, pero no podemos darle más datos. Si quiere, podemos acompañarla al hospital. Es lo único que podemos hacer por usted ahora mismo.

Automáticamente pensé en Valentina, que dormía en su habitación tranquilamente. Estaba atada de pies y manos, puesto que no era plan de agarrar a la niña del tirón y salir escopetada con ella para el hospital.

—Muchas gracias, váyanse, que ahora enseguida voy yo en un taxi.

Tenía una parada debajo de casa, de manera que me quité el pijama a la carrera, me vestí con lo primero que pillé en el armario y telefoneé a mis padres.

Les pedí que viniesen urgentemente, que ni siquiera iba a esperar a que llegaran, y es que llamé a la puerta de Lola, la vecina de enfrente, para que se quedase en mi casa al cargo de Valentina hasta que ellos pudieran aparecer por allí.

El trayecto hasta el hospital se me hizo eterno. No sabía qué me iba a encontrar al llegar, pero desde luego que nada bueno, eso sí que lo tenía clarísimo...

Capítulo 17



Fractura de tibia y peroné de la pierna derecha, fractura del codo derecho y cerca de dos meses en coma, que fue lo peor del diagnóstico. Ese fue el resultado del accidente de tráfico de Roberto que a punto estuvo de costarle la vida.

Corría el mes de mayo y tuve que pedir las vacaciones anticipadas en el trabajo porque estaba muy estresada, sobre todo los primeros días, en que ni siquiera los médicos sabían a ciencia cierta qué iba a ser de él.

La cuestión era bastante delicada, aunque no por las roturas de huesos, como es natural, sino por los daños cerebrales. Es evidente que todos tenemos el destino marcado.

De haber llevado el casco puesto, posiblemente las consecuencias para mi marido hubieran sido menos graves, pero estaba escrito que las cosas ocurriesen así.

Al parecer, Roberto había llegado con él hasta el Puerto de Mazarrón, donde había quedado con un compañero y donde se tomó con él un par de cervezas más.

A la hora de volver, echó de menos el casco, según el relato de Ismael, el colega. Había bastante gente allí dentro, por lo que supuso que se lo habían robado en un descuido al ir al baño o algo así.

Maldiciendo si tenía que maldecir, salió del bar y se montó en la moto para poner rumbo a casa.

—Estás loco, tío, ya no es solo que te mates, sino que como te pillen por ahí, te crujen —le advirtió el amigo, según me contó luego en el hospital.

—Quédate tranquilo que no va a pasar nada. Tampoco voy tan lejos.

—En serio, Roberto, ¿no sería mejor que te fueses en un taxi y que mañana vuelvas como sea a recoger la moto?

—De eso nada. A “mi niña” no la dejo yo aquí ni borracho —le contestó.

“Ni borracho” ... qué ironía en sus palabras. Al final, mis peores presagios se habían cumplido; la moto iba a ser su ruina, y ahí estaba, en la UCI, sin conocimiento y con medio cuerpo descalabrado.

Lo pasé francamente mal por aquel tiempo, sin saber en qué iba a terminar aquella desgracia. No tenía ningún modo de contactar con sus tíos de Barcelona para comunicarles lo ocurrido, mucho menos con su hermana Teresa esa mujer consagrada a las misiones en Perú, a quien todavía ni siquiera conocía.

Roberto, siempre tan reservado, tenía una clave en su móvil que yo no me sabía y ni cristo fue capaz de darme una sola pista para contactar con alguno de los suyos. De todas formas, para ser honesta, tampoco ahondé mucho en ese asunto, pensando que de poco me iba a servir poner a nadie en sobre aviso.

El día que mi marido por fin abrió los ojos, comencé a ver algo de luz al final del túnel, aunque aún daba miedo verle allí en la cama con tanto tubo, cableado y vendaje, por no hablar de esa cara hinchada, con la mirada muerta. Era como cualquiera de los zombis del mítico “Thriller” de Michael Jackson.

Todavía hubo de pasar un tiempo considerable, lógicamente, hasta que le dieron el alta y pudo abandonar el hospital. ¿Qué puedo decir de esa nueva etapa? ¿Cómo resumirla para no agobiaros demasiado con aquella agonía?

Si Roberto ya tenía por naturaleza un carácter de armas tomar, imaginaos en qué clase de persona llegó a convertirse cuando se vio allí encerrado en casa, dolorido perdido, en silla de ruedas y totalmente dependiente de mí.

Mala la lesión del codo y peor la de la pierna operada, con la placa y los clavos. Era impresionante verle tanta cicatriz desde media pierna hasta casi el tobillo.

Tuvo que volver a aprender a andar, pasito a pasito y con mucha paciencia. Quienes hayan vivido su misma experiencia podrán entender mejor todo lo que cuento. Roberto estaba de un humor de perros, absolutamente insoportable.

Una tarde, al coger un chándal para ayudarlo a vestirse y montarlo en la ambulancia que le llevaba a diario a las sesiones de rehabilitación, noté como un bulto en el bolsillo del pantalón.

Metí la mano y me encontré un folio bien doblado hasta quedar casi del tamaño de una cajita de anillos. Lo abrí y reconocí de inmediato su letra.

“Supe desde la primera vez que te vi de tu magia y que siempre estaría ahí, no me preguntes la razón.

Sabes que vivo desde entonces encadenado a tu ser.

Sé de tu alma sedienta y de tus labios callados por orgullo.

Sabes de mi boca sellada por no delatar al corazón, pero cuando el brillo de mis pupilas te abraza, lo desnuda a gritos.

Tú y yo seguimos inmersos en un juego que a ambos nos da vida, emociones impresas en una misma cara de la moneda.

, Sé que por eso estás ahí, sabes que por eso sigo aquí; porque ni yo abrigo ya la esperanza de los dulces besos ni tú encontraste en el vuelo dónde anidar.

Pocos entenderían que tú y yo nos podamos entender todavía, pese a esgrimir distintas armas.

a Tú me conoces como nadie y yo sé lo que esconde esa coraza tuya, y es que ante mis ojos no logra ocultar los latidos de un espíritu noble siempre a la defensiva.

Hoy no preciso más que aturdirme entre esos cielos cobrizos del atardecer, perderme en esos ratos imaginarios de hechizantes espinas y placer a capricho.

Dame tus alas y volaré lejos, corazón, que supe desde la primera vez que te vi de tu magia y, al sentir que sigue . ahí, no me hace falta más amor...”

Enseguida entendí lo que estaba pasando. Era una nueva carta, escrita aún a bolígrafo, que no había tenido tiempo de llegar a mis manos. ¡Qué locura, Dios mío! ¡Y yo acusando a Alan todo el tiempo!

—¿Pero qué clase de paranoia es esta? —Almudena no podía creer lo que estaba leyendo cuando se la enseñé.

—Pues mira, esto es un trastorno mental impresionante que te puede servir para una novela de las tuyas, pero de terror.

—Y que lo digas, chica, ¡qué yuyu! Deja que se entere Soraya...

—O mi hermana Raquel, que dice que estoy casada con el doctor Jekyll.

—Además de verdad, con la diferencia de que tu marido no necesita ni beber para convertirse en Hyde. Tú ya llevas mucho tiempo viviendo con el Hyde.

—Ahora me da vergüenza cuando pienso en Alan, Almudena. Hay que ver cómo lo puse cuando me encontré con la primera carta en el buzón.

—Ya, hija, pero quién lo hubiera imaginado entonces, aunque luego me dio por sospechar que esas cartas te las escribía tu marido, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo, sí, que me dijiste que quizás las escribiera en su despacho. Lo que pasa es que esta ya no le dio tiempo a pasarla al ordenador.

Esa era la última de una docena aproximadamente, aunque no haya expuesto las últimas por aquí, puesto que se trataba de algo a lo que me había acostumbrado y había dejado de dar importancia.

Carta que caía en mis manos, carta que leía de carrerilla e iba a parar a la basura hecha pedazos, sin darle más vueltas.

—¿Qué vas a hacer ahora que lo has descubierto? —me preguntó Almudena.

—¿A qué te refieres?

—A todo.

—No estoy ahora para pensar mucho en nada, corazón. El tiempo dirá.

Pero hay cosas que no se pueden dejar en manos del tiempo, claro. Con el paso de los meses, Roberto fue mejorando de sus lesiones, aunque su cerebro continuaba completamente estancado, quiero decir que seguía siendo el mismo ser alcohólico y amargado que parecía dispuesto a atormentar mi vida hasta el infinito y más allá cada vez con más saña.

La situación era ya absolutamente insoportable, de modo que cuando al cabo de ocho o nueve meses del accidente se encontró bastante recuperado, retomé mi proyecto de separación.

Por supuesto que se lio la del dos de mayo en casa al saber que quería dejarle, pero ya de nada le iba a servir el recurso del pataleo ni los gritos ni las amenazas.

Diré más. Me faltó el tiempo para agarrar las maletas y plantarme con Valentina en casa de mis padres provisionalmente, hasta que encontrase un nuevo techo para mí y para ella.

Por su parte, habló con su hermana y consiguió traérsela una temporada. Pobre de ella como se quedara mucho allí con él, pensé, pero eso no me incumbía. Allí penas.

A mí lo que me más me angustiaba de mi separación era pensar en esos fines de semana que a Roberto le correspondiese por ley quedarse con nuestra niña.

—No te preocupes ahora por eso, Andrea —Aurelio, el abogado de mis padres, trataba de tranquilizarme —, tu hija es muy pequeña todavía y en estos casos no suelen pernoctar con el padre.

—Si fuese un hombre normal no me importaría en absoluto, pero me da pavor que se la lleve todo un fin de semana. Qué horror, es que no lo quiero ni pensar...

—Te repito que te olvides de eso. Ahora bien, a medida que la peque vaya creciendo, las cosas también irán variando en ese sentido, pero no adelantemos acontecimientos.

—Desde luego, porque está visto y comprobado que la vida te puede cambiar completamente en un segundo, si no, que se lo digan a Roberto.

—Además, no sería el primero al que se le pone un detective para demostrar su adicción al alcohol, con el consiguiente peligro para el menor, y retirarle el derecho a llevárselo.

—Ya lo imagino.

—Por eso te digo que te relajes, que todo se irá poniendo en su sitio, mujer

Así fue. Poco a poco, comencé a respirar, gracias en gran parte gracias a la ayuda de mis padres al principio, aunque no estuve ni siquiera dos meses en su casa.

El primer día que me encontré por allí con Alan fue un flas. El pobre me miró como un poco desconcertado y sin atreverse siquiera a saludarme. Lo mismo se pensó que era capaz de sacudirle un guantazo, por lo que tomé yo la iniciativa.

—Buenas tardes —fue un simple saludo cordial que debió pillarle de sorpresa, a juzgar por la expresión.

—Buenas tardes, Andrea —me contestó un tanto cortado.

La segunda ocasión fue distinta, y es que se ve que Alan no quiso desaprovechar la oportunidad para indagar un poco.

lí

—Buenas tardes, Andrea, qué sorpresa el verte nuevamente por aquí —añadió esa coletilla a su saludo.

—Bueno, cosas de la vida, tú sabes. Voy a estar por aquí un tiempecillo hasta que encuentre algún pisito para mí y para mi hija.

No se necesitaban muchos más datos para deducir que me había separado de mi marido.

—Vaya, bueno... sea como sea, la vida sigue. Mucho ánimo, Andrea. Por cierto, a la niña la vi la semana pasada

con tu madre. Está preciosa.

—Sí, es una muñequilla, aunque tiene mucho carácter, no creas.

Alan me sonrió. Nos despedimos y salió del portal empujando su carro. Un par de días más tardes me escribió por wasap, cosa que me dejó con la boca abierta.

—Hola, Andrea. Ante todo, perdona mi atrevimiento, pero me gustaría tomar un café contigo si fuese posible. Si no te apetece, lo entenderé perfectamente.

—Me encantará tomar ese café contigo —le contesté sobre la marcha—. Me vendrá bien salir un poco de casa y hablar. Además, creo que te debo una buena explicación.

—No es necesario remover nada del pasado, en serio.

—Bueno, ya veremos, pero cuenta con ese café. ¿Te parece bien mañana sábado por la tarde?

—Me parece perfecto. ¿Dónde quedamos?

—Aquí mismo en el bar de enfrente de mi casa, a eso de las siete, ¿cómo lo ves?

—Genial, Andrea, allí estaré.

Parecía mentira que todavía le quedasen ganas de hablar conmigo de nada, después de todo lo que había pasado entre nosotros, cosa que, por cierto, él no tenía nada clara todavía.

Pero como siempre, puntual como un clavo, allí estaba el sábado a las siete de la tarde, en el mismo lugar donde tomamos juntos nuestro primer pisolabis.

con tu madre. Está preciosa.

—Sí, es una muñequilla, aunque tiene mucho carácter, no creas.

Alan me sonrió. Nos despedimos y salió del portal empujando su carro. Un par de días más tardes me escribió por wasap, cosa que me dejó con la boca abierta.

—Hola, Andrea. Ante todo, perdona mi atrevimiento, pero me gustaría tomar un café contigo si fuese posible. Si no te apetece, lo entenderé perfectamente.

—Me encantará tomar ese café contigo —le contesté sobre la marcha—. Me vendrá bien salir un poco de casa y hablar. Además, creo que te debo una buena explicación.

—No es necesario remover nada del pasado, en serio.

—Bueno, ya veremos, pero cuenta con ese café. ¿Te parece bien mañana sábado por la tarde?

—Me parece perfecto. ¿Dónde quedamos?

—Aquí mismo en el bar de enfrente de mi casa, a eso de las siete, ¿cómo lo ves?

—Genial, Andrea, allí estaré.

Parecía mentira que todavía le quedasen ganas de hablar conmigo de nada, después de todo lo que había pasado entre nosotros, cosa que, por cierto, él no tenía nada clara todavía.

Pero como siempre, puntual como un clavo, allí estaba el sábado a las siete de la tarde, en el mismo lugar donde tomamos juntos nuestro primer pisolabis.

Capítulo 18



Nos dimos un cariñoso abrazo al encontrarnos en la cafetería. Recuerdo que Alan llevaba esa tarde un *outfit* de lo más mono y juvenil. Además, desde la distancia corta, me pareció que estaba más fuerte, no sé, como más cachas.

—Bueno, supongo que es lo que tiene el matarse a diario con las mancuernas y todas esas máquinas del gym — fue su respuesta cuando le hice la observación.

—Ah, ¿pero estás yendo al gimnasio?

—Claro.

—Ufff, vaya pregunta estúpida la mía, ¡si me lo acabas de decir! Qué guay, yo también tengo ganas de apuntarme a uno. Desde que nació Andrea no he recuperado el tipo, pero ando muy enredada.

—Anda ya, mujer, no digas eso. Yo te veo igual de bien que siempre.

—Pues que Dios te conserve la vista, porque...

—Hay que ver cómo sois las mujeres. Con el embarazo, los cuerpos cambian, pero supongo que compensa. Me refiero a que merece la pena sacrificar un poquito esa parte para convertirse en madre, ¿no?

—Ya, aunque algunas lo tienen mucho más fácil, si no, fíjate por ejemplo en Elsa Pataky o Pilar Rubio, que da gusto verlas después de varias barrigas. Es como si nunca hubiesen parido. Qué fuerte.

—Nos ha fastidiado. Claro, pero piensa que esas mujeres con tanta pasta tienen todo el día un entrenador personal pegado a los talones, desde el mismísimo momento en que se quedan embarazadas.

—Cierto, y lo de comerse un plato de cocido como me he comido yo hoy en casa de mis padres, ni en sus mujeres sueños.

—Tú lo has dicho, pero vamos, que se ve que a ti no te engorda ahora mucho lo que comes, porque yo te veo más delgada que nunca, Andrea. ¿Todo bien?

—Ay, señor...—suspiré.

Le conté por encima como pude lo que había sido mi vida de casada, quitándole hierro a las cosas más graves. Conste que no lo hacía por orgullo, sino que me avergonzaba entrar en los detalles más escabrosos.

—...Y nada, aquí estoy otra vez por estos lares. Supongo que todo se paga en la vida, que el karma me está pasando factura...dije a modo de broche de la historia.

—¿Por qué dices eso, chiquilla?

—Sé que lo hice mal contigo, Alan, y lo siento mucho.

—Da igual, lo hecho, hecho está. Te quedaste con eso de que yo tenía una amante y tal y no me dejaste explicarme, pero me gustaría que sepas que...

—Por favor —le pedí—, déjalo, ya no tiene sentido darle vueltas al asunto. Perdóname tú, porque lo hice fatal contigo después.

—Eso. Nunca entendí a santo de qué vinieron luego esos wasaps tuyos tan hirientes, pero bueno, que ya da lo mismo también. Pasado, pasado está, ¿vale? ¿Amigos?

Me dio el subidón con aquella propuesta que remató con una sonrisa de oreja a oreja. Y ya no quise siquiera explicarle lo de las cartas. Era otro asunto bochornoso de mi matrimonio, mejor dicho, del trastornado de Roberto. Tal vez se lo contase más adelante, pero no en ese momento.

—¡Amigos! —alcé mi mano y la choqué en el aire con la suya.

—Pero que Noelia es mi prima, eh, tenlo claro.

Esa era otra historia que no me importaba ya un bledo. A decir verdad, para mí era un alivio deshacer la tensión con él y saber que podríamos tener una sana relación de amistad.

Estaba en un momento de mi vida en que me sentía un poco sola. Tampoco es que me sobrase mucho tiempo libre para el ocio entre el trabajo, el papeleo del divorcio, la niña, el terminar de sacar todas mis cosas y las suyas de la casa de Roberto...

Alan también andaba un poco liadillo por entonces porque se había puesto a estudiar Fisioterapia por la UNED. Me quedé sorprendida cuando me lo contó.

—¿Cómo es que te ha dado por ahí? —le pregunté intrigadísima.

—Ya ves. Me aburría cuando te marchaste... jejeje.

Ni pizca de rencor en sus palabras ni en su rostro. Todo lo contrario. Cuánta ternura derrochaba hablando aquel hombre al que traté a puntapiés en los últimos tiempos de nuestra relación.

Parecía como si nada hubiese ocurrido entre nosotros. Después de merendar, decidimos ir a dar una vuelta por el parque.

—Espérame aquí —le pedí—. Subo un momento a recoger a Valentina y enseguida bajo.

—Tranquila, no te me vayas a dar un tropezón por las escaleras y te hagas un esguince, jejeje.

Aquel comentario fue un emotivo guiño al pasado, en memoria del modo en que nos conocimos en las escaleras de mi bloque.

—Qué simpático tú, ¿no? —le solté en plan cariñoso.

—Bueno, tal vez no sea la alegría de la huerta, pero tampoco me tengo por un “malaje”, como diría un andaluz.

Me hizo mucha gracia esa salida suya. De hecho, subí las escaleras riéndome.

—¿Dónde vas tan contenta? —me preguntó mi madre, que estaba en el sofá con Valentina sobre sus rodillas, haciéndole mimitos.

—A buscar a esta renacuaja, que me la llevo a dar una vuelta por el parque.

—Ah, muy bien, pues toma, toda tuya ¿Vas con Alan o ya se ha ido?

—Sí, voy con él, cotilla —le confirmé de buen rollito para contentarla, y es que sabía que a mi madre le agradaba mucho mi amistad con él. Siempre le gustó aquel hombre.

Peiné un poco a mi peque, le eché colonia y me la llevé. El caso es que con sus apenas dos añitos y medio

enseguida se cansó de andar, pero Alan se hizo cargo de ella cogiéndola en brazos.

—Qué graciosa es. Parece una Andrea en miniatura —repitió varias veces durante el paseo. Buena manera de piropearla a una indirectamente, pensaba yo.

Me dieron las tantas esa noche sin poder coger el sueño, dándole vueltas en el pensamiento a lo que había sido mi vida durante los últimos años; al modo en que me engatusó Roberto, a la locura que viví dentro de aquel lujoso piso que terminó convirtiéndose en una cárcel de oro. Peor aún: en una especie de celda de castigo. A lo mal que lo hice con Alan a cuenta de las dichas cartas.

A todo eso y muchas cosas más. No obstante, como bien decía él, el pasado, pasado está, y era hora de encarar el futuro con fuerza. Por el momento, una de mis prioridades era encontrar piso.

No es que estuviese incómoda en casa de mis padres, todo lo contrario, pero deseaba comenzar cuanto antes mi vida en solitario, que yo me conozco. Si paso mucho tiempo allí, me acomodo y ya luego me cuesta un potosí arrancar.

Hubiera preferido poder comprar directamente una casita para Valentina y para mí, pero no tenía ahorrado ni un euro, de manera que la compra tendría que esperar.

Me dediqué a rastrear todos los portales inmobiliarios hasta dar con un acogedor apartamento de dos dormitorios. No era muy grande, pero tampoco necesitaba más para nosotras dos.

Además, estaba muy bien de precio y bastante cerca de la casa de mis padres, en el mismo barrio, lo cual le sumaba puntuación.

Tan solo tendría que esperar diez o doce días para poder mudarme a mi nueva vivienda; el tiempo justo para que los propietarios, que se marchaban a vivir a Tarragona, terminasen de desalojarla y le dieran un pintadito para entregármela en condiciones.

—Vaya, así que vamos a seguir teniéndote cerquita, por lo que veo... —a mi vecina Rocío parecía agraderle también la idea.

—Pues sí. Ahora vais a verme bastante por aquí.

—Oye, ¿y qué sabes de tu capitán?

—Poca cosa, la verdad. La última vez que fui con mi padre a sacar cosas de allí, no estaba.

—Ah, ¿pero tú sigues teniendo las llaves de su casa?

—Qué va. Menudo es. Nos abrió Teresa, su hermana.

—Oye, y que digo yo, ¿esa mujer qué pensamiento tendrá?, ¿estar una temporada ahí con él y luego marcharse o qué? Porque digo yo que también tendrá hecha su vida en Perú.

—Ni lo sé ni me importa, la verdad, pero vamos... Conociéndole, te digo yo que no le va a aguantar mucho.

—¿Qué tal va de lo suyo?

—Bueno... tirando, tú sabes. Aún anda con muletas. Lo que me fastidia es que pase totalmente de su hija. Ni una llamada para preguntar por ella, ni un mísero wasap, ¿te lo puedes creer?

—Qué pedazo de sinvergüenza.

—Oye, y lo de vuestro divorcio, ¿qué?

—Pues mira, ya está presentada la demanda en el juzgado. Ahora solo queda esperar a que nos llamen para ratificar y que salga la sentencia. Dice Aurelio que cree que va a ir todo rapidísimo.

—Menos mal, hija.

—Sí, suerte que este no puso ninguna pega a las condiciones de lo de la niña, me refiero a lo de la pensión alimenticia y las visitas. Es como que pasa absolutamente de todo, ¿sabes?

—Y tanto que has tenido suerte, porque hay muchos que, aunque solo sea por fastidiar a su contrario, se meten en un contencioso de esos que tardan una eternidad en resolverse. Bueno, muchos y muchas, que también hay algunas que vaya tela...

—Cómo lo sabes...

“Piano, piano”, como dirían los italianos. Con calma, todo iría colocándose en su sitio. De momento, les tocaba el turno a mis bártulos y a todos los de mi peque, en aquel nuevo pisito en mi barrio de toda la vida.

Parece mentira la cantidad de trastos que podemos llegar a almacenar en una casa. Solo nos damos cuenta de ello a la hora de la mudanza, cuando toca vaciar armarios, cajoneras, altillos, etc.

Sé que tengo muchísimas prendas de ropa y tropecientos mil pares de zapatos, pero mi hija no se quedaba atrás. Aparte de la cantidad de cositas que yo le compraba (me chifla la ropita de bebé), mi madre y mi hermana siempre estaban con los regalitos para ella.

No hacía falta que fuese una fecha señalada para que entraran por la puerta con un abrigo nuevo, unas mini zapatillas deportivas o un vestidito de esos con volantitos, tiras bordadas y abalorios, que saben que tanto me gustan. Con todo lo que sumábamos entre Valentina y yo, bien podríamos haber montado un mercadillo completo

Y de los juguetes ya ni hablamos. Todos los años, en las campañas de recogida para los niños menos favorecidos que suelen hacer las asociaciones benéficas, dono sacos llenos de muñecas, cochecitos y toda clase de cachivaches, prácticamente nuevos.

Alan, con quien ya me había visto para entonces en varias ocasiones, enseguida se ofreció a ayudarme con su coche a dar portes con aquel montonazo de maletas, cajas y bolsas, un gesto muy de agradecer.

Cuando por fin lo tuvimos todo bien colocado en mi nuevo pisito, me asaltó una extraña sensación, mezcla de felicidad y “temor”. A ver, quizás no me estoy explicando bien.

No es que me agobiase el tener que comenzar una nueva etapa en solitario, solo que habría de acostumbrarme a un modo de vida completamente diferente...

Sé que tengo muchísimas prendas de ropa y tropecientos mil pares de zapatos, pero mi hija no se quedaba atrás. Aparte de la cantidad de cositas que yo le compraba (me chifla la ropita de bebé), mi madre y mi hermana siempre estaban con los regalitos para ella.

No hacía falta que fuese una fecha señalada para que entraran por la puerta con un abrigo nuevo, unas mini zapatillas deportivas o un vestidito de esos con volantitos, tiras bordadas y abalorios, que saben que tanto me gustan. Con todo lo que sumábamos entre Valentina y yo, bien podríamos haber montado un mercadillo completo.

Y de los juguetes ya ni hablamos. Todos los años, en las campañas de recogida para los niños menos favorecidos que suelen hacer las asociaciones benéficas, dono sacos llenos de muñecas, cochecitos y toda clase de cachivaches, prácticamente nuevos.

Alan, con quien ya me había visto para entonces en varias ocasiones, enseguida se ofreció a ayudarme con su coche a dar portes con aquel montonazo de maletas, cajas y bolsas, un gesto muy de agradecer.

Cuando por fin lo tuvimos todo bien colocado en mi nuevo pisito, me asaltó una extraña sensación, mezcla de felicidad y “temor”. A ver, quizás no me estoy explicando bien.

No es que me agobiase el tener que comenzar una nueva etapa en solitario, solo que habría de acostumbrarme a un modo de vida completamente diferente...

Capítulo 19



Mis citas con Alan eran cada vez más frecuentes. Tal vez penséis que íbamos muy rápido, que yo acababa de salir de una historia tormentosa y que, por tanto, lo normal sería que todavía no tuviera ganas ni de mirarme al espejo, pero lo cierto es que me encontraba muy bien en su compañía.

Mejor dicho, nos encontrábamos súper a gusto el uno con el otro. De hecho, empezaba a contemplarle con otros ojos, quiero decir que no como a un simple amigo.

Podía poner mi mano en el fuego por que él también sentía lo mismo que yo y que si no se había lanzado aún a insinuarse ni a darme un simple beso, era por falta de valor, no de ganas, de manera que al final tuve que ser yo quien diera el primer paso.

Fue una noche de viernes al dejarme en mi portal, después de ir al cine y cenar en un restaurante argentino. Valentina se había quedado a dormir con su tía Raquel, quien bebía los vientos por su sobrina.

—Además, así me voy acostumbrando a lo que es acostarse y levantarse con niños en casa —me dijo, cuando ella misma se ofreció a quedársela para que saliese a disfrutar un poco por ahí.

—Sí, sí, pero no te creas tú que lo que te vas a encontrar esta noche es lo que hay, que, aunque Valentina ya duerme como Dios manda, bien sabes lo que he pasado con ella cuando era bebé...

—Y tanto que lo sé, pero... hija, no me digas eso, que a lo mejor yo tengo más suerte que tú en ese aspecto.

—Ojalá, hermanita.

Efectivamente, Raquel ya estaba embarazada por aquellos días de su pequeño Darío; un bebé muy deseado pero que tardó un poco en llegar al mundo, tras la boda de sus padres.

Volviendo a lo que íbamos; Alan paró el coche en doble fila delante de mi portal para que me bajase.

Aunque fue un beso premeditado por el camino, debió tomárselo como un gesto espontáneo, en vista de mi manera de actuar: agarré la manivela de la puerta para abrirla y salir, momento en que giré rápidamente la cabeza y le planté un beso corto, pero muy pasional. Así sin más. Nada de miraditas previas ni cosas por el estilo.

—Ea, ya está hecho. ¿Estás contento? —le pregunté en plan guasona total, pues ni que si fuese él el único que estuviera deseándolo.

—Más que una suegra aprendiendo brujería —me contestó con una sonrisilla.

Casi me parto de la risa con su respuesta. Por alguna extraña razón, en los últimos tiempos, Alan había desarrollado un cachondísimo sentido del humor. Se mostraba como una persona más abierta, más alegre, más divertida, no sé... pero me estaba enganchado por minutos.

Aparte, lo que ya comenté sobre lo del físico: estaba hecho un macizorro total. Siempre había sido un hombre bastante guapo, eso ya lo expliqué al principio de esta historia, pero con el tiempo, en conjunto, resultaba todavía mucho más atractivo, con ese cuerpazo y la perillita tan sexy que se me había dejado.

Sin embargo, no había vuelto a tener pareja desde que cortamos, según me contó. Se había centrado por completo en su trabajo y en sus estudios y de ahí no había quien le moviera.

Por supuesto que ya había ampliado su círculo de amistades y conocía a muchísima más gente, sobre todo gracias al gimnasio, pero no había tenido siquiera ni un rollete. Le creí. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Bueno, hablamos, ¿vale? —le dije a modo de despedida, al bajarme del coche.

—Por supuesto. Buenas noches, cielo.

—Buenas noches, guapetón —ya no me corté ni un pelo en soltarle el piropillo.

Subí entusiasmada en el ascensor. ¿Era posible? Todavía no tenía el divorcio de Roberto y estaba comenzando un pasteo... ¡con mi exnovio!

Aunque pueda dar la impresión de ser tonta de remate, esa rapidez era algo que chocaba un poco en mi cabeza, hasta que un día me topé con un post de esos que circulan por ahí por el Face, que me abrió los ojos.

No lo tengo ahora a mano para ponerlo literalmente, pero venía a decir, en resumen, que cuando se sale de una relación que ha durado bastante tiempo, la gente del entorno espera que te tires asimismo una buena temporada como si estuvieses de luto, poco más o menos que llorando por los rincones y sin que se te ocurra salir con nadie.

Continuaba explicando quien lo subió que lo que no sabe esa gente es lo que tuviste que soportar en tus carnes, el tiempo que te tiraste padeciendo junto a aquella persona de la que te has separado, tras esperar ni se sabe cuánto, confiando en que las cosas cambiaran en la relación.

Por consiguiente, nadie es quién para opinar, ni hay que sufrir por el “qué dirán” ni guardar luto a nadie. Si de repente aparece alguien en tu vida que te entusiasme, adelante. Déjate llevar sin temores, aconsejaba el autor del texto.

Y si la nueva historia te sale bien, estupendo. Si no, por lo menos te diste una oportunidad de ser feliz que bien te merecías. El luto, para los muertos, era el colofón de tan interesante reflexión.

Cuánta razón tenía quien lo había publicado, pensé. Y no solo yo lo veía así, sino miles y miles de personas más que se lo aplaudían y comentaban sus experiencias a pie del post.

Esa misma publicación me animó a dar el siguiente paso. Al día siguiente por la mañana, llamé a Raquel para preguntarle si le importaría quedarse de nuevo con mi niña.

—En absoluto, ¿por? ¿Piensas irte por ahí de finde o qué?

—No, no es eso, solo que me gustaría volver a cenar con Alan esta noche y...

—Ainsssss, qué brujilla estás hecha.

—Jo, Raquel, no me digas eso que me acomplejas.

—¿Estás tonta o qué te pasa? Parece mentira que todavía no me conozcas. Te lo he dicho en plan cariñoso. Estás en todo tu derecho de hacer lo que te plazca con tu vida, que bastante has pasado ya con el sinvergüenza aquel.

—¿Cuento contigo entonces?

—Por supuesto, Andrea. Yo encantada de tener aquí a mi sobri, ya lo sabes.

—Muchísimas gracias, hermanita. Ahora en un rato voy a recogerla para que no te canse mucho y te la devuelvo : última hora de la tarde.

—De eso nada, guapa, a la niña no me la quitas ahora. Tú relájate, tómate el día libre y haz lo que te apetezca.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Raquel.

—Déjate de agradecimientos. Ya te tocará a ti también hacerte cargo cuando sea de tu sobrino.

—No lo dudes, cariño.

A continuación, le escribí a Alan un wasap para proponerle lo que me traía entre manos: una cena en casa que me encargaría personalmente de preparar, con la que deseaba agradecerle su ayuda con la mudanza y otros tantos favores posteriores en los que no voy a entrar ahora.

Pareció sorprendido con lo que le ofrecía, pero también encantado con la idea.

—Perfecto. Allí nos veremos. Yo llevaré una botella de vino y algo de postre.

—El postre no es necesario —le advertí, pues ese ya lo tenía yo previsto en mi imaginación, pero bien me encargué de callármelo.

Empezaba a sentirme la mujer más dichosa en mi nueva etapa con Alan. La vida comenzaba a sonreírme.

Atrás quedaron la amargura y las noches y más noches de insomnio al lado de otro hombre que al final me demostró ser solo fachada y no tener ningún tipo de escrúpulos, ni siquiera con su hija, que llevaba su propia sangre.

Por no ser, Roberto no era ni buen amante, al menos por méritos propios, y es que al final me enteré de que también tomaba Viagra, cosa que a veces sospechaba.

Lo descubrí sin querer, haciendo la cama un día, al ir a darle la vuelta al colchón para ponerlo por la cara de verano.

Allí, entre el colchón y el canapé, tenía escondida la caja de pastillitas azules que le daban ese vigor y esa resistencia tan escamante con la que me volvía loca al principio, pero no quiero volver ahora a hablar de él...

Pasé gran parte del sábado atareadilla, aunque la mar de tranquila, haciendo las cosas a mi ritmo sin tener que estar pendiente de mi pequeña Valentina.

Por la mañana me dediqué a poner a punto la casa y luego, a media tarde, bajé al supermercado a comprar los ingredientes para la cena: ensaladilla de pulpo (un plato que le encantaba a Alan) y pescado al horno.

Una vez que tuve más o menos controlado todo lo del papeo, me metí en el baño y me arreglé igual que si fuésemos a salir por ahí de fiesta: bien peinada, maquillada y perfumada, con unos taconazos de los míos, un vestido ajustado súper sexy y un conjunto de ropa interior de encaje rojo, mucho más sexy aún.

Para no variar, el guapo segoviano apareció con puntualidad británica a las nueve de la noche. Alan venía con la consabida botella de buen vino en una mano y una rosa roja en la otra, un romántico detalle que me encantó.

A veces me pregunto qué habría pasado con lo nuestro, de haber sido esa la misma persona con la que me topé tres o cuatro años atrás. Quiero decir que alucinaba con su transformación, era otro totalmente, un ser que se había pulido a todos los niveles.

El Alan con el que me encontré tras salir huyendo despavorida de las garras de Roberto era un hombre realmente encantador, lo mirase por donde lo mirase.

No me explicaba cómo era posible que todavía estuviese soltero sin ningún tipo de compromiso, pero las circunstancias eran las que eran y, visto lo visto, jugaban a mi favor.

Para la ocasión, me esmeré en que el salón resultase lo más acogedor posible, con la suave música sonando de fondo, luces tenues e indirectas y centrando la atención en la decoración de la mesa, con un bonito mantel, un monísimo centro de flores y un par de porta velas en los extremos, cuyas velitas encendí en el momento en que Alan llamó al telefonillo.

Aquella fue una cena súper íntima y regada de expectación, que derivó en eso mismo que seguro estaréis pensando.

Después de pasar un buen rato charlando relajadamente de todo en el sofá mientras apurábamos la botella de vino le propuse quedarse a dormir conmigo, abriéndole la puerta a lo que quisiera.

—¿Estás segura, Andrea? —parecía como si Alan no pudiera creerlo.

—Segurísima, créeme.

No me dijo ni media palabra más. Se inclinó sobre mí, hundió sus dedos en mi nuca y comenzó a besarme con una pasión que ya ni recordaba. Con los ojos cerrados, me dejé llevar por el fuego de sus caricias y besos.

—Quiero ser toda tuya esta noche, quiero ser toda tuya —le repetía al oído...

1

,

a

Capítulo 20



Fue una noche cargada de emoción que se prolongó hasta casi el amanecer y que todavía tengo grabada en la memoria minuto a minuto. Cierro los ojos y aún puedo sentir sus besos en mi espalda y sus dedos recorriendo lentamente todo mi cuerpo.

En la penumbra de mi dormitorio, Alan se recreaba en cada hueco y cada centímetro de mi piel y me hacía tocar el cielo con las manos, hurgando con las suyas bajo mi ropa interior. Yo no podía ni quería evitar los gemidos de placer que me nacían en lo más profundo de mis entrañas.

—Concéntrate en lo que sientes, déjate llevar —me pedía, sin parar de besar y acariciar todo mi cuerpo.

Hasta tres veces llegamos a hacerlo aquella noche. La primera fue muy pasional, muy tierna, con mucho cariño y mucho mimo sobre el colchón, no sé si me explico.

Las otras fueron ya distintas; mucho más intensas, sexo en plan “salvaje”, con unos besos que, más que besos, casi podríamos llamarlos mordiscos. Nos devoramos vivos, como dice una famosa canción.

Alan y yo nos despachamos a gusto, resarciéndonos del tiempo que habíamos pasado separados y nos habíamos privado de tan extraordinario placer.

Creo que no lo he dicho todavía, pero en eso sí que estuvimos perfectamente compenetrados desde el momento en que nos conocimos, o, mejor dicho, desde que nuestros cuerpos se fundiesen en uno solo por primera vez, y el destino nos había colocado nuevamente sobre el mismo tablero de juego.

—¿Qué pensamientos tenéis, hija? —Mi madre estaba intrigadísima con el tema de Alan.

—De momento, dejarnos llevar, fluir, como suele decirse ahora.

—Haces bien, Andrea. Sigo pensando que me parece muy buen chico.

—Lo es, es lindísimo, la verdad.

—Pues adelante, que la vida sigue, cariño. Eso sí, solo le pido a Dios que no os hagáis daño, ni tú a él ni él a ti.

—¿Y por qué íbamos a hacérselo?

—Bueno, tú ya le diste un buen palo, no lo olvides.

—Por favor, no me lo recuerdes, mamá. Sé que no estuvo bien, pero ya pasó y la vida nos está dando una segunda oportunidad.

—Tienes razón, hija. Atrás quedó ese capítulo, pero de todo se aprende. De cada experiencia sale una lección.

l—Exacto, y una de las cosas que he ido aprendiendo últimamente es que no se puede ser tan desconfiada ni tan ligera juzgando.

En esas nos mantuvimos tres meses, es decir, viéndonos regularmente como cualquier pareja que no comparte techo, pero tiene una relación sentimental seria.

Alan y yo solíamos hacer todo tipo de planes, sobre todo los fines de semana, como por ejemplo pasar el domingo en el campo con Valentina y amigos con niños de edades similares.

¡Mi chico se comportaba como un auténtico padrazo con mi hija. Estaba con mi niña como Mateo con la guitarra y ella también hacía mucho con él. Dicen que los perros y los niños, donde ven cariño, ¿no?

Pues eso era justamente lo que ocurría, que lo que mi pequeña no recibía de su padre biológico lo tenía sobradamente con Alan, y es que esa era otra: Roberto se había desentendido por completo de ella.

¡No había venido a buscarla ni una sola vez desde que nos separamos ni le había pasado un solo mes la pensión alimenticia.

—Tienes que denunciarlo, Andrea —Mi padre me presionaba constantemente para que le metiera mano.

—No, papá, por ahora no pienso mover un dedo.

—A ver, hija mía, ya sé que a la niña no le falta de nada, pero él tiene que cumplir con sus obligaciones como padre.

—No te lo tomes a mal, ¿vale?, pero te lo voy a explicar por última vez, papá. Mientras no venga a buscarla porque no le dé la real gana, no pienso exigirle que cumpla con su obligación económica. Estoy en la gloria así, que sabéis de sobra el miedo que me da que le vaya a pasar algo estando con él, por culpa de la bebida.

—Tu hija tiene razón, Anselmo —opinaba mi madre—. A mí también se me abren las carnes de pensar que se la lleve por ahí y se le vaya a perder o vaya usted a saber. Dicen que quien evita la ocasión evita el peligro.

—Ya, ya —asentía él—, si en eso estamos de acuerdo, pero que no os hagáis muchas ilusiones. Yo lo que pienso es que este no está dando señales de vida porque todavía anda medio lisiado y no tendrá muchas ganas de bregar con la criatura, pero tiempo al tiempo... que según se las gasta el señorito, lo mismo luego aparece, aunque solo sea para dar por saco.

—No sé qué pensar, la verdad, porque a Elena sí que iba a buscarla cuando le correspondía —expuse.

—Claro, nos ha fastidiado, pero porque eras tú quien se encargaba básicamente de ella —señaló mi padre.

Tenía razón él. Conmigo, Roberto lo tenía muy cómodo en ese aspecto, pero ahora la situación era muy distinta. Para colmo, su hermana ya se había marchado a Perú, por lo que llegó hasta mis oídos.

Me supongo que aquella mujer de rictus serio y con pinta de monja le aguantó hasta donde le llegó la paciencia y luego le dejó plantado como un mojón, pero eso ya no era problema mío.

Ni el que se comportara como padre del modo en que lo estaba haciendo. Si no quería ver a su niña, allá penas. Pobre diablo...

Ya procuraría yo que a mi hija no le faltase de nada en ningún sentido, ni material ni emocionalmente, y para esto último, contaba con una persona a mi lado que valía su peso en oro, totalmente volcada en la causa.

Cada día me sentía más feliz junto a mi Alan, ese hombre que siempre supo calmarme en mis momentos tensos y enseñarme a ver la vida tal y como es.

Nuestra relación marchaba viento en popa. Como cualquier pareja, de vez en cuando íbamos a comer a casa de mis padres y quedábamos también con mi hermana y mi cuñado, con los cuales se llevaba genial.

Llevábamos unos seis meses de novios cuando me llegó la sentencia de divorcio y quise que él fuese el primero en enterarse, por lo que agarré el móvil y le di la noticia por wasap.

—Enhorabuena, cielo —me respondió un buen rato más tarde, cosa que me extrañó un poco porque lo había leído

según se lo mandé.

—Gracias. Oficialmente, vuelvo a ser libre —le contesté entusiasmada.

—Pues habrá que celebrarlo. ¿Qué te parece una cenita en mi casa mañana sábado? Yo mismo me encargaré de hacerla.

—¿Tú? JAJAJAJA. Pero si casi que no sabes ni freír un huevo, no me hagas reír. En serio, no te preocupes, podemos cenar fuera si quieres.

—Nada de eso. ¿No confías en mí o qué? Pienso sorprenderte. Además... bueno, no te adelanto nada. Ya lo verás mañana.

—Vale, como quieras.

Claro que confiaba en él. Alan era capaz de conseguir cualquier cosa que se propusiese, de eso no me cabía ninguna duda, y si se había propuesto sorprenderme como cocinero, lo haría.

Me costaba imaginármelo con el delantal, la verdad, pero si pensaba sorprenderme en la cocina, yo no me iba a quedar atrás. Decidí preparar un postre que había visto por Internet y me apetecía probar: una tarta de pera sin azúcar.

Aunque me pasé parte de la mañana del sábado liada con ella, mereció la pena el esfuerzo, porque al final me quedó muy bien. Menuda pintaza que tenía...

Habíamos acordado vernos a las nueve de la noche en su casa y mi niña se quedaría a dormir en la de mis padres, pues mi hermana había dado a luz hacía muy poco y no estaba para muchos trotes.

Bastante tenía ya con su bebé, aunque, afortunadamente, nació mucho más calmadito que mi Valentina en lo referente al sueño. Bendita suerte la suya.

Frente al bloque de Alan había una vinoteca en la que pensaba comprar una buena botella de Rioja, pero para eso debía salir de casa con bastante antelación, porque aquel mismo establecimiento donde de tanto en tanto nos tomábamos una copita cerraba a las ocho de la tarde.

¹Daba igual que hubiésemos quedado más tarde, pues mi chico igualmente estaría en casa a esas horas.

Salí algo antes de las siete y media para ir con tiempo suficiente. ¿Qué narices? Estaba deseando verle cuanto antes, ese era el verdadero quid de la cuestión.

Hacía un frío de aquí te espero y llovía a cántaros a esas horas. No es que mediase mucha distancia entre mi casa y la de Alan, de hecho, siempre iba andando, pero con tanta lluvia era un engorro, por lo que cogí el coche.

No sé cuántas vueltas di por las calles de su barrio buscando hueco donde aparcar. Estaba empezando a desesperarme cuando vi a un hombre meterse en un coche para marcharse, a unos cincuenta o sesenta metros de su portal.

Menos mal, pensé. Puse el intermitente y esperé pacientemente hasta que el coche salió andando. Era un hueco demasiado pequeño para el mío, de manera que tuve que hacer unas cuantas maniobras hasta dejarlo bien aparcado.

Paré el motor y decidí esperar un poco a ver si amainaba la lluvia, pero al revés, cada vez caía con más fuerza, de modo que saqué el paraguas y me di una carrerita hasta la tienda de los vinos.

No tuve miramientos con los precios. Me llevé la mejor botella que encontré en los estantes, y es que la ocasión lo merecía. Esa noche sí que íbamos a brindar a gusto... ¡ya estaba divorciada de Roberto!

Metí la botella en el bolso y, al cobijo del paraguas, tiré calle abajo otra vez para recoger mi súper tarta del coche y echar algo de dinero al parquímetro, que con las prisas por llegar a la tienda antes de que cerrase, me había olvidado.

El cielo estaba completamente oscuro como si fuese de noche y no había ni un alma en la calle. Justamente cuando estaba buscando unas monedas en la cartera para el parquímetro, escuché unos taconazos y unas risotadas a lo lejos.

Se trataba de una pareja que caminaba con paso rápido bajo el mismo paraguas, sorteando los charcos, en dirección al portal de mi chico.

Ella tenía un gorrito de lana rojo y calzaba unas llamativas botas altas, tipo mosqueteras, del mismo color. Él llevaba un abrigo de plumas verde caqui, igualito que uno que tenía Alan y que se ponía a menudo.

Aquel chaval, que la llevaba cogida por la cintura, tenía la misma planta que él. Y no solo la planta, también su mismo pelo... y ese mismo paraguas gris gigantesco que más de una vez me llevé prestado de su casa.

Aquel chaval que estaba abriendo el portal y le cedía caballerosamente el paso a su acompañante... ¡¡¡era Alan!!! Si me pinchan en ese momento, no me sacan ni gota de sangre.

Mi primer impulso fue echarme a correr para alcanzar el portal antes de que cerrase y formarle la marimorena,

pero no sé qué clase de ataque de orgullo fue el que me impidió moverme del sitio.

y

Estaba como en shock. De repente se me vinieron a la cabeza sus palabras del día anterior: “¿No confías en mí o qué?”, “pienso sorprenderte...”, “ya lo verás mañana...”

Entonces lo entendí todo. ¡¡¡¡Maldita sea mi estampa!!!! ¡Qué tonta había sido! Era su turno. El cartero me había camelado a base de bien y ahora que estaba tan entusiasmada con él, me daba la estocada. Era su venganza, servida en plato frío.

Sentía una rabia tremenda y un ataque de nervios espantoso (por no decir de cuernos), pese a lo cual decidí no “embestirle” aún y cerciorarme de lo que acababan de ver mis ojos. Como si no lo hubiese visto lo suficientemente claro, vamos...

Con la bolsa de la tarta en la mano, subí la calle hasta llegar a la altura de su portal y crucé a la acera de enfrente. Levanté la cabeza y observé sus ventanas.

,

Todas las luces estaban apagadas, salvo la de la cocina. Enseguida se encendió también la de su dormitorio. A través de ella vi la silueta de la puñetera parejita, tonteando mientras se quitaban los abrigos.

¿Más claro lo quería todavía? ¿¿Para qué subir ya y armar el numerito?? ¡¡A la mierda todo!!!

Tiré la tarta en un contenedor de basura y me metí en el coche. Tuve que esperar un rato hasta calmarme mínimamente para arrancar y poder conducir de vuelta a casa. ¡¡¡¡Maldito miserable!!!!

pero no sé qué clase de ataque de orgullo fue el que me impidió moverme del sitio.

Estaba como en shock. De repente se me vinieron a la cabeza sus palabras del día anterior: “¿No confías en mí o qué?”, “pienso sorprenderte...”, “ya lo verás mañana...”

Entonces lo entendí todo. ¡¡¡¡Maldita sea mi estampa!!!! ¡Qué tonta había sido! Era su turno. El cartero me había camelado a base de bien y ahora que estaba tan entusiasmada con él, me daba la estocada. Era su venganza, servida en plato frío.

Sentía una rabia tremenda y un ataque de nervios espantoso (por no decir de cuernos), pese a lo cual decidí no “embestirle” aún y cerciorarme de lo que acababan de ver mis ojos. Como si no lo hubiese visto lo suficientemente claro, vamos...

Con la bolsa de la tarta en la mano, subí la calle hasta llegar a la altura de su portal y crucé a la acera de enfrente. Levanté la cabeza y observé sus ventanas.

Todas las luces estaban apagadas, salvo la de la cocina. Enseguida se encendió también la de su dormitorio. A través de ella vi la silueta de la puñetera parejita, tonteando mientras se quitaban los abrigos.

¿Más claro lo quería todavía? ¿¿Para qué subir ya y armar el numerito?? ¡¡¡A la mierda todo!!!

Tiré la tarta en un contenedor de basura y me metí en el coche. Tuve que esperar un rato hasta calmarme mínimamente para arrancar y poder conducir de vuelta a casa. ¡¡¡¡Maldito miserable!!!!

Capítulo 21



Pasado el impacto inicial que me dejó como bloqueada, rompí a llorar como las locas, maldiciéndome también a mí misma por imbécil. ¿Cómo no me había dado cuenta de lo que estaba tramando el muy tunante?

Lo de enamorarme día a día como lo había hecho, para luego ponerme aquel par de banderillas, había sido una jugada maestra que no hubiera tenido cabida ni en mis peores sueños.

Como podréis suponer, pasadas las nueve de la noche y viendo que yo no aparecía por ningún lado, Alan me llamó varias veces, pero para entonces yo ya tenía el teléfono apagado y había advertido a mis padres de que ni se les ocurriese cogerle si les llamaba, cosa más que probable.

—¡Jesúsito de mi corazón! —exclamó mi madre al enterarse de lo sucedido.

—Es un canalla, mamá. ¡¡Bien que me ha sabido engatusar!! —le gritaba por teléfono, sin parar de llorar e histérica perdida.

—Bueno, cálmate, hija mía, que te va a dar algo. No merece la pena ponerse así.

Y tanto que no la merecía, aunque me dolía en el alma lo que me había hecho con tanta sangre fría. Pero parecía que Alan no estaba dispuesto a dejar correr la historia, así como así, y el domingo por la tarde, en vista de que yo no aparecía ni por cielo ni por tierra, se presentó también en casa de mi hermana Raquel.

Ya lo había hecho varias veces a lo largo del fin de semana en mi casa y en la de mis padres, pero allí también se encontró con las puertas cerradas a cal y canto, dadas mis instrucciones.

No queríamos saber nada de él. Sin embargo, mi hermana Raquel, harta de los timbrazos, no se resignó a dejar que se marchase sin cantarle antes las cuarenta.

—¿A ti qué coño se te ha perdido en esta casa? —le espetó de muy mala manera según le abrió el portón.

—¡Por Dios, Raquel! ¿Se puede saber qué es lo que está pasando aquí? ¡¿Dónde se ha metido tu hermana?! Llevo buscándola desde ayer por la noche.

—¿Buscándola dices, pedazo de sinvergüenza? ¿Te parece bonito lo que estás haciendo?

—¡¿Lo que estoy haciendo de qué?! ¿Venir aquí a tu casa? ¿Ir en balde varias veces a la suya y a la de tus padres? ¿Presentarme hasta en el hospital por si había tenido algún accidente?

—El único accidente que ha tenido mi hermana es volver a confiar plenamente en ti, so canalla, que no te mereces ni el aire que respiras —Ella se estaba ensañando con él a base de bien.

—Mira, mira, mira... no entiendo nada de lo que está pasando aquí, así que te pediría por favor que me lo aclarases de una vez, Raquel. Siempre te he tenido por una persona sensata.

—Eres tú el que se tiene que aclarar, que parece que te encanta jugar siempre a dos bandas.

—¿Perdona? ¿Jugando a dos bandas yo?

—Sí, tú, ¿acaso te creías que mi hermana no te iba a pillar nunca con la otra?

—Pero ¡¿qué otra?! ¿De qué demonios me estás hablando, Raquel? ¿Me queréis volver loco entre todos o qué?

—Sí, la otra, no te hagas el tontito conmigo, la rubia esa con la que te pilló Andrea subiendo el sábado por la tarde a tu casa. ¿Qué pensabas hacer? ¿Tirártela y echarla de allí antes de que llegase mi hermana o darle con ella en las narices cuando apareciera por la puerta?

Según me contó Raquel, Alan puso en ese momento los ojos como platos y a continuación le entró la risa floja.

—¿En serio? No me lo puedo creer, de verdad. ¡No era yo, Raquel, sino mi hermano Gustavo con mi cuñada Elisa! Están de vacaciones y han venido a pasar unos días para conocer esto y, de paso, conocer también a tu hermana, que ya va siendo hora. Me hacía ilusión ir presentándole a Andrea a los míos, ya que la otra vez no me dio tiempo a nada, y me lo tenía callado porque quería darle la sorpresa, por eso lo de la cena en mi casa...

—Madre mía de mi vida y de mi corazón. Esto es de película de Almodóvar, pero claro, quién se iba a imaginar que...

—Ya, y es mucho más fácil tirar las pitas al callejón y desaparecer como ella lo ha hecho, ¿verdad? Es la segunda vez que me lo hace y ya estoy un poco cansado.

—Pero entiéndela, Alan, supongo que yo hubiera reaccionado igual, de haberme encontrado en el mismo caso. Es alucinante, ¿tan iguales sois como para que Andrea le confundiese contigo?

—Como dos gotas de agua, Raquel. No es la primera persona que no nos distingue.

’ —Voy a darle un toque ahora mismo para contarle lo que ha pasado y que te llame.

—Haz lo que quieras, pero no le digas que me llame. Yo también estoy dolido con tanta desconfianza y necesito meditar sobre lo ocurrido.

Y con razón, pensé cuando mi hermana me contó “la gracia”. A pesar de su mosqueo, Alan sí que me cogió el teléfono en cuanto le llamé para pedirle perdón por mi actitud.

—Tú siempre viendo fantasmas, Andrea —me recriminaba—. Te cierras en banda de muy malas maneras cuando te parece que las cosas no son como deberían ser. Menudos pitotes lías. No es justo.

—Por favor, Alan, entiéndeme. Después de lo que pasó también con Noelia...

—¿Con Noelia? ¿Pero todavía sigues creyendo que Noelia era un rollo mío? Me vas a escuchar de una vez por todas si quieres que te perdone, porque esto no puede quedar así.

Al final, me gustara o no, tuve que escuchar aquella historia de la que ya no quise ni oír cuando volvimos a salir. Por supuesto, era prima suya y la mujer, efectivamente, había estado durmiendo en su habitación, pero sola, como es lógico.

Alan, siempre tan cortés con todo el mundo, quiso que se sintiera lo más cómoda posible en su casa, por lo que le ofreció el dormitorio grande, al igual que a su hermano y a su cuñada. Luego, en plena discusión conmigo, ni se atrevió a reconocer que la chica había dormido allí.

—Según estabas, hecha una auténtica leona, capaz hubieras sido de estrangularme, sin darme tiempo a que terminara de explicártelo—me contó—. Acuérdate del zapatazo que me diste. Bueno... no a mí, al cuadro.

Como para olvidarlo, pensé. Pues bien, aquella prima de Alan había venido a por una segunda opinión de un amigo suyo médico, y es que tenían un tío en Segovia muy enfermo, en fase terminal.

Meses después, el tumor cerebral acabaría con él y la chica no volvió a aparecer por Cartagena.

—Ya van dos veces que me haces lo mismo, Andrea —se lamentaba—. Te pierden los celos. Así no hay quien

viva, de verdad...

—Por favor —le insistía—, perdóname, ¿vale? Te quiero muchísimo y solo de pensar que pudieras dejarme por otra...

—Es que no hay otra, Andrea. Y te digo más, ni la hubo entonces ni la hay ahora ni la habrá nunca mientras estés tú. Yo te adoro y estoy enamorado de ti, ¿acaso no de lo demuestro día tras día?

Totalmente cierto lo que me decía, y en medio de aquella conversación le lancé mi propuesta, a ver si lograba su perdón; una idea que andaba barajando en mi pensamiento en los últimos tiempos y que ya iba siendo hora de plantearle.

—¿Te quieres venir a vivir conmigo? —le solté de sopetón la pregunta, cuando todavía no se había suavizado conmigo. Alan tardó un poco en volver a abrir la boca, como si le hubiese impactado lo escuchado o bien necesitara su tiempo para decidirlo.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —preguntó al fin.

—¿Tú crees que es momento para bromas, pollito? —me referí a él “astutamente” con ese apodo que le había puesto en nuestra segunda etapa y que tanta gracia le hacía, porque Alan decía que él podía tener de todo menos plumas.

—Mañana mismo si quieres, amor mío. ¿Todavía no te has dado cuenta de que estoy loco por ti?

—Créeme, pollito, yo siento lo mismo por ti, aunque a veces tenga unas maneras muy raras de demostrártelo.

—Ay, Señor, Señor... no me hagas hablar. Corramos un “estúpido” velo.

Esa era su peculiar transformación del dicho.

Allí terminó la discusión, y aunque mi pretensión era que se trasladase a mi casa conmigo y con Valentina, Alan pensó que quizás sería mejor hacerlo a la inversa, es decir, que fuésemos nosotras las que nos mudáramos a la suya, también de alquiler, pero mucho más grande y luminosa.

—¿Sabes qué? Que ni para ti ni para mí, pollito. ¿Qué te parece si buscamos un unifamiliar con un buen patio para que Valentina pueda jugar a su antojo? Siempre he querido vivir en una casa de ese estilo. Me encantan. En verano, incluso podríamos ponerle una piscinita de esas hinchables.

—Pues no estaría nada mal, ahora que lo dices.

No pasó ni un mes desde que lo pensamos hasta que nos mudamos a aquel precioso chalecito adosado, también de alquiler, con patio delantero y jardín trasero.

No tengo palabras para describir con cuánta ilusión fuimos metiendo allí dentro cada caja de libros, cada maleta llena de ropa, cada saco o bolsa de deporte cargada de zapatos, cada contenedor de juguetes de mi niña y demás trastos...

Éramos los más felices del mundo colocando cada cosa en su sitio, poniendo la casita poco a poco a nuestro gusto con cortinas nuevas, pintando las paredes de tonos más modernos, etc.

Muchos fines de semana venía mi familia o amigos nuestros a pasar el día y preparábamos para almorzar unas barbacoas espectaculares en el jardín trasero, en cuyo centro se alzaba un hermoso olivo.

Aquella zona de la casa también la habíamos dejado monísima de la muerte con un columpio para Valentina y unos sofacitos de esos de palés que mi Alan se encargó de hacer con sus propias manos.

Estábamos encantados viviendo juntos y viendo crecer día a día a nuestra pequeña, de la cual su verdadero padre jamás ha querido saber absolutamente nada.

Aunque quizás no todo el mundo comparta mi sentir, a menudo daba gracias al cielo por esa circunstancia; que se mantuviese lejos de mi hija. A fin de cuentas, no era ninguna imposición, sino algo que él había decidido por el motivo que fuera.

De vez en cuando me llegaban noticias tuyas por conocidos y no eran nada buenas precisamente. Al contrario. Roberto iba de mal en peor y se dejaba ver por las noches bebiendo a lo bestia y tambaleándose por las calles, sin tenerse derecho en pie. Lo de mi exmarido no tenía solución.

Al parecer, salía de vez en cuando con alguna que otra mujer, pero no se le veía nunca más de dos o tres veces seguidas con la misma. Estaba claro que ya ni siquiera trataba de disimular su problema y que todas debían huir e cuanto se percataban de lo que había.

¿Quién en su sano juicio comenzaría una relación con una persona así? Y más, si le oían alguna de sus patochadas o le escuchaban murmurar por la noche, dando vueltas por la casa. ¡Qué locura, santo cielo!

^a Para colmo, Roberto había perdido mucho físicamente a cuenta de esa mala vida que llevaba. No es que yo lo viese con mis propios ojos, sino que me lo chivateaban todo, y es que, por extraño que parezca, mi ex y yo jamás nos cruzábamos por ninguna parte, pese a vivir en una ciudad relativamente pequeña.

—Anda por ahí de parranda todas las noches— me comentó en cierta ocasión Cecilia, una compañera de trabajo, que le conocía y con la que me llevaba muy bien —. Según me ha contado mi primo, que ya sabes que es muy amigo de él, Roberto no soporta estar solo en casa. Dice que se le cae encima, de ahí que ande siempre dando tumbos de un lado a otro.

—Eso ya era una modita que estaba adoptando incluso estando conmigo todavía, así que no puede decir ahora que es porque la casa se le cae encima. Roberto siempre con los rollos macabeos...siempre buscando excusas para andar de bar en bar.

—Si le vieras, Andrea —siguió contándome—, se ha vuelto un ridículo total. Es como si se le estuviese yendo la pinza por completo. ¿¡Pues no le ha dado ahora por teñirse el pelo para parecer más joven!?

—¿Qué dices? Es lo que le faltaba ya.

—Lo que oyes. Tu capitán se ha teñido el pelo, así como de un castaño claro para taparse las canas.

—Disculpa, pero de mi capitán, nada —le corregí—. Gracias a Dios, ese hombre y yo no tenemos nada que ver ya.

Atrás, muy atrás, iba quedando aquella etapa nefasta de mi vida que empezaba a caer en el olvido. Por delante, todo un futuro junto a mi adorable novio, con quien también hice un par de viajecitos que nos supieron a gloria en el año y medio aproximado que duró nuestro noviazgo...

—Anda por ahí de parranda todas las noches— me comentó en cierta ocasión Cecilia, una compañera de trabajo que le conocía y con la que me llevaba muy bien—. Según me ha contado mi primo, que ya sabes que es muy amigo de él, Roberto no soporta estar solo en casa. Dice que se le cae encima, de ahí que ande siempre dando tumbos de un lado a otro.

—Eso ya era una modita que estaba adoptando incluso estando conmigo todavía, así que no puede decir ahora que es porque la casa se le cae encima. Roberto siempre con los rollos macabeos...siempre buscando excusas para andar de bar en bar.

—Si le vieras, Andrea —siguió contándome—, se ha vuelto un ridículo total. Es como si se le estuviese yendo la pinza por completo. ¿¡Pues no le ha dado ahora por teñirse el pelo para parecer más joven!?

—¿Qué dices? Es lo que le faltaba ya.

—Lo que oyes. Tu capitán se ha teñido el pelo, así como de un castaño claro para taparse las canas.

—Disculpa, pero de mi capitán, nada —le corregí—. Gracias a Dios, ese hombre y yo no tenemos nada que ver ya.

Atrás, muy atrás, iba quedando aquella etapa nefasta de mi vida que empezaba a caer en el olvido. Por delante, todo un futuro junto a mi adorable novio, con quien también hice un par de viajesitos que nos supieron a gloria en el año y medio aproximado que duró nuestro noviazgo...

Capítulo 22



Dicen que la boda perfecta no existe, pero yo puedo presumir de que la mía con Alan sí lo fue. De hecho, ni siquiera me faltó una romántica petición de matrimonio, previo paso al altar.

No se trató de una petición convencional con el consabido anillito por delante, dentro de su cajita, sino de algo mucho más original y acorde a los tiempos que corren.

Para ello, mi chico eligió el día de mi cumpleaños. Era sábado y Alan se había levantado muy temprano para llevar el coche al taller. Yo me quedé en la cama holgazaneando hasta que la niña se despertó.

Estaba preparándole el desayuno a mi pequeñaja, cuando llamaron a la puerta. Por la mirilla vi a un chico con gorrita que portaba un paquete rematado por un llamativo lazo rosa. Así sin más, no me atreví a abrirle.

—¿Sí? —pregunté, elevando bastante la voz.

—¿Andrea Talavera?

—Soy yo.

—Desayuno a domicilio, de parte de Alan Barroso.

Abrí la puerta, le di una generosa propina al chico y puse el paquetón en la encimera. Dentro, entre *cupcakes* de varios tipos, panecillos, mermeladas de diversos sabores, bombones, flores y no sé cuántas cosas más, me encontré con su escueta, pero impactante nota: “Andrea, ¿quieres casarte conmigo?”.

No exagero si digo que empecé a temblar de la emoción. Algo parecido le pasó a mi madre cuando se lo dije cara a cara.

—¡Qué ilusión, cariño! Pero esta vez te casarás por la iglesia, ¿verdad?

—Supongo que sí, mamá, pero no quiero dar nada por sentado todavía. Alan y yo aún no hemos hablado del tema

—Pero...

—Que sí, mamá, que tranquila, que ya sé lo que opinas...

No comparto totalmente la mentalidad de mi madre en ese aspecto. Ni total ni parcialmente, la verdad. Me explico. En su opinión, mi boda con Roberto no había salido bien porque no había sido bendecida por Dios. De ahí su gran interés en que mi segunda boda fuese por la iglesia. Ella es así de creyente y hay que respetar sus creencias.

Nos casaríamos a un año vista, o lo que es lo mismo, a comienzos del verano siguiente, por lo que tuvimos tiempo más que suficiente para todos los preparativos.

Para aquel segundo enlace (eclesiástico ya, sí), elegí un maravilloso vestido blanco roto, con tirantes y vuelo desde la cintura, de una archiconocida firma española.

El toque más personal lo llevé en mis zapatos, hechos a mano en una tienda especializada. En ese mi gran día, calcé unos formidables tacones de raso, con rosas pintadas a mano en el lateral, a juego con las rosas del cinturón de mi vestido.

Quizás os estéis preguntando que qué clase de zapatos de novia son esos, pero os aseguro que en mi boda hasta el más mínimo detalle estuvo bien y más que bien pensado.

Aparte, para esa segunda boda, quise alejarme un poco de la imagen de novia convencional. Pretendía seguir mi rebuscada y original línea vistiendo.

Si hubieseis visto con vuestros propios ojos el lugar en que Alan y yo celebramos el banquete junto a todos nuestros seres queridos, entenderíais lo que digo.

En aquella campiña a las afueras de Cartagena donde se sirvió el catering, tanto los niños como los mayores pasamos un día inolvidable disfrutando del aire puro de la naturaleza, entre árboles de diversas clases y rodeados de espectaculares arriates y enormes vasijas repletas de flores de todos los estilos y colores, pero no quiero adelantarme en mi relato. Vayamos pasito a pasito...

Amaneció una mañana súper soleada, con una temperatura bastante agradable y ni una nube emborronando el azul del cielo. El enlace estaba previsto para las doce del mediodía en la iglesia de Santa María de Gracia, uno de los

templos sagrados más emblemáticos de Cartagena, ubicado en su casco histórico.

Ese día volví a contar con mi querida Rocío para que me maquillase, pero no solo para ese menester, pues también me hizo las veces de peluquera en aquella fecha tan señalada para mí.

En esa ocasión, no quería nada muy elaborado, y es que tuve claro desde el primer momento que lo ideal para aquel vestido tan descotado sería llevar la melena suelta, con unas ondas gordas marcadas con las planchas y con un fino cordoncillo de florecillas por todo adorno sobre la cabeza, de esos que se dejan caer sobre la frente.

Unas semanas antes nos metimos las dos en el baño de mi casa para hacer una prueba y... ¡me dejó divina!, de manera que no tuve necesidad de buscar a nadie más para que se ocupase de mi pelo.

, Teníamos cerca de trescientos invitados. Los familiares de Alan se habían desplazado desde Segovia un par de días atrás para estar presentes en nuestro enlace.

Mi chico, quien durmió la víspera de la boda en el mismo hotel donde se hospedó su gente para poder vestimos sin vernos el uno al otro, llevaba semanas que no cabía en sí de gozo.

Al igual yo, que de nuevo me veía contando los minutos para vestirme de novia y darle por fin el “sí, quiero” a un hombre absolutamente adorable, con el que deseaba pasar el resto de mi vida.

Cariñoso conmigo y con toda mi gente, atento, educado, sano, fiel, buen amante, trabajador, guapo, comprensivo, inteligente, divertido... Dios mío, ¡si es que lo tenía todo!

Qué ciega había estado. Y pensar que casi le pierdo definitivamente... Pero no, allí estaba él ya, puntual como el Big Ben, esperándome con su moderno traje gris perla y su monísimo corbatín, delante del retablo de la iglesia.

A su lado, Marisol, su madre y madrina en la ceremonia, vestida con un traje largo con un poco de cola, en color verde agua marina, que completaba con un glamuroso tocado con plumitas del mismo tono.

Agarrada del brazo de mi padre, hice el paseílo hasta el altar como a cámara lenta, sin prisa ninguna, recreándome en cada paso, en las caras expectantes de unos y otros, en la ornamentación dorada de los pilares del pasillo central, en el brillo de los bancos de madera y de las baldosas de mármol...

Era como si quisiese immortalizar en la memoria todos y cada uno de los detalles de mi boda. Estaba como en otra dimensión, como en un sueño, como si no fuese yo uno de los protagonistas de aquel evento, sino una tercera persona contemplándolo a través de una pantalla, como una espectadora, no sé bien cómo explicarlo.

1

—Andrea, ¿quieres recibir a Alan como esposo y prometes serle fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la

salud y en la enfermedad, y así amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

n—Todos, todos... ¡uy!, ¡perdón! Sí, quiero.

Tan abstraída me encontré durante casi toda la ceremonia que la pregunta del cura me pilló de aquella forma y tuve esa salida espontánea que arrancó la risa a más de uno de los que estábamos allí presentes en primera línea de fuego, jejeje.

Es una anécdota divertida que hemos recordado luego en reuniones con los nuestros bastantes veces.

—...Así pues, ya que queréis contraer santo Matrimonio, unid vuestras manos y manifestad vuestro consentimiento ante Dios y su Iglesia...

...El Señor confirme con su bondad este consentimiento vuestro que habéis manifestado ante la Iglesia y os otorgue su copiosa bendición. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

Eso mismo, pensé yo al oír aquella última frase del cura con la cual ponía prácticamente el broche al enlace; que nadie ni nada pudiera separarnos ya, que imperase siempre la buena voluntad y el diálogo en nuestra relación, y que el universo nos permitiera disfrutar de una larga vida en común.

“¡Vivan los novios!” “¡¡¡Vivan!!!”

Con esa típica manera de “brindar” los invitados por el buen futuro de los recién casados, entremezclándose con los primeros compases del himno nupcial, Alan y yo posamos con nuestros padrinos ante el altar, de espaldas al retablo, convertidos ya en marido y mujer.

Y no solo con nuestros padrinos. También con nuestros respectivos hermanos y nuestra pequeña Valentina. Las fotos oficiales con el resto de la familia nos las hicimos en los peldaños de entrada de la iglesia, bajo la lluvia de pétalos de rosas que nos echaron por encima.

Ya en el coche que nos conduciría hasta el lugar del banquete de boda, mi guapo marido no me soltó de la mano en ningún momento. Me miraba embelesado, como quien mira el mar por primera vez.

—Qué preciosa estás, mi vida, qué preciosa estás...—repetía.

—Y tú estás hecho un galán de cine vestido así. Recuérdame esta noche que te coma de los pies a la cabeza, ¿vale?

Me salió de modo espontáneo, pero según le solté tan picante frase, me quedé más cortada que unas castañuelas porque, acto seguido, miré el retrovisor de dentro y vi que el conductor de aquel coche de alquiler también nos

estaba observando con cara como de “a estos dos solo les falta ya una cucharadita de azúcar por lo alto”.

¡Y tanto! Así de enamorados estábamos y así de enamorados nos mostrábamos en público. Y para celebrar nuestro recién estrenado matrimonio, nos metimos la comilona del siglo con nuestra gente en aquella pradera que he mencionado antes de soslayo y donde todo salió a pedir de boca.

»

Afortunadamente, no hubo ni el más mínimo percance ni contratiempo que reseñar aquel día, tan solo la felicidad extrema y el buen rollo que se respiraba en el ambiente.

Tres días después, Alan y yo nos subimos al avión para cruzar el charco y nos tiramos dos semanas de viaje de luna de miel que fue la envidia de muchos cuando se enteraron de nuestro paradero.

Digo cuando se enteraron porque no quisimos soltar de antemano prenda sobre nuestro destino. Os parecerá un sinsentido, me supongo. Estaréis pensando que esa es una actitud que adoptan muchos famosos para dar esquinazo a los paparazzi, pero no los ciudadanitos de a pie como nosotros.

“Tranquilos, que ya os enteraréis por las redes de dónde estamos. Y ya veréis qué pasada...”, contestábamos siempre que nos preguntaban adónde pensábamos ir.

Efectivamente, muchos de nuestros amigos alucinaron cuando, de nuevo, nos vieron en fotos vestidos de novios, ¡miles y miles de kilómetros de España.

La diferencia es que, en aquella otra ocasión, mi chico lo hizo al más puro estilo Elvis Presley, con pantalón de campana, chaquetilla corta en color crema con remaches plateados y un fular turquesa por encima. ¡Qué sexy le veían mis ojos con ese pecho descubierto, sin camisa debajo de la chaquetilla!

Por mi parte, me tocó colocarme una peluca rubia de rizos y el famosísimo vestido blanco de Marilyn Monroe, de faldón de vuelo, atado por detrás del cuello. ¡Vaya dos! Cada vez que reviso esas fotos, me parto de risa.

Como os lo cuento. Alan y yo nos casamos también en Las Vegas, apenas unos días después de hacerlo por la iglesia en Cartagena. Aquel fue solo un simpático y emocionante episodio de los muchos que vivimos recorriendo los Estados Unidos.

Eso sí, tuvimos que hincharnos de dar vueltas en avión de un lado a otro para no perdernos ni una. También estuvimos en Miami, recreándonos en sus fantásticas playas de arenas blancas y aguas cristalinas, y en Orlando, donde gozamos como niños del mítico parque de atracciones “Walt Disney World”.

La verdad es que fue un viaje inolvidable que tuvo todos los ingredientes, porque no quedó ahí la cosa. Visitamos además, parques nacionales en que disfrutar de la naturaleza en su plenitud.

Por supuesto, tampoco nos privamos de patear grandes ciudades como Nueva York, Los Ángeles o Chicago. En suma, la nuestra fue una boda de cuento de hadas...

o

a

,

,

Por supuesto, tampoco nos privamos de patear grandes ciudades como Nueva York, Los Ángeles o Chicago. En suma, la nuestra fue una boda de cuento de hadas...

Epílogo



Ahora, desde la perspectiva del tiempo, entiendo mucho mejor ciertas cosas. La primera es que no se puede empezar la casa por el tejado y que las prisas nunca son buenas.

Si yo me hubiese tomado mi relación con Roberto con más calma, tal vez jamás me hubiera casado con él, pero uno no puede borrar ni un renglón de lo vivido.

Además, de no haber sido así, tampoco habría nacido mi hija Valentina, una de mis mayores bendiciones en este mundo, por lo que no puedo arrepentirme de lo hecho. Fue una experiencia dura, pero experiencia, a fin de cuentas.

La segunda es que no es sano idealizar ni endiosar a una persona. Eso supone perder bastante el norte, desvirtuando la realidad. Fue, ni más ni menos, lo que me ocurrió al principio con Roberto, y para cuando alcancé a ver quién era realmente mi particular “dios”, ya era un poco tarde.

En tercer lugar, creo que no se deben cerrar las puertas al diálogo tan a la ligera como yo lo hice con Alan. Me refiero ahora a lo de su prima y al numerito que le formé con mi ataque de celos, dando por sentado que era un rollito suyo, sin permitirle explicarse.

No contenta, se la volví a liar parda cuando llegaron a mis manos las primeras cartas, sin barajar la posibilidad de que proviniesen de otra persona. Le acusé directamente y ya no hubo quien me sacara de mi convencimiento. La manía que le cogí solo yo la sé. La verdad es que el pobre tiene el cielo ganado conmigo.

No me cabe ninguna duda de cuánto me quiere este hombre, y yo a él, por supuesto. Cinco años han pasado desde nuestra boda y puedo asegurar que soy mucho más feliz con Alan de lo que en la vida podría haber imaginado.

A lo largo de estos años no hemos tenido ni una mísera discusión, jejeje, pero sí hemos pasado por una serie de cambios curiosos que me gustaría contaros. El principal, el nacimiento de nuestro hijito Ángel, que el mes que viene cumplirá ya tres vueltas completas al sol.

Pese a todas las complicaciones de mi primer embarazo, decidí repetir la experiencia de la maternidad por varios motivos. Uno, por concederle también a Alan su deseo de ser padre. ¡Qué menos!

Otro, que no quería que mi niña creciera siendo hija única. En los momentos más cruciales de mi existencia siempre he tenido un gran punto de apoyo en mi hermana Raquel y me parecía que mi peque debía contar con esa misma oportunidad que tuve yo, gracias a mis progenitores.

Por fortuna, mi segundo embarazo no tuvo nada que ver con el primero. Valentina había llegado al mundo mediante una cesárea que casi me cuesta la vida. En cambio, Ángel no solo se abrió camino en este mundo por parto natural, sino que “se portó muy bien” desde el primer momento.

Quiero decir con esto que tuve un embarazo bastante bueno de principio a fin, sin sobresaltos ni molestias de ningún tipo, tan solo las típicas náuseas matutinas de los primeros meses y poco más. A buen seguro, también influyó en ello la situación, tan diferente a la que me tocó vivir con la barriga de Valentina.

Junto a Alan no padecí ni un solo momento de tensión bajo ningún concepto. Al revés. Desde el preciso instante en que se enteró de mi embarazo, consagró sus días a hacerme los míos lo más felices y llevaderos posibles.

Era él quien se dedicaba por completo a realizar todas las faenas domésticas y no me consentía siquiera que fuera sola a hacer la compra, para que no tuviera que cargar ni con una bolsa. Es todo un amor de hombre.

Aparte, me ha ido demostrado tener otros muchos valores, como una enorme fuerza de voluntad. Mi maridín terminó la carrera de Fisioterapia en los plazos estipulados. Nada de tardar más de lo habitual por aquello de estar currando a la par ni cosas por el estilo.

Poco tiempo después de casarnos me confesó algo que me dejó abrumada. Si decidió meterse en aquel berenjenal de estudiar la carrera a distancia mientras trabajaba fue “por culpa mía”, pero no porque se aburriese cuando le dejé, como llegó a decirme medio en broma.

Os preguntaréis que cómo es eso. Pues la respuesta es muy sencilla. Según Alan, el hecho de que cortara con él y me liase a renglón seguido con un capitán de Infantería le dejó bastante complejo.

Se sentía inferior e incluso llegó a pensar que ese había sido el motivo de la ruptura. ¡Como si sacar a la primera de cambio una oposición no tuviese ya bastante mérito, vamos!

Bien sabe Dios que estaba totalmente equivocado conmigo en ese punto, pero eso también forma parte de un pasado inamovible. Las cosas sucedieron como sucedieron, simplemente.

El caso es que ya no se conformaba con ser cartero, “quería subir algún peldaño más en la vida” (palabras

textuales) y le dio por meterse nuevamente a estudiar. Así, de paso, mantendría la cabeza ocupada para no pensar mucho en mí. Estaba muy dolido y deprimido a su vez con todo lo ocurrido.

Lo que no supe hasta poco antes de la boda porque quiso reservárselo como una gran sorpresa era el dinero que había recibido como herencia de aquel tío suyo por el que su prima vino a caer en Cartagena.

El hombre no tenía hijos, de modo que todo su capital fue a parar a manos de sus tres sobrinos: Noelia, que también era hija única, y Alan y su hermano Gustavo. No fue moco de pavo lo que tanto la una como los otros recibieron.

Además de una buena suma de dinero que el hombre tenía ahorrado, heredaron del tío Enrique una enorme casa y varios terrenos que pronto se encargaron de vender.

Alan, siempre con su cabeza tan bien amueblada, apenas había tocado el dinero. Tan solo había invertido un mínimo en la renovación de algunos muebles de su casa y pare usted de contar. Los miles y miles de euros procedentes de la herencia seguían ahí en el banco, a la espera de la mejor inversión posible.

Me contó que siempre le rondó una idea por la cabeza y que cobró fuerza en su pensamiento una vez que volvimos a comenzar nuestra relación: abrir su propia clínica de Fisioterapia cuando obtuviese la licenciatura.

Ahora podríamos trabajar en ella los dos. No era un proyecto a corto plazo, pero tampoco quería demorarlo mucho. Sin prisa, pero sin pausa, como se suele decir. Y así fue.

En principio, pensamos en montar el negocio en Cartagena. Sin embargo, un viaje al norte con los niños nos hizo cambiar de opinión. Por aquellos días, Ángel empezaba a dar sus primeros pasos.

Mis padres nos dejaron su casa de Cantabria para pasar nuestras vacaciones y en ella pudimos disfrutar de unos días idílicos en familia.

Yo conocía bien aquellas tierras, pero mi marido no, y puedo garantizaros que volvió encantado de allí, al punto de que me propuso más tarde eso mismo que en primera instancia me pareció algo totalmente descabellado: montar nuestra clínica por tierras norteañas.

Como decía, así de repente, su planteamiento me tiró para atrás. ¿Qué necesidad había de irse tan lejos?

—¿Y por qué no? —Roberto buscaba una respuesta convincente por mi parte a esa pregunta.

—No sé, tú ya estás hecho a esto, a Cartagena...

—Mira, Andrea, de acuerdo contigo, pero no olvides que esta tampoco es mi tierra. Aquí nos han pasado cosas muy bonitas últimamente, pero también hemos vivido episodios que mejor no recordar. Tenemos la oportunidad de emprender una nueva vida lejos con los niños, en una ciudad espectacular. Además, allí vive buena parte de tu familia también.

Era cierto. Mis tíos y primos vivían allí en Santander. Bien pensado, aunque no hubiese necesidad, un cambio de aires nos vendría fenomenal. ¡Sí! ¿Por qué no? El norte es precioso y... ¡aquí estamos! ¡Encantados de la vida!

Los primeros meses, con la mudanza y todos esos jaleos, fueron un tanto moviditos, a qué negarlo. Los pasamos en el caserón de mis padres, hasta que al fin pudimos poner en marcha la clínica; un negocio que abrimos con la máxima ilusión y que da muy buenos frutos, afortunadamente.

No en vano, al poco tiempo de abrirla tuvimos que contratar a Vicky, otra fisioterapeuta, porque no dábamos abasto con el volumen de trabajo que nos iba entrando.

Ahora también tenemos nuestra propia casa, un sensacional chalé en Santander, cerca del mar, que transmite esa calma y esa armonía que parecen haberse instalado ya en nuestras vidas para no abandonarnos nunca.

Roberto sigue en su línea, es decir, sin dar señales de vida, como si no existiera su hija, lo cual es una pena o una alegría, depende de cómo se mire y de quién lo mire.

Yo, hoy en día, solo puedo dar ya gracias al universo por tanto y tanto como me concede a diario. Ahora sí que soy verdaderamente feliz, al lado de una persona sencilla pero completísima a la vez. ¡Ni hecho a encargo, vamos Jejeje.

Ahora puedo estar cien por cien segura de que nunca volverán a caer en mis manos más cartas que las de los bancos y las típicas facturas. ¡Esto sí que es pura vida!

—Mira, Andrea, de acuerdo contigo, pero no olvides que esta tampoco es mi tierra. Aquí nos han pasado cosas muy bonitas últimamente, pero también hemos vivido episodios que mejor no recordar. Tenemos la oportunidad de emprender una nueva vida lejos con los niños, en una ciudad espectacular. Además, allí vive buena parte de tu familia también.

Era cierto. Mis tíos y primos vivían allí en Santander. Bien pensado, aunque no hubiese necesidad, un cambio de aires nos vendría fenomenal. ¡Sí! ¿Por qué no? El norte es precioso y... ¡aquí estamos! ¡Encantados de la vida!

Los primeros meses, con la mudanza y todos esos jaleos, fueron un tanto moviditos, a qué negarlo. Los pasamos en el caserón de mis padres, hasta que al fin pudimos poner en marcha la clínica; un negocio que abrimos con la máxima ilusión y que da muy buenos frutos, afortunadamente.

No en vano, al poco tiempo de abrirla tuvimos que contratar a Vicky, otra fisioterapeuta, porque no dábamos abasto con el volumen de trabajo que nos iba entrando.

Ahora también tenemos nuestra propia casa, un sensacional chalé en Santander, cerca del mar, que transmite esa calma y esa armonía que parecen haberse instalado ya en nuestras vidas para no abandonarnos nunca.

Roberto sigue en su línea, es decir, sin dar señales de vida, como si no existiera su hija, lo cual es una pena o una alegría, depende de cómo se mire y de quién lo mire.

Yo, hoy en día, solo puedo dar ya gracias al universo por tanto y tanto como me concede a diario. Ahora sí que soy verdaderamente feliz, al lado de una persona sencilla pero completísima a la vez. ¡Ni hecho a encargo, vamos! Jejeje.

Ahora puedo estar cien por cien segura de que nunca volverán a caer en mis manos más cartas que las de los bancos y las típicas facturas. ¡Esto sí que es pura vida!

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: [Jenny Del](#)

IG: @jennydelautora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon: relinks.me/JennyDel

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: [Jenny Del](#)

IG: @jennydelautora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon: relinks.me/JennyDel